

Barros Arana, historiador

SUMARIO.—*Los tres grandes historiadores clásicos del siglo XIX: I: Miguel Luis Amunátegui.—II: Benjamín Vicuña Mackenna.—III: Diego Barros Arana.—IV: La familia de Barros Arana.—V: El padre: un hombre de empresas comerciales, filántropo y político.—VI: Las tradiciones del hogar y un ambiente conservador y religioso.—VII: El estudiante.*

LOS tres grandes historiadores clásicos de Chile de la segunda mitad del siglo XIX —Miguel Luis Amunátegui (1828-1888), Diego Barros Arana (1830-1907) y Benjamín Vicuña Mackenna (1831-1886)—, fueron de una precocidad intelectual extraordinaria. En la carrera a que consagraron la vida, lo que más llama la atención es la fuerza persistente de sus características innatas. En medio de las más ardorosas ocupaciones de la cosa pública, en la enseñanza, en la política, en el periodismo; en la acción directamente individual, intensa y abrumadora, por la elevación del espíritu, la cultura y el progreso material del país, ninguna de las contrariedades que en sí mismas llevaban estas actitudes creadoras, lograron desmayar ni doblegar el poderoso impulso de trabajo que los animó para escribir la historia nacional. De los tres se ha dicho, con un profundo sentido real, de que al mismo tiempo que narraban los sucesos del pasado, hacían con su obra, en cada uno de los múltiples campos en que descollaron, la historia de su siglo, llenándola a veces completamente en períodos muy señalados de la transformación de la república.

Determinadas características espirituales los unió. La formación intelectual de cada uno de los tres historiadores fué adquirida en la misma escuela común que entonces en Chile podía darse, en la del Estado, y la de algunos colegios particulares muy bien acreditados. Aun ni esa enseñanza ni esa educación habían logrado emanciparse de la que todavía le imponía la tradición colonial, con la escolástica, y con métodos mecánicos de la repetición memorística de los textos de estudio. Sin embargo, los tres salvaron el escollo con una fuerte voluntad de buscar

en otros horizontes, en la formación de sí mismos, la ampliación de la cultura.

I

Miguel Luis Amunátegui

Amunátegui tuvo una formación humanística clásica esmeradísima. Bajo la dirección paternal de Andrés Bello y la severa de Luis Antonio Vendel-Heyl, la lengua latina le fué familiar en todos sus secretos, y la castellana la dominó con perfección. De los escritores de su tiempo, fué, sin duda, el que alcanzó una de las mejores preparaciones literarias. La amplió en inacabables lecturas, sólidas, bien digeridas. Estudiadas con paciencia de monje. Las dotes del escritor afloraron sin violencia, como condición innata de su temperamento. El poder de narración, el sentido artístico del pasado para evocarlo, el dominio para dramatizar las pasiones y las vicisitudes del hombre que crean lo ardiente que hace historia, destacaron al historiador. Pero si hubiera cultivado la novela, allí habría encontrado un alto puesto. Las lecturas históricas de la adolescencia y de la juventud, sin embargo, administradas por el padre, un hombre de buen gusto literario, lo empujaron a ese género. Tenía otras aptitudes para él: exasperante rigor lógico, raciocinio admirable, sutil curiosidad para la investigación. Un sentido filosófico para comprender y analizar las situaciones sociales, que ninguno de los otros dos historiadores llevó tan lejos, dentro del mismo pensamiento liberal que los hermanos doctrinariamente. Entre los dieciocho y veinte años comenzó la carrera de escritor. A los veinte, ya había asegurado el crédito de elegante prosista, de escritor correcto, de



tradicionales, vió dividirse la familia entre patriotas y realistas. Hubo de expatriarse a Lima con la parte de los hijos que le siguieron. Quedó la otra en el país. El padre de Amunátegui fué uno de ellos. Por su aversión y la influencia de la madre al sistema español, el historiador bebió un sentimiento hostil al régimen que se derrumbaba. La escuela liberal de su padre, que fué la suya más tarde, no hizo más que acrecentar la repugnancia hacia el pasado colonial.

Esta tremenda división de la familia chilena, ocasionada por la Revolución, le hizo comprender un hecho sobre el cual los anteriores historiadores no habían reparado: la Revolución de 1810, hasta 1814, no había sido más que una guerra civil.

La guerra civil quebrantó hacia 1814 las condiciones de un grupo, en la parte económica, con grave perjuicio de la riqueza agrícola que poseía ese sector respetable y se avino a la transacción que se selló en Lircay. Ese mismo grupo se encontraba profundamente dividido en dos parcialidades irreconciliables. La que encabezaba la familia Carrera y la familia Larraín. El sector agrícola de una de esas dos parcialidades fué el más poderoso. Controlaba, sin ninguna sujeción, todas las demás castas sociales. En las haciendas, el inquilinaje; en las ciudades, los obreros, los artesanos, los jornaleros, que vivían de su poder económico. Los escasos profesionales se repartieron, producida la guerra civil, en ambos grupos, y al escisionarse uno de ellos, se plegó al más fuerte, que era el poseedor de la tierra.

Las observaciones de Amunátegui han quedado hasta ahora en pie. Por ejemplo, el carácter social-agrícola de la organización chilena, dominada por una oligarquía. Otro hecho incuestionable: el carácter de guerra civil que adquirió en 1812, la que se ha llamado de la emancipación. Pueden ser discutidos otros aspectos de la interpretación sociológica de Amunátegui en la historia. Son las que proceden de las falsas ilusiones que las concepciones a priori del liberalismo creyó instituir en los postulados de la libertad que generó la Revolución de 1879. En el movimiento de 1810, vió el renacimiento del espíritu cívico de las resistencias populares españolas del siglo XVI. Fué demasiado lejos en la búsqueda de la explicación. Tal renacimiento, tan súbito y violento, estaba en contradicción con lo que Amunátegui

en el libro *Los Precursores* como en *La Crónica de 1810*, en las notables introducciones que los preceden —se esté o no en acuerdo con el historiador—, había sostenido.

La metrópoli había organizado en los dominios un régimen de opresión, de tiranía, de preterición, de todo orden para las colonias. Un monopolio comercial intolerable se había establecido para ellas. Las industrias no podían prosperar por una serie de calculadas restricciones. La vida política había sido totalmente agostada. Las diferencias sociales eran absolutas e indignantes. El régimen administrativo se basaba en la desconfianza. La enseñanza e ilustración había llegado al envejecimiento.

El historiador no construyó estos juicios sin apoyarlos en una nutrida documentación. Fué exhibida, en cada caso, para confirmar sus puntos de vista. Las conclusiones eran el resultado de una investigación que no dejaba dudas. Pero era la ideología la que inconscientemente había preferido las pruebas documentales.

Amunátegui obraba de acuerdo con un profundo sentimiento antiespañol. Provenía de los odios que engendró la Revolución y los que la filosofía de la ilustración propagó contra España. También tenía parte en el juicio, un marcado anticlericalismo y una aversión bien pronunciada contra la iglesia católica. En ambos casos estaba bien fundamentada. Con todos estos antecedentes y otros muchos que acopió, Amunátegui llegó a formular las bases místicas, los fundamentos, que durante trescientos años mantuvieron en pie la dominación española en las colonias americanas. Juristas, teólogos, políticos y administradores, crearon esos principios que fueron sostenidos como verdades, de las cuales emanó, por la fuerza de la repetición, el sentimiento místico y dogmático. Uno de esos principios fué el dogma de la majestad real. Era el sometimiento incondicional del vasallo a la autoridad del monarca, símbolo del Estado, símbolo del bien, encarnación de la potestad legal. Eran los atributos de la monarquía divina. El otro de esos principios era el dogma de la majestad divina. Lo representaba la iglesia católica. Era también el sometimiento incondicional de los fieles a la autoridad de ella. Los dos dogmas se conjugaron admirablemente para servirse uno al otro. El real, cubría con su prestigio heroico al divino, y el divino, con

su fuerza espiritual incontrastable, amparaba al real. En este régimen, el dogma de la majestad real, por la situación jurídica a que en España estuvo sometida la iglesia, por el sistema de regalías o patronato, controlaba al de la majestad divina.

Como concepción genérica para explicar la resistencia de un sistema de colonización y la permanencia de la adhesión de los vasallos americanos a la monarquía, no a la España, la interpretación de Amunátegui es correcta desde el punto de la psicología política de la formación de los ideales místicos afectivos. Vió con claridad la desintegración de esos dos dogmas, su relajamiento en el siglo XVIII y cómo esos ideales carecían ya entonces de vigor. El hecho es extraordinario. *La Crónica de 1810* nos muestra, día a día, momento a momento, el surgimiento de ideas incompatibles con el sentimiento tradicional. El libro da los materiales para la interpretación. El autor captó la interpretación de ellos en su verdadero significado. Los condujo por rumbo cierto, es verdad, pero que no cubría la explicación en toda la extensión. El espíritu cívico no fué el factor determinante del movimiento de 1810.

Los libros históricos de Amunátegui todavía casi todos están en pie. Los fundamentales, por lo menos. Los que la investigación ha hecho envejecer, conservan el valor de obras artísticamente literarias de primer orden en la literatura nacional, tales como el *Descubrimiento y Conquista de Chile* y la *Dictadura de O'Higgins*, cuya introducción nadie puede excusarse de leer para formar claro juicio de la estructura social chilena al advenir la Revolución. Los otros, *Los Precursores de la Independencia de Chile* y *La Crónica de 1810*, discutibles por las opiniones del autor, son fuentes valiosas de información, lo mismo que los ensayos biográficos, tan numerosos y variados que publicó. Otros ayudan a comprender un movimiento social, como *El Cabildo de Santiago*, y *El Temblor de Mayo de 1647*.

La Reconquista Española conserva el valor de un cuadro animado de una época de terror. Pero Amunátegui, escritor de verdadero mérito, con excelentes condiciones artísticas, prototipo del hombre de letras, investigador excepcional por temperamento, tiene otros méritos en la escuela historiográfica que, junto con Barros Arana y Vicuña Mackenna, establecieron: es el historiador que ha desenvuelto mayores

ideas de interpretación de los sucesos que ha narrado, extraviándose a veces en tesis contrarias a los propios documentos que ha exhibido. Fué un narrador *ad probandum* excelente, pero con coqueteos decisivos con la historia filosófica a que lo llevaba su espíritu profundo, lógico, en el encuentro de la raíz de las cosas.

II

Benjamín Vicuña Mackenna

Vicuña Mackenna falleció a los cincuenta y cinco años. Su vida fué extraordinaria por muchas razones. Las empresas que emprendió sólo serían capaces de llenar en trabajo, en constancia, en decisión, en actividad y en realizaciones, la existencia entera de muchos otros hombres.

Como Amunátegui y Barros Arana, precozmente apareció en las letras. Entre los diecisiete y los veinte años, dió a luz los primeros artículos. La formación intelectual fué desordenada, sin apego al estudio, realizada en colegios particulares. Los concluyó, cuando un momento de sensatez le hizo comprender cuán necesarios le eran para abrirse camino en la vida y ayudar a su familia pobre, de gran estirpe social, arruinada por los vaivenes y cataclismos de la Revolución. Los últimos recursos, el padre, un ideólogo simpático, y un revolucionario impenitente, los consumió en la vida política como entusiasta pipiolo, y en empresas agrícolas y mineras, en las que enterró el dinero, sin esperanzas de fruto. Estudió leyes con desgano y se recibió de abogado sin mayor fe en la carrera del foro. Ella le dió, sin embargo, los recursos indispensables, mientras la pluma debía concederle lo necesario para subsistir. Fué el primer escritor que vivió de la pluma y quien hizo de su oficio una verdadera profesión en días sin ningún aliante para las letras. Era un alma sensible a todas las delicadezas emocionales. Sensible al dolor, a la injusticia, a la belleza, al pasado de la patria y de sus hombres. Lo dominaba un espíritu comunicativo de que sus libros y sus actos están llenos de revelaciones íntimas. Era imposible que alguien, sinceramente, fuera su enemigo. De sus pasiones y extravíos, siempre intermitentes, sin permanencia, por una verdadera incapacidad física para odiar, se dijo, en los mayores momentos de arrebató: ¡Cosas de Vicuña Mackenna!

Ni esas pasiones ni esos extravíos lograban lastimar siquiera. A lo sumo, incomodaban.

Todo lo suyo estaba llamado a adquirir proporciones, a despertar interés, a favor o en contra, a concentrar la atención en su persona, y él a convertirse en conductor, en agente, en representante de lo que su sensibilidad sentía e imaginaba noble, generoso, de interés público, inspirado en el bien de Chile.

Con estudios ligeros, despreocupados, el vacío que ellos dejaron los llenó rápidamente. La viva curiosidad intelectual de su cerebro, lo hizo leer con ansias cuanto encontró. Pero lo realmente extraordinario era el estupendo poder de asimilación con que hacía suyas las ideas y cómo ellas se transformaban en su inteligencia ardiente. Una memoria fabulosa le servía en todos los trabajos, en las iniciativas, en las asociaciones de las ideas, en las concepciones de sus vastos planes de reformador. La imaginación, la más brillante que Chile haya conocido, la más fecunda en recursos, la más animada en colores y en fantasía, daba escenario y grandiosidad a cuanto tocaba, no sólo con la pluma, sino con sus actos, y sus empresas, con sus luchas y sus ensueños.

Sintió el fuerte impulso de la sangre que lo mandaba a intervenir en la cosa pública, como un natural imperioso de la casta. Desde la colonia, los antepasados habían figurado con rango en la sociedad. Las alianzas matrimoniales de los Vicuña habían colocado a la familia en un lugar importante, pero no destacado principalmente en la escasa actividad pública durante la dominación. El abuelo paterno, hombre bueno, pero mediocre político, de filiación avanzada, formó en las filas de la Revolución de 1810. Le prestó el concurso de su nombre respetable, el de su trabajo y los reales de su hacienda, no muy crecida. Formó en la parcialidad de los Larraín y fué enemigo combativo de los hermanos Carrera, que lo humillaron y le hicieron sentir cómo el poder discrecional es capaz de castigar. A la caída de la Revolución en 1814, la tiranía de Ossorio y de Marcó del Pont le infligió vejaciones y destierros; le exigió cargas fuertes de dinero. Vióse perseguido, separado de los suyos y obligado a sufrir en silencio las más duras depredaciones.

El joven Vicuña Mackenna, que oyó del abuelo el relato de tan amargas vicisitudes, las conservó en la memoria. La imagi-

nación debía más tarde colorearlas cuando hiciera historia. En los días republicanos de libertad que siguieron a la caída de O'Higgins, la figuración del abuelo fué descollante. Se hizo pipiolo, por el mismo sentimiento de inconsciente sensibilidad que animaría al nieto: un vago espíritu de justicia. Pero el pipiolismo, sin muchos hombres de representación social, ya que el patriciado tradicional se aglutinaba en el peluconismo, lo hizo Diputado, Senador, de cuyo cuerpo fué Presidente, Ministro de Estado, e individuo importante de aquel círculo. Era Presidente del Senado en 1829, cuando la revolución de Prieto. Dirigida por Portales sagazmente y por Rodríguez Aldeá en el manejo de la intriga, el pipiolismo vacilante, sin crédito ni opinión, agonizaba. Un tumulto santiaguino depuso al Ejecutivo, y en virtud del mandato constitucional, Vicuña, cuando ya todo estaba derrumbado, asumió la sombra de un poder. Tuvo el carácter necesario para mantener su autoridad, prácticamente inexistente. A fin de salvar el decoro del cargo, se embarcó en Valparaíso para hacer la revolución en el norte. Pero ya todo había concluido. Sin poder, sin fuerzas ni imperio, conservó la banda presidencial sobre el pecho hasta los últimos días de su vida, la que, desteñida, orgullosamente mostraba debajo del poncho del hacendado, llamándose el último Presidente constitucional de Chile. El rasgo tenía grandeza en la dignidad del viejo patricio. Eso sí que lo empañaba el triste estado de sus facultades mentales, muy decaídas. El nieto engrandecería los contornos del hecho como la acción cívica ejemplar de un varón romano incorruptible, sin mácula.

Por el lado del abuelo materno, cerniase en el hogar del nieto la sombra de una tragedia que evocaba lágrimas, dolor y muerte. El General Mackenna, noble, de origen irlandés, católico exaltado como todos los de su raza, fué un ingeniero militar, buen organizador y estratega. En el Chile colonial había prestado importantes servicios en la fundación de pueblos. Con otro de sus compatriotas, el adusto Gobernador Ambrosio O'Higgins, el gran administrador del siglo XVIII, se unió en estrecha amistad. Sería el antecedente de la muy valiosa que mantendría más tarde con su hijo Bernardo, de quien se hizo mentor y consejero, inflamando en el alma apasionada del futuro caudillo las sólidas ideas revolucionarias de emancipa-

ción que constituyeron su evangelio. Sin titubeos, desde el primer momento, con decisión, apoyó la causa de la Revolución. Organizó ejércitos, dirigió combates, fué héroe en "El Membrillar" y vencedor de la jornada. Antes, había formado parte de algunas juntas de gobierno, cuando la in-experiencia política y la confusión sobre lo que realmente se quería hacer en el camino de la separación de la metrópoli, suscitaba escrúpulos. Fueron esos días de indecisión en los que perdió el gobierno el norte de la iniciativa revolucionaria.

Cuando Carrera arrebató el timón del Gobierno por asaltos sucesivos con el apoyo de las fuerzas, de cuartelazo en cuartelazo, y lo encaminó derechamente hacia la emancipación, el irlandés se convirtió en su enemigo. Era formidable como tal. Sabía odiar implacablemente. Trabajaba en las sombras, donde acumulaba recursos, envenenaba el ambiente, urdía las dificultades y movía hombres e intereses en el sentido de la conveniencia de su círculo. Por su matrimonio, estaba vinculado a la casa de los Larraín, que en bloque luchaban contra Carrera y sus hermanos. Si en estas profundas diferencias de los dos grupos había mucho, y en el fondo eso era todo, de predominio de una casta sobre la otra, Mackenna tenía del significado de la contienda otra opinión. Como Carrera, buscaba la liberación. Pero en este soldado, el concepto civil del gobierno y el papel del ejército en las luchas ciudadanas, era la de un hombre de derecho y de ley. El personalismo de Carrera y sus hermanos y el uso de la fuerza para colocarse en el mando, lo exasperaban. Por lo demás, de esta familia había formado la peor opinión, y ella también del civilista-soldado.

Toda la etapa de la Revolución, de 1811 a 1814, disputaron. Se unían y volvían a distanciarse. Una antipatía nacida de idiosincrasias profundamente diversas, en lo intelectual, en lo moral, en lo social, en las concepciones militares, en todo, en fin, en forma tajante y sin solución, los rechazaba y el odio recíproco los unía. Un incidente cualquiera iba a poner término al entredicho. Agonizante la Revolución, un día encontróse Mackenna, frente a frente, con el arrogante hermano de Carrera, Luis. Después de unas violentas palabras de recriminación por los ataques a su familia, Luis retó a duelo al irlandés.

Eran personalidades demasiado señaladas para que el desafío se efectuara en el

país. Quedó diferido. En el aplazamiento hubo como un anuncio fatídico de que la Revolución se derrumbaría y que el reto tendría sanción en tierra extranjera. José Miguel Carrera asaltó por la fuerza el gobierno en julio de 1814. Desterró a Mackenna a Mendoza, donde, con su arte para la intriga, predispuso el ánimo de San Martín contra los hermanos, que en octubre habían hecho naufragar la Revolución en Rancagua. En Mendoza no pudieron batirse. En Buenos Aires, en los alrededores de la ciudad, se llevó a cabo el lance. En un atardecer se encontraron en un despoblado. Al primer disparo, ambos contendientes quedaron ilesos. Los padrinos hicieron un esfuerzo para reconciliarlos. Los dos soldados respondieron: ¡¡jamás! Se cargaron las armas para el segundo encuentro. Sonó la voz de fuego, y al agudo silbido de los disparos, se derrumbaba Mackenna herido mortalmente en la frente por la bala de Luis. Ahí quedó tendido el irlandés.

Vicuña Mackenna conoció esos odios y este lance en el hogar de la abuela. Pero nada de esto lo conmovió. Un día escribió la vida de su antepasado y después el ostracismo de los Carreras. Todos eran simplemente Padres de la Patria. Todos habíanse sacrificado por Chile. Eran dignos del respeto de la posteridad. La bondad del corazón, el concepto de la grandeza heroica de los hombres, el poder de la imaginación, anularon, en ambas obras, el menor indicio de pasión.

Ese era su carácter. Convengamos en que eran éstos libros de juventud, de una juventud romántica espléndidamente lograda. Pero después tampoco reaccionó. El sacerdote de la historia —como se llamaba— nunca tuvo un juicio definitivo sobre los hombres y las cosas. Las impresiones, los afectos, los estallidos generosos, el ennoblecimiento de lo que creía grande, construían sus juicios, siempre de ensalzamiento. En la acción personal, el temperamento suyo adquiría un dinamismo sobrehumano. Obraba como una furia de la naturaleza, como un vendaval deshecho. La pasión lo impulsaba y guiaba impetuosamente.

Era un joven, casi un adolescente, cuando conspiró contra Montt y escribió páginas tremendas contra él. Tomó las armas en la Revolución del Norte en 1851. Comandó tropas improvisadas, convencido de que jugaba un gran papel y que dirigía

gloriosos ejércitos aguerridos. Era la fe, era imaginación, las que exageraban. Dirigió combates, escaramuzas, que consideró batallas de magnitud, porque eran en aras de la libertad. Las contaría como proezas inmortales del pueblo. Derrotado en esas descabelladas acciones, escapó al galope para no caer prisionero. Volvió a la lid a desempeñar lo que estimaba su rol histórico.

De atrás lo impulsaban la sangre y el martirologio del antepasado, la tradición de bien público de la familia, y el concepto de que estaba llamado a un destino superior. La imaginación y el poder de acción incontenibles, eran los motores que construían sus quimeras. La aventura política revolucionaria concluyó con un destierro. Antes, ya se le había condenado a muerte por sedición. Se embarcó en un buque de carga a recorrer el mundo. Conoció California, atravesó México, desde el Pacífico al Atlántico. En mula escaló la sierra. Visitó los Estados Unidos y su juicio sobre los norteamericanos fué adverso. No los comprendió. Pasó por Canadá. Visitó Europa, Francia, Alemania, los Países Bajos, Austria, Italia. Tomó notas y apuntó impresiones y dejó los bártulos en Inglaterra. En Cirencester fué a estudiar agricultura, en el Real Colegio. En 1854 volvió a Chile, y entonces publicó un folleto sobre lo que había aprendido en esa escuela como alumno y también en el Jardín de Plantas de París. Ostentaba ya los títulos de miembro de la Sociedad Geológica y de Aclimatación de Francia y de la Sociedad Botánica de París. Le halagaban esos títulos. Ni pensar haya que después se consagró a la agricultura. Pero prestó el concurso de su dinamismo a la Sociedad Nacional. Llenó páginas sobre la flora primitiva chilena en el periódico *El Mensajero de la Agricultura*, en 1856. Una memoria sobre el tema, llena de observaciones sobre la vida del campo, fué el otro aporte, ese mismo año, a la empresa de cambiar el sistema de explotación de la tierra chilena.

Nada importa la falta de aplicación de sus desvelos de entonces; ni el ningún o poco aprovechamiento de su experiencia técnica en la tradicional y feudal manera como se hacía, en la mitad del siglo XIX, el laboreo agrícola. Estos antecedentes tienen otro significado y otro alcance. Nos sirven para estimar cómo Vicuña Mackenna enriquecía su cultura y asimilaba conocimientos. Si muy extensa y variada fué la

suya literariamente, hasta parecernos increíble, es impresionante el otro tesoro de su cultura científica y el aprovechamiento práctico a que la volcó, haciéndola servir intereses vitales de su patria.

La defensa de los bosques; el drenaje de los ríos, por métodos científicos; el embalse de ellos para servir zonas estériles con canales de regadío; la construcción de puertos, faros y balizas; la concepción económica de las vías de comunicación; el agua potable, la higienización de las poblaciones, la urbanización y transformación de ellas; la implantación de cultivos en determinados sitios climatéricos; los beneficios de las caídas de agua; el valor alimenticio de la pesca; la técnica para mejorar las explotaciones de los minerales; la creación de parques y los métodos de conservarlos; la colonización; las posibilidades de industrias manufactureras explotables... En fin, sólo hemos nombrado aquellas iniciativas cuyas que vienen a la memoria desordenadamente. Ellas fueron convertidas en temas que abordó en el diario, explayó en el folleto, movió en la Cámara de Diputados y en el Senado. Las realizó, en parte, en todo lo que convenía a su genial proyecto, en la transformación de Santiago en el tiempo en que fué Intendente. En cada una de estas materias su información no era así no más. Las poseía completas, bien asimiladas, fundadas y metodizadas en antecedentes científicos.

Ningún chileno tuvo un concepto tan amplio acerca de la transformación del país como este hombre de acción avasalladora. Para su progreso, quiso hacer servir los éxitos prácticos logrados por la cultura europea, de lo que la ciencia entregaba para sus aplicaciones a la vida material. Pérez Rosales e Isidoro Errázuriz son los que le siguen en el impulso creador de civilizar con los beneficios que proporcionaban los resultados prácticos de las ciencias para dominar la naturaleza.

Los estudios históricos habían surgido esporádicamente algunos años antes. En 1849, en el diario *La Tribuna*, de Antonio García Reyes y Manuel Antonio Tocornal, dos ensayos suyos, uno sobre *El Sitio de Chillán* y otro acerca de la fundación de *El Instituto Nacional*, indicaron que formaría parte del grupo de Amunátegui y Barros Arana. Pero era otro el estilo y su forma de historiar. Era puramente literario, declamador, con relumbrones imaginativos y desorden en la exposición.

Eso sería siempre después. Andrés Be-

llo le aconsejó que visitara con frecuencia la gramática y se hiciera más amigo de la lógica. Que no dejara de escribir, porque tenía talento, un talento verdadero para las letras. Le entusiasmó para que las cultivara. Estaba entre los dieciocho y los diecinueve años. También ya Vicuña Mackenna había descubierto una de sus características innatas. "Desde mi más temprana edad sentí viva inclinación al cultivo de la historia, la que, arraigada en el curso de los años y de los estudios, fué mi tarea predilecta y la más intensa preocupación del espíritu". Son palabras suyas a los treinta y cinco años, escritas en 1866. Definió entonces, también, cómo entendía esa inclinación. "A esta afición innata, pero ardiente, a la admiración profunda por los grandes hechos de la Revolución, al amor entusiasta por la memoria de sus ínclitos autores, al culto, en fin, de las ideas que germinaron en el pensamiento de aquellas generaciones dignas de imperecedero recuerdo... es a lo que obedecemos", escribió.

Interesa esta declaración. Señala su concepción de la historia, la que desenvolvió en seguida más ampliamente. No debía ni había para qué escribir la *historia de los gobiernos*. Era necesario compaginar la *historia de los hombres*, mediante las biografías; la *historia de la sociedad* y la *historia del pueblo*. Confundía sociedad y pueblo, que es lo que hace la *historia social*. Pero el historiador la personificaba en el individuo. Extravíos de la imaginación, del culto de los héroes y del patriotismo.

Después de la publicación de los dos ensayos de 1849, pasó algún tiempo para que se concentrara en los estudios históricos. El ajetreo político, las andanzas del conspirador y la participación personal en la revolución de 1851, no eran, naturalmente, propicias para el cultivo de la historia. Si no la escribía, atesoraba informaciones. La curiosidad vibrante e inextinguible de su espíritu, fué recogiendo en todas partes la tradición histórica; conversaba con los actores; indagaba antecedentes; se informaba de los hechos menudos. De arriba y de abajo, de la alta sociedad y de la que componía el pueblo, extrajo la chilenidad que hay en sus libros y que su fantasía y su don comunicativo llenaron de sorprendente vitalidad y de aciertos singulares.

Unas encendidas páginas biográficas de héroes militares de la Independencia son

las que agregó a su cartel de hombre de letras en 1854, después del regreso del destierro. Su pupila se había iluminado con la visión de un mundo distinto, en los matices de las costumbres, en la manera de ser de los espíritus, llenándolo de ansias de progreso para la patria.

El activista, el agente de los sentimientos públicos, comenzó a desarrollar su labor hacia esta época. Desde que había cruzado los Andes para volver al hogar santiaguino, y sentádose a poner en orden los papeles de su archivo de viajero, se dedicó a escribir. En unos cuantos días —anuncio de su fecundidad monstruosa— se entretuvo en compulsar las impresiones de la peregrinación de los años moceriles de 1853, 1854 y 1855. Había salido de Chile a los 22 y volvía a los 24.

El libro apretadísimo con las más atractivas descripciones, comentarios y notas apasionantes de lo que vió y sintió, fué publicado en 1856, con el título de *Páginas de mi Diario*. Consagró definitivamente al escritor. El poder del narrador era subyugante. La vibración del estilo, diáfana. La imaginación alumbraba cuadros descriptivos de paisajes, ciudades, monumentos y escenas de la vida costumbrista. Reflejaba la Europa en un espejo. Las costas del Brasil, con la misma fuerza de la naturaleza tropical. La vida argentina, con la pampa envuelta en melancolía, en una pintura de rasgos, de incidentes, de evocaciones, admirables.

Ahora, en la paz —¿pero habría paz para este hombre hecho para la acción y la movilidad?— iba a comenzar la tarea del historiador. A las *Páginas de mi Diario* siguieron las de los *Rasgos biográficos del abate Juan Ignacio Molina*. La biografía siempre será lo sustantivo en la obra del historiador. Esas páginas fueron arrancadas de las del itinerario del viajero para servir un objeto patriótico, en la campaña del activista, con el fin de enaltecer las glorias nacionales. Quería ver al sabio jesuita en el bronce. Era un homenaje a la memoria del que dió a conocer a la pobre colonia en el extranjero y fué primer historiador de Chile, como lo llamó. Era una invocación al pueblo para consagrarle un monumento. Lo mismo había hecho con la memoria del General San Martín. De-seaba erigirle una estatua "sudamericana" en las vecindades del campo de batalla de Maipo. En 1856, hacía menos de seis años que el guerrero había fallecido en el destierro, sin ver justicia. Solo. En Chile se

conservaban malos recuerdos suyos. Había preterido al país, comportándose ingratamente con las fuerzas libertadoras nacionales que llevaron la independencia al Perú. Su título oficial de Capitán General, emanado del Gobierno de Chile, no le impidió detenerlo en el intento de hacer fracasar la campaña naval de la Escuadra Libertadora. En el Perú, el soldado despertó resistencias. En su patria, se le odiaba. Nunca, espontáneamente, ni él ni ella, consiguieron identificarse. Para Vicuña Mackenna estos sentimientos carecían de importancia. Eran ahistóricos. San Martín era un Libertador de pueblos oprimidos por la tiranía española. Eso bastaba para la glorificación. Y fué, en verdad, en América, uno de los primeros que emprendió la rehabilitación del Capitán de los Andes. Le habían precedido otros historiadores chilenos: Sanfuentes, en 1850; los Amunátegui, en 1851, y Barros Arana, en 1855. En Argentina nada se había hecho. Pero el impulso de la glorificación popular del héroe y el conocimiento exacto, documentado de su vida, le pertenece y es suyo. Poco después, en 1863, será su primer biógrafo americano.

Ninguna de estas iniciativas patrióticas populares, nacidas "al amor entusiasta de los ínclitos autores de la Revolución" —como decía—, quedaban en el papel. El activista formaba comisiones de hombres notables, creaba ambiente para sus proyectos y hacía converger la opinión pública a su favor. Las estatuas de Pedro de Valdivia, O'Higgins, Carrera y Freire, nacieron de estas cruzadas de reparación histórica, de justicia y de civismo. De este empeño por la glorificación de los héroes surgió lo que creyó era el pago de una deuda del amor familiar y que estimaba como una vindicación histórica para la posteridad.

Su abuelo, el irlandés, le pareció que la necesitaba. Pero fué el poder de la sangre mucho más decisivo en la justificación. Al visitar Irlanda, se dirigió a la tierra de sus mayores. Abrazó a la única hermana del General, una anciana que había cruzado el límite de los cien años de edad. Era ya un desecho físico. La cabeza estaba aún bien sentada. Encontró a la familia, poderosa en otro tiempo, en la ruina. El castillo, que habló de su rango, estaba en otras manos. Los descendientes vivían en una humilde medianía. El espectáculo lo conmovió hasta las lágrimas. Flotaban en el ambiente, desvaídos e imprecisos,

envueltos en la nostalgia, cubiertos por el polvo que una brisa leve, que a veces los descubría confusamente, los recuerdos de lo que fué el hogar del General. Los corrales del castillo derruidos; la sala de armas, deshecha; la iglesia, hundida en las sombras del pasado. No quedaba más.

La visión de ese cuadro, la sensación de dolor que le produjo el estallido de la sangre en la cuna de su origen, enardecieron la imaginación del historiador. Allí mismo, por la fuerza de las sensaciones confusas y el sobrecogedor poder de la evocación, escribió una página enternecedora. En cambio, la invocación de los suyos de la estirpe irlandesa, por más personal que fuera y alcanzara los acentos de un grito desgarrador, es puramente verbalista.

Desde ese día, en su mente quedó grabada la idea de escribir la *Vida del General don Juan Mackenna*. La lanzó en 1856. Los papeles del héroe habíanse dispersado en el torbellino de la Revolución, que fué para Mackenna un vórtice. Las prisiones, las cárceles, las disputas, las campañas a campo raso, los destierros posteriores y la muerte, el viento los había arrebatado. Bien poco existía. Las fuentes de información las proporcionó el bando enemigo de Mackenna. Unas cuantas cartas íntimas sirvieron para reconstituir la personalidad. El historiador, convertido en biógrafo del abuelo, ¿se dió cuenta de la intensidad de sus odios, hasta convertirlo en un intrigante? En la pluma de Vicuña Mackenna, esta vida se recoge y se contrae. No habla; cuesta encontrar al hombre. Es que él había sido así. Se perdía en la trastienda. Lo curioso y singular es que los Carreras, que hicieron de Mackenna una víctima, no fueron enjuiciados por el nieto. No los llamó al tribunal de la sanción histórica, según su lenguaje. La explicación debe buscarse en el carácter del historiador. Las afecciones sentimentales y la nobleza del temperamento, lo detuvieron en el juicio. Otras razones fueron también decisivas.

En el mismo verano de 1856, en que redactaba la vida del General Mackenna, amontonados y sin concierto se encontraban, sobre la mesa de su escritorio, los papeles de los Carreras. En el otoño los pondría en orden. En medio de las campañas del combatiente de la revolución de 1851, cuando organizaba tropas y las comandaba como lugarteniente de José Miguel Carrera y Fontecilla, único hijo varón del infortunado General, en las horas del vivac,

al trazar planes de combate y de guerrillas, la imagen del deudo, romántica figura y mediocre inteligencia, hidalgo señor y magnífico amigo, le hizo concebir la historia del martirologio de los caudillos de la primera Revolución. La gratitud hacia el compañero de las aventuras pasadas, lo obligó a sellar los labios en la vida de Mackenna. En esta conducta no había adulo ni complacencia para con el vástago de José Miguel Carrera. Nació espontánea y sincera del alma impresionable, subyugada por la grandeza de los hechos en que esa familia había intervenido. El sentido heroico que daba al pasado y el deseo de proporcionar a la patria las bases místicas de una tradición muy pura, lo llevaron al perdón. Un perdón cívico para el porvenir, para la unión de la familia chilena.

En el invierno de 1857 escribió, como sabía hacerlo en un solo acto continuado de dos semanas, las quinientas y más páginas de *El Ostracismo de los Generales José Miguel y Juan José y el Coronel Luis Carrera. Episodios de la Independencia de Sud América*. Literariamente, el libro puede mostrarse como arquetipo de la influencia del romanticismo francés en las letras nacionales. Lo inspira Lamartine con la *Historia de los Girondinos*, de estilo corintio. Dumas dijo de él que su autor había elevado la historia al nivel de la novela, y Tocqueville, que nunca había conocido un espíritu menos sincero, ni que despreciara tan completamente la verdad. Fué, por otra parte, la primera historia que leyeron las mujeres, y lloraron amargamente sobre sus páginas. No es necesario detenerse en el mérito histórico de la obra de Lamartine, que fué nulo. La intención política y el brillo del poema lírico, fué lo que captó Vicuña Mackenna. En los ánimos ya afiebrados de esos días, por la falsa postura de la vida a que conducía el romanticismo, el libro del chileno hizo impresión. El de Lamartine todavía, según se dice, no circulaba en Chile. La intención política fluía del canto a la libertad, martirizada en los Carreras y vilipendiada por la incomprensión de los gobiernos, y aún, mucho más, por ciertos sectores de una sociedad reaccionaria.

La adaptación a la prosa de Lamartine, en sus rasgos dramáticos, en las cadencias del estilo, en las entonaciones de la pesadumbre y del dolor, y en los colores de los retratos de los actores del drama, no era difícil para Vicuña Mackenna. Su imaginación era capaz de ello, y el poder de re-

surrección, tan fuerte como la del propio modelo. Pero el libro es malo definitivamente como literatura. La explicación de la influencia emocional que tuvo en sus días, obedeció a un estado de alma colectivo, en una sociedad que se encontraba en la infancia del control de sus afectos. Sin embargo, esa prosa de lamentos y de imprecaciones, de misericordia y de enfáticas exclamaciones, alcanzó a perturbar y a mover el alma de los jóvenes liberales que comenzaron a llamarse girondinos y a designarse con los nombres de aquéllos. La hojarasca literaria de la obra de Vicuña Mackenna pasó y quedó en pie el rico material histórico en que se apoyaba el libro. Los hombres, los sucesos y las cosas de la narración encontrábanse desfigurados por la imaginación y el lirismo. Mientras el libro de Lamartine murió completamente, el del autor del *Ostracismo de los Carreras* se sostiene como un archivo, y a él hay que recurrir para desentrañar la vida de los Carreras en Mendoza y en Buenos Aires, y la de José Miguel en los Estados Unidos y Montevideo. Es más todavía. Para conocer la guerra implacable que con la bandera de la Federación Carrera desató en el litoral y en el interior de las ya deshechas Provincias Unidas del Río de la Plata, su lectura tediosa es uno de los sacrificios que tendrán que imponerse los que estudien la época.

Cuatro años duró la paz en que vivió el escritor desde que volvió a los lares (1855-1859), y quien sabe si ella fué sólo una paz relativa. La política lo llamaba con imperio, y en los círculos del liberalismo revolucionario comenzó a agitar opiniones y a discutir planes de sedición.

En un momento de tregua, abrió los códigos. En 1857 se recibió de abogado. Nada de leyes ni abstracciones jurídicas para la tesis a que le obligaba el grado universitario de Licenciado. Prefirió otro asunto. Algo de orden práctico para el bien y el mejoramiento del delincuente, abordó en la memoria: el sistema penitenciario en Chile y su mejor aplicación. Pintó nuestras cárceles como fétidos pudrideros de corrupción y abajamiento moral; el sistema penitenciario —¿pero, había alguno?— era el grillo, el azote y el cepo. Imposible la redención del delincuente en ese ambiente. El había visitado las cárceles y penitenciarías de los Estados Unidos. Podía comparar. Las enmiendas que propuso quedaron en la tesis.

En las tierras que recorrió en la adoles-

cencia y después como revolucionario, se presentó de candidato a Diputado en 1858. El manifiesto a los electores de La Ligua era ardiente. Estaba henchido de promesas, de reformas políticas generales para el país y otras para el bienestar del pueblo que deseaba representar en el Congreso. Se enredó en pleitos con el Regente de la Corte Ilustrísima de La Serena, porque no cumplía con los mandatos de la justicia. Lanzó un folleto en el que reveló las incidencias del juicio que seguía contra un síndico en el concurso de un teniente coronel. Otro folleto vehemente, sin lógica jurídica, pero lleno de consideraciones sobre lo que era la justicia y los deberes del juez en la organización social, salió de las prensas como un desahogo de su irritación. Decididamente, no era abogado. En pleno ejercicio de la profesión, era muy evidente el desgano.

Todas las fuerzas lo impulsaban a la política. Para hacerse oír, nunca había tenido un diario, un periódico siquiera. Sus artículos históricos, como los de actualidad para mejorar los servicios públicos y los que contenían las observaciones personales del momento, eran recibidos con entusiasmo, con una especial y señalada preferencia. En otros casos, en los que abordaba asuntos de un teñido tipo doctrinario, el hogar se cerraba. *El Ferrocarril* de Santiago era un diario montino y varista; *El Mercurio* de Valparaíso, muy cauto, no estaba dispuesto a aventurarse por ideales revolucionarios. Decidió tener periódico propio y lanzarse a la batalla contra el gobierno de Montt. Publicó 13 números de *La Asamblea Constituyente*, desde el 20 de octubre hasta el 11 de diciembre de 1858. El título del periódico era un reto. El contenido de los artículos, la incitación a la revuelta. Las *Tablas de sangre de la Administración Montt*, están impresas allí. Reforma de la Constitución de 1833, libertad electoral, mayor intervención del Congreso en la marcha del Ejecutivo para contener la omnipotencia presidencial, era el programa del periódico. Los asuntos de orden laico no le interesaban. Los defendió con energía, pero no hizo de ellos nunca sostenidas campañas. No era un anticlerical apasionado. Respetaba la Iglesia y combatía sus intromisiones en las cosas temporales. La fe no se le había extinguido, sino apaciguado. Por eso, en el periódico, estas cuestiones no tuvieron representación. Las puramente políticas son las resonantes en ese ardiente papel,

que fué la bandera de una opinión muy señalada. Desde esas columnas llamó a un *meeting* —él fué el primero que empleó el término—, para congregar las voces de la opinión de los girondinos liberales, en el Club de la Unión. Era el 11 de diciembre de 1858. Acabó con ellos la cárcel. El 12, el gobierno se armaba de facultades extraordinarias. Ese mismo día era clausurada *La Asamblea Constituyente*. El 20, desde la cárcel pública de Santiago, suscribía un *Manifiesto al Pueblo de Santiago* para condenar el estado de sitio y reafirmar los postulados revolucionarios.

En la cárcel escribió *Mi diario de prisión*. Actor de hechos tan importantes como los estimaba, no era posible quedar desconocidos para la posteridad. La historia de su vida y historia nacional, se confundían. Sabe que está haciendo con su actuación la historia de mañana y la documenta cuidadosamente. Es otro aspecto de su temperamento. Pero el diario de vida en una cárcel santiaguina era para llenarlo en minutos, en la noche, de una jornada para otra. Los mismos hechos, unas cuantas visitas. La repetición sistemática de actos iguales, bajo un régimen insufrible policial. Los caracteres de los hombres concluían identificándose. Las aspiraciones tenían su meta en la libertad. Vicuña Mackenna mató el tedio, volviendo a la historia como a un refugio. Con la ayuda de unos cuantos cronistas, en once días, desde el 6 al 17 de febrero de 1859, redactó, en forma definitiva, el ensayo *Diego de Almagro. Estudios críticos sobre el descubrimiento de Chile*. Ciento y tantas páginas.

La investigación ha dejado muy atrás este ensayo, cuya lectura es agradable. Lo que la erudición no ha contradicho, sino que más bien ha confirmado, es la captación que Vicuña Mackenna hizo de los rasgos psicológicos del conquistador. Los intuyó y reflejó con mucha firmeza y penetración. La voluntad férrea del hombre, la generosidad del carácter, la franqueza ingenua, sin malicia, la heroicidad innata, el sentido del sacrificio y la fortaleza para superar las horas tristes; cada uno de estos aspectos Vicuña Mackenna los trazó, cincelandolos. Blanco Fombona, maestro del retrato, en un libro tan apasionante como *El Conquistador del siglo XVI*, evitó el boceto psicológico de Almagro y prefirió reproducir el de Vicuña Mackenna. La misma intensidad

en la penetración tiene el de Bolívar. ¿Es superior el de Rodó? En la elegante construcción de la frase y en su ampliación verbalista, sí. No, en la profundización íntima de la llama cambiante, pero firme del genio del mayor majadero de la humanidad para destruir un mundo y encontrarse después sobre desoladas ruinas, sin poderlo arar. La intuición y el sentimiento de la grandeza, el poder de la evocación para percibir las sutiles emanaciones de lo inerte del pasado, con el eco de lejanía y ausencia que dejan las almas y las cosas cubiertas por la yedra, la imaginación del historiador las transfiguraba, las revivía y las dejaba magnificadas en esa distancia de tiempo en que las envuelve el ensueño, la ilusión.

De la cárcel salió para el destierro. Otra vez a Europa, en un buque de carga y en la sentina recluso. Iba con la pasión viva y con los odios desatados —esos odios suyos intermitentes, que luego, o perdaban, u olvidaban. Puros estallidos de violencia y nada más. Ya en París, con otros compañeros de exilio —los girondinos de diciembre de 1858—, lanzó un folleto con acusaciones tremendas. Una campanada en el extranjero que debelaba la situación de la patria: *Montt, Presidente de Chile y sus agentes ante los Tribunales y la Opinión Pública de Inglaterra*. Tal era el título. Resumía la causa que habían hecho seguir en Londres al capitán del buque que, al conducirlos prisioneros por una simple paga, había faltado a reglas precisas del derecho internacional. El pobre diablo del capitán de la *María Luisa Braghinton*, se ha esfumado para siempre. En cambio, la conducta de Montt y de sus hombres quedó ensombrecida. Aparecía como un tiranuelo más en la América Latina, tan pródiga en ellos y tan extraños en Chile. Luego, pasaron esas horas de arrebato. Volvió la calma al viajero. ¿Qué hacer “en el ancho mundo”? ¿En qué emplear sus maravillosas fuerzas de activista? Se concentró en el estudio.

En Londres, en el Museo Británico, trabajó en la misma mesa de Luis Blanc, autor de una *Historia de la Revolución Francesa*. Compulsó papeles históricos. En el otoño de 1859 pasó a París. Aquí abrazó a Barros Arana, también desterrado. Fué un encuentro feliz. Los dos historiadores recorrieron como eruditos las librerías anticuarias y las bibliotecas tras

la pesquisa de libros y de documentos sobre América y Chile. Estaba pobrísimo. Barros Arana lo empujaba a ir a España a ver las tierras de los antepasados y a estudiar los archivos y las bibliotecas. Sevilla y Simancas eran el señuelo. Sin dinero... El de Barros Arana apenas le alcanzaba. Hubo él mismo de remendar una camisa. El sabio Claudio Gay, que tanto le debía a Chile y él tanto había hecho por él, le anticipó la cantidad. Decidieron el viaje. Pasaron por viejas ciudades llenas de recuerdos y motivos históricos, en las cuales la identidad de hábitos y costumbres, les trajo el olor de la patria ausente. Llegaron a Madrid. Durante un mes de residencia en la villa del oso y del madroño, dijo “no haber excusado ni los días de fiesta para entregarme a mis polvorosas investigaciones entre los libreros de viejo de aquella ciudad”. En esa precipitada excursión recorrió con avidez los documentos sobre Chile que se encontraban depositados en la Biblioteca Nacional. Anotó los referentes a América. Hizo hallazgos bibliográficos en las librerías de viejo. En una “frígida y nebulosa mañana de un día del mes de noviembre del año del Señor de 1859”, tomó el rumbo a Toledo para encaminarse a Valencia, “a caza de recuerdos, pergaminos y librotos. Fuí a esa ciudad —apuntó— con el objeto de examinar la famosa historia de Chile escrita por el jesuita Diego de Rosales”. En Sevilla se hundió en el Archivo de las Indias. El viajero comenzó a sentirse inquieto y abrevió la excursión de estudio. Volvió a París; de ahí, al Perú.

Sentó los reales en Lima. Pero antes, desde la ciudad parisina fué a Londres y quiso entrevistarse con Lord Cochrane, para la traducción de las memorias del heroico Almirante. Sin resultado.

En la capital de los Virreyes encontró, sumidos en la pobreza, a los compañeros de la cruzada revolucionaria de la libertad de Chile, los amigos de las campañas de 1851 y 1859. Unos eran los desterrados de ayer y otros los de la última aventura. Allí estaba enfermo y aniquilado su jefe, del cual fuera lugarteniente en el norte en 1851, y que había vuelto a tomar las armas en 1859. José Miguel Carrera y Fontecilla murió prácticamente en sus brazos. Era una víctima ilustre de las persecuciones del régimen de tiranía de su patria, según se le antojaba. El momento que presentaba ese duelo, supo

aprovecharlo. Lo despidió con un discurso de marcada intención política, al cual dió amplia circulación en una hoja impresa. Culpó al Gobierno de Montt de la pérdida de esa vida, su entrañable amigo, formulándole cargos tremendos. Supo entonces de la ley de responsabilidad civil sancionada por Montt, ley impía y bárbara. Hacía efectiva en los bienes de los ciudadanos alzados en armas contra el Gobierno, los daños causados al Estado y a terceros. Las familias de ellos serían las víctimas. Naturalmente, la voz de Vicuña Mackenna se alzó en el acto. Relacionó la ley chilena con la argentina sobre los bienes del dictador Rosas, y publicó un folleto: *Don Juan Manuel de Rosas delante de la posteridad y la confiscación política restablecida en la legislación de Sud América*. Fué su última actuación política en el Perú, con relación a los sucesos de Chile. Era el año de 1860.

Lima le pareció propicia y acogedora. Hizo amigos y se relacionó con los hombres de tendencias liberales que hacían la política y muy particularmente con los de estudio. A éstos les pidió datos e informes para descubrir archivos y obtener los documentos que encontrábase en poder de las familias patricias. Como por todas partes dejaba el eco de su recuerdo y de la simpatía atrayente, comunicativa y generosa de su alma, siempre inspirada en nobles motivos, en Lima recibió ese año, enviándoselos desde París el Ministro Plenipotenciario de Argentina en Francia, Mariano Balcarce, hijo político de San Martín, los papeles del héroe, en copia certificada, "sin excusar lo más secreto en el precioso archivo de aquel gran americano". Lo había conocido en París. Con aquellos documentos y los que copió en Mendoza en 1855, llegó a conocer íntimamente la personalidad enigmática del organizador del ejército de Los Andes. En sus manos se juntaban, por un raro designio, los archivos de los Carreras y de San Martín.

Era imposible que al residir en Lima no persiguiera la huella de O'Higgins. Hacía dieciocho años que el desterrado chileno había fallecido en la ciudad virreinal en la calle de Espaderos, Girón de la Unión. De las figuras de la historia de la Independencia, la más cara a sus afectos, la más pura en el patriotismo, la más llena de coraje cívico, era la del soldado del Roble. Sin cuestión, era el fundador de la nacionalidad. Buscó al hijo de O'Hig-

gins y le habló de su proyecto de escribir la vida del patriota. Para que el rico hacendado de Montalván comprendiera el espíritu de justicia histórica que le animaba, le dió a leer el *Ostracismo de los Carreras* y la *Vida del General Juan Mackenna*, donde no se encontraba ni un reproche, ni la expresión de un despecho, para con el grande hombre, las veces que su pluma hubo de tocarlo. La verdad es que el hijo de O'Higgins, Demetrio, no necesitó de esas pruebas. Era un espíritu muy amplio y culto. Si amaba a su padre y sentíase orgulloso de sus glorias, que, además, veneraba como chileno, comprendía que en los días revueltos, turbulentos e inestables que vivió el soldado y el mandatario, eran inexcusables las faltas, los errores y los extravíos. Era la intención de los actos lo que debían apreciarse. A su juicio, los móviles de su padre habían sido sanos. El trato con el escritor concluyó convenciéndole de que el mejor historiador de su padre, sería Vicuña Mackenna. Le abrió el archivo intocado. Con él se fué a Montalván a clasificar los papeles. Se los obsequió en seguida. Los tres archivos de los más grandes hombres de Chile: Carrera, San Martín y O'Higgins, quedaban en los anaqueles de la biblioteca del historiador. El de Portales lo tendría más tarde.

Vicuña Mackenna trabajó en el archivo o'higginiano sin descanso, en jornadas de dieciséis horas diarias. En un mes quedó ordenada la balumba de manuscritos que encerraba la historia de Chile desde los albores de la independencia y de los primeros pasos vacilantes del nuevo Estado, hasta el desplome del mandatario, en 1823. Podía seguirle hasta su muerte, en 1842, con las cartas, proyectos y documentos del desterrado. Ellos hablaban de esa época triste de su vida, y con la correspondencia recibida, reconstituir el ambiente que lo rodeó. Esta narración la emprendería muchos años después.

Manos a la obra. Las quinientas páginas del *Ostracismo del General don Bernardo O'Higgins, escrito sobre documentos inéditos y noticias auténticas*, fueron redactadas en dos semanas, en la hacienda de Montalván. Durante la jornada no levantó cabeza. Para sentir al hombre, no quiso moverse de la hacienda en que O'Higgins viviera dirigiendo los cultivos agrícolas durante diecinueve años. En el mismo cuarto en que murió, como si quisiera sentir los efluvios de su alma e identificarse con ella, dejó correr la pluma.

No nos corresponde analizar aquí este libro. Fué en Chile, en Valparaíso, donde se editó como folletín del diario *El Mercurio* de esa ciudad, para aparecer en seguida en un volumen respetable, y también porque en su patria fué donde la obra hizo eclosión. Sin embargo, cabe una observación. La literatura histórica americana hacia esta época de la segunda mitad del siglo XIX, en lo tocante a la independencia, recién salía de la infancia. Prevalecía ese género de escritos que germina tan espontáneamente, donde graves sucesos han conmovido de un modo profundo la sociedad, y la han dividido en parcialidades irreconciliables con los personalismos, los caudillos militares y civiles. Cada juicio, con pretensiones de histórico, era una defensa. Cada historia, una apología. Los folletos en pro o en contra de un hombre o de un hecho, los caracterizaba el espíritu de partido. Ninguna de las figuras capitales de las que hicieron la independencia, tenía una historia o una biografía ya depuradas de estas circunstancias. El verdadero historiador debía sortear cuidadosamente este difícil tropiezo para darle al relato la trascendencia, seria y digna, de estudio y de reflexión, que condiciona el más elemental contenido de la historia. Desde este punto de vista, el libro de Vicuña Mackenna era nuevo en la literatura histórica. Era el primero con una intención desinteresada de estudio. Presentaba la vida de un hombre de la Revolución, apoyada en una documentación sólida, convenientemente utilizada, de modo que ella respaldaba la autoridad del autor. Ese propósito en Vicuña Mackenna era evidente. Su logro, en lo referente al criterio y a las opiniones del autor, eso ya era otra cuestión.

La obra que redactó Vicuña Mackenna en el Perú, le concernía a ese país en más de uno de los capítulos. Uno de ellos hacía parte importante, por lo menos, de su historia. La Expedición Libertadora, obra personal de O'Higgins, había sido el punto de partida de la independencia del virreinato. Ella lo hizo acreedor a la gratitud peruana, otorgándole, en primer término, el título de Gran Mariscal. En seguida, cuando salió desterrado de Chile, le facilitó los medios de vida al obsequiarle las haciendas de Montalván y Cui-ba. No parece que esos capítulos tuvieron resonancia en el Perú, acaso por la distancia en que se publicó la obra. No

sabemos con qué criterio o juicio fué allí recibido.

El historiador había debatido en la prensa, en el mejor diario limeño, en *El Comercio*, uno de los episodios más apasionantes de la historia postrera de la Expedición. Sus proyecciones políticas determinaron una lucha de competencia de autoridad, primero, acerca del mando supremo de la flota, y el reconocimiento de la soberanía chilena por San Martín, después, sobre el Ejército Libertador. Fué la lucha entre el Protector y el Almirante. Nació de ella la rivalidad entre los dos caudillos.

Vicuña Mackenna se había propuesto comentar las *Memorias* del Lord y expurgarlas de los errores de juicio y de apreciaciones sobre San Martín. Comenzó a escribir una serie de artículos en su defensa, que bien poco probaron. La lógica no era en el escritor la mejor arma de su inteligencia. Luego se extraviaba y perdía lo esencial de la demostración, para tomar asuntos ajenos, a los cuales daba más importancia que a los sustantivos de la discusión. Ampliaba el debate. Lo sacaba del tema. Así, San Martín y Lord Cochrane, fueron, poco a poco, diluyéndose en los artículos, y el tema se orientó a otra cuestión.

Como había trabajado en conciencia en la génesis del movimiento revolucionario peruano, consultado a los actores de los sucesos que aún vivían y leído los escritos de una extensa bibliografía polémica, introdujo en la narrativa lo que debió ser el principio de los artículos, o sea, el cuadro general de los hechos, de las ideas y de los motivos, que generaron la rebelión de las almas. Estos estudios los reunió después en un libro. Su título: *La Revolución de la Independencia del Perú desde 1809 a 1819. (Introducción histórica que comenzó a publicarse en "El Comercio" de Lima, en forma de artículos críticos con el título de "Lord Cochrane y San Martín")*. Sumaban doscientas y tantas páginas.

Aunque desordenado en el plan por la circunstancia anotada, la fundamentación de la obra era vigorosa en la información de antecedentes documentales, en recuerdos tradicionales confirmados en la explotación de la crónica local. El autor la había extraído de todo ese mundo vivo, casi siempre perdido para la historia, que es el dominante en un ambiente de inquietudes, en los momentos que preceden a los

sucesos de magnitud. En confirmación de ellos había verificado los datos en memorias inéditas de que ni se tenía noticias. Los precursores del ideal de la independencia peruana que trabajaron por ella en la propia España, quedaron revelados por primera vez. Todavía el libro es una autoridad en la historiografía peruana.

Para la explicación del espíritu de Vicuña Mackenna como escritor e historiador, esta obra es un hito en su carrera. Nos resume sus métodos de trabajo, la forma documentada de sus escritos, las calidades y defectos de su estilo y de sus concepciones históricas. Había llegado en el momento de escribirla a la madurez intelectual, y todo lo que ahora se descubre en su labor, será la que posteriormente la configure, manteniéndose los rasgos de la de su juventud. En más de un cuarto de siglo, ella se desarrollará con una persistencia abrumadora, que no parece la de un solo hombre. Sin fatiga, cada vez más entusiasta, con más idealismo, no obstante las penas, los desengaños y las ilusiones tantas veces rotas en el duro batallar. Hasta que se derrumbe, en 1886, como algo gigantesco, tendrá la pluma en una mano y los papeles en la otra.

Sobrehumana tarea. La llenó una fecundidad prodigiosa, una acción sin límites de que no hay ejemplo en su siglo, en el cultivo de la historia, en el periodismo, en la política y en la vida cívica americana. Los caracteres de la empresa colosal, quedaron fijados a los treinta años. Por eso, sin destacarlos, como lo hemos hecho en las páginas anteriores, no se comprende la posición del historiador, que tan difícil resulta para el crítico separarlo del vórtice en que fundió los esfuerzos titánicos de su genio.

Desde este momento, es exclusivamente la obra histórica la que debemos estudiar.

Apenas puso los pies en las playas de la patria, a la que llegaba el desterrado burlando las pesquisas de la autoridad a la que restábanle sólo meses de ejercicio, porque su mandato fenecía en septiembre de 1861, entró en escena arrastrado a un juicio de imprenta. 1861... Cumplidos los treinta años.

En *El Mercurio* de Valparaíso, como se recordará, a modo de folletín había publicado los capítulos del *Ostracismo de O'Higgins*. No obstante la sinceridad con que los había escrito y la fidelidad histórica con que creía haber fundamentado los hechos, las afecciones y la imaginación lo habían

traicionado. Enamorado de su héroe, O'Higgins aparecía excusado de errores graves y de actos condenables. La firmeza del carácter no había sido una de sus principales virtudes. Fácil para dejarse dominar por hombres que estimaba mejor dotados que él, ya en las opiniones sobre la Revolución, como en el caso de Mackenna; ya en el desinterés del mando como ocurrió con Carrera; ya en las operaciones militares en que cedió a San Martín; ya, en fin, en los asuntos políticos y administrativos en que se entregó a Rodríguez Aldea, Vicuña Mackenna intentó vindicarlo de estas bien humanas debilidades. Los documentos exhibidos en la justificación, eran no pocas veces contrarios al efecto que deseó obtener. Si una mente menos febril y entusiasta que la suya los leía con serenidad, las conclusiones no eran tan claras como lo pretendía el historiador. Los gravísimos errores de la segunda etapa de la administración de O'Higgins, a partir de 1820, los cargó íntegramente al Ministro de Hacienda José Antonio Rodríguez Aldea.

La excusa era peor. Dejaba a O'Higgins como irresponsable. La voluntad del mandatario la supeditó el Ministro. Pero al historiador no le bastó dejar allí las cosas. Le tentó el retrato del Ministro. Siempre el retrato histórico le cautivó. El hombre, por lo demás, daba amplia tela para la pintura. Del uso de los colores y de la calidad de los pinceles para distribuir las luces y las sombras, dependería la exactitud de la fisonomía. Pero Vicuña Mackenna sintió la necesidad de presentar al Ministro en forma antipática y odiosa. Lo trajo "al escenario del tribunal de la historia para la vindicta moral, social y política" y "el sacerdote de la historia" se constituyó en juez pesquisador desde sus más lejanos antecedentes de hombre público. Eran tremendos los cargos que le hizo.

En Lima, había comprado la toga de Oidor. Allí, negociado el cargo de Auditor de Guerra. Chileno de nacimiento, chillanejo como O'Higgins, fué contrario a la causa de la patria en su lucha por la Independencia. En el Tratado de Lircay, se valió de la intriga para contrariar los intereses de la Revolución y procedido deslealmente con sus jefes, los militares españoles. En la Reconquista, como Oidor de la Real Audiencia, habría delatado a sus compatriotas, y prevaricado con la justicia. Halagó pasiones patrióticas que nun-

ca sintió de verdad para escalar una situación pública. Lo culpó como el delator de la conspiración de 1820. El precio fué el Ministerio de Hacienda. En él negoció. Traficó con el valor de los tabacos. Entró en obscuras especulaciones con Arcos e indujo a la hermana de O'Higgins a participar y a ejercer su influencia en operaciones y peculados que gravaron, por una parte, y, por otra, estafaron los dineros fiscales. ¿Había más? Mucho más en su conducta descarada. A un primo suyo, realista, secuaz de las hordas de bandoleros de Benavides, incendiario de pueblos sureños, degollador de soldados patriotas, lo había hecho miembro de la Gran Convención. Del ánimo del Director Supremo hizo tal presa, que su correspondencia personal la redactaba el Ministro. Persuadió al gobernante a intervenir desvergonzadamente en las elecciones de los convencionales. Desfiguró con sus argucias legales el objeto de la asamblea. Intrigó para prolongar el mando del Director. La Constitución de 1822, fué hecha a su amaño y escrita por él. Había sido una burla. Una sola virtud reconocíale al Ministro: la lealtad sin vacilaciones para con O'Higgins.

Este era el retrato. Cuando apareció en la prensa, impresionó. No era el más feliz de los tantos y tantos retratos que había trazado brillantemente su pluma. Pero el desenfado en la acusación, la acumulación de cargos sin comprobación y la violencia de la censura, produjeron estupor. Hubo una familia que se sintió ultrajada y que vió la memoria del padre vilipendiada. La de Rodríguez Aldea era pobre y ocupaba una situación social distinguida. El hijo mayor, Francisco de Paula, acusó al historiador por injurias y calumnias. Pero la historia no era ajusticiable por sus opiniones, decía la ley de imprenta. Mas, para los cargos hechos a la probidad de una honra, el derecho establecía pruebas.

El juicio de imprenta a que fué arrastrado Vicuña fué corto, lleno de incidencias. Alegó su causa defendiendo el "sacerdocio de la historia" y el derecho de sanción para los prevaricadores y malvados. Llegó al estrado con los documentos acusadores. Los leyó y conmovió a los jurados. Fué absuelto. ¿Merecía la absolución? No se podrá hacer luz jamás sobre el valor de las pruebas acusatorias con que deshizo las imputaciones de calumniador con que lo señaló el hijo de Rodríguez. ¿Por qué? El historiador se sintió acongojado

con el sufrimiento de la familia de Rodríguez Aldea. La vió moralmente deshecha y deprimida en su honor hasta el martirio. El sabía sentir esos dolores. Era magnánimo, y "el sacerdote de la historia" había quedado incólume. Su condición de hombre era secundaria. Un día decidió entregar los documentos acusadores al hijo para que hiciera de ellos lo que le dictase su antojo. Desde entonces, la historia los perdió. Permitió, además, que se escribiera la biografía del Ministro, contradiciéndole. El sentimiento, el mandato del corazón, la generosidad del alma, le impusieron esa conducta. La vindicación de Rodríguez Aldea la ha impuesto después la historia. Barros Arana contribuyó a ella.

Polemizó después con el guatemalteco Antonio José de Irisarri, su pariente. En los expedientes de la polémica, era un maestro el amigo de su abuelo el General Mackenna. En los recursos de la lógica, infinitamente superior. No lo venció el cáustico escritor. Lo golpeó, ridiculizándolo. Los juicios adversos que produjo el *Ostracismo de O'Higgins*, no afectaron en nada a la calidad misma de la obra histórica. Había errores y sin duda opiniones mal fundadas. En dos semanas el autor lo había redactado en el extranjero, sin los materiales que en su país existían. Era un esfuerzo de memoria el que había hecho. Los documentos daban al libro su valor y eran éstos los que lo defendían. Vicuña Mackenna los había entregado sin reservas. Es que era así la honradez de su carácter. Al dar a luz la vida de O'Higgins, documentándola prolijamente, la historiografía nacional y americana ganó un libro notable. Es todo lo que se puede decir en su elogio, y no es poco.

Más de sesenta son, largamente contados, los títulos de los libros y folletos de la labor histórica de Vicuña Mackenna. Los artículos de diarios y revistas pueden llenar veinte o treinta volúmenes. En esta biblioteca de su propia obra, comparable con la de Medina, en la cantidad, un método hay que buscar para aprehenderla. La clasificación más sencilla es la de incorporar los títulos de esos libros y folletos a las grandes divisiones clásicas de los períodos de la historia nacional: colonia, independencia y república. Sin embargo, a veces los temas recorren los tres períodos y suelen alcanzar hasta la prehistoria, y la clasificación fracasa. Pero es preciso entenderse en alguna forma.

Veamos cómo proceder. Incorporemos

los libros del historiador a cada uno de esos períodos. Pero advirtamos que si logramos una clasificación, alteramos la cronología de la obra del escritor.

La colonia la sintió envuelta en el misticismo religioso. La comprendió desbordante de pequeñas inquietudes surgidas de la competencia entre la autoridad civil y la eclesiástica, o bien dentro de cada una de éstas. La vislumbró murmuradora y maldiciente. Sus escándalos sociales eran a veces consecuencia de una sexualidad contenida en fórmulas de hipócritas virtudes. Producíanse por el imperio de rango de familias poderosas. En otras ocasiones, por la falta de una vida interior. En los libros del escritor aparece vívida, animada, con una dramaticidad que oscila en un movimiento con caracteres trágicos, o que estalla en una carcajada por su comicidad. Había algo que dominaba el ambiente: las campanas. El escritor encontró en el gran telón de ese ambiente, lo que era capaz de sentir su intuición y el poder evocador de la imaginación, la lejanía. El pasado, a sus ojos, era bello, porque, los hombres, las costumbres y las cosas se patinaban de una suave armonía melancólica que el artista supo recoger y combinar mediante la comparación de lo ido y lo presente. Lo que mediaba en ese espacio de tiempo, era la historia, entrevista en las idealizaciones, sin desnaturalizarlas. El alma penetraba y saboreaba la cadencia de lo desdibujado en lo pretérito. Conocía que ese pretérito había sido peor en sus dolores, grosero en el goce, más duras las penas físicas que hoy y que las condiciones de vida ahora, aun las más ingratas, fueron en el pasado, un infierno. La más muelle existencia careció de las comodidades de hoy. Las almas eran fieras en el sentimiento. Los corazones, muy fuertes, supieron menos de ternuras delicadas. La rudeza del medio así lo imponía. El hombre tenía más resistencia física y era capaz de acciones más corajudas. Lo romántico de su escuela histórica daría lo demás.

Tres defectos hicieron imperfectas las evocaciones: la improvisación con que escribió, es uno; las puerilidades que introdujo en lo grave y severo, es el otro; y el tono declamatorio que, sin agregar nada a su estilo rico en vibraciones, lleno de colorido, comunicativo e insinuante, lo afea. Quizás habría que añadir un cuarto: la intención política doctrinaria. La escuela política liberal, lo hizo presentar la colonia sometida a la tiranía. Un soplo anti-

español corre en las páginas, sordo y rudo. Su tiempo así lo quería dentro de la conformación ideológica de la que fué su escuela. Ese fin político lo evidenció en todos los libros y aún en ocasiones en que a él mismo debió parecerle inadecuada la propaganda. Al activista, al agitador, era imposible pedirle prudencia, mesura, proporción.

En el ensayo *Lo que fué la Inquisición en Chile*, que le sirvió para su discurso de incorporación como miembro académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades en 1862, mostró sólo una parte de los procedimientos de ese siniestro tribunal, pero suficiente para execrarlo. Contó el proceso y los horrores a que fué sometido el desgraciado Francisco Moyén. La sociedad conservadora y el clero se le fueron encima. Pero el trozo literario suyo quedó. Históricamente, Medina debía completarlo. Todas las mejores dotes del historiador y del escritor, que trabajó sin prevenções políticas, y que se sintió desposeído de las obligaciones del momento, de cualquier género que fueran, las arrojó en dos obras sobre el coloniaje que no han sido superadas. Fueron publicadas en el año de 1869. Cada una en dos volúmenes que suman en total mil seiscientos seis páginas.

Una es la *Historia de Santiago*; la otra la *Historia de Valparaíso*. ¿Es superior la primera a la segunda? Está más llena de movimiento la de Santiago, hay más conflictos que animan la vida; pero en la otra el juego está en el mar, en los barcos. Ni una ni otra merecen en rigor el título que les dió el autor. La de Santiago era la historia del reino de Chile. La de Valparaíso, la historia del mar Pacífico. Contradicción del historiador: el título redujo, en ambos casos, la amplificación de los temas. Vicuña Mackenna, que se llamó "el más santiaguino de los santiaguinos", hizo la crónica de la capital en sus miles de accidentes. La desarrolló con un conocimiento profundo. El cuadro de la ciudad se desbordó de lo que era, vinculándolo a los gobernadores de Chile. Desde ese momento, dejó de hacer una historia local para escribir la general de la gobernación y capitanía general. Con mano muy segura trazó, valiéndose de los cronistas, las características de cada gobierno y clasificó la tarea de cada administración. Así presentó una galería de hechos generales de la historia del coloniaje que dan una visión clarísima del período. Por esto, el tí-

tulo exacto de este libro para que él se conjugara con el de su contenido, sería más exactamente: *Historia de Chile a través de la ciudad de Santiago*.

El lector se enamora de la lectura. En cada página hay un dato, un motivo, un episodio que lo apasiona y que lo incorpora a los tiempos de los sucesos. ¡Cómo evoca! ¡De qué manera reconstituye el pasado! El capítulo último, *La era colonial*, aun con sus cuantas mentirillas que decía Barros Arana, lo consideraba insuperable. A nosotros, nos parece maestro.

En el tema y en el plan, fué gemela la *Historia de Valparaíso*. La llamó crónica política, comercial y pintoresca. Era bien difícil darle rango a una villa que durante el dominio español había sido el miserable puerto de Santiago, asiento de negreros, rada para los buques que traían el deshecho de lo que el comercio había dejado en otros lugares de América. La vivacidad del historiador comprendió que la historia de la ciudad no era lo explotable. Al frente estaba el mar: ése era el tema. Superó el obstáculo al hacer de la ciudad porteña, del puerto, la reunión de todas las expediciones corsarias o filibusteras, comerciales o científicas, navales de estación, o de simple paso, que surcaron las aguas del Pacífico, desde los tiempos del descubrimiento de la bahía por Juan de Saavedra. Una parte de esa lucha a muerte por el predominio comercial del Océano Pacífico del Sur entre España, Inglaterra y Holanda, está escrita aquí. España sin escuadra y con heroicos marinos, siempre derrotada. Inglaterra con la suya y sus expertos nautas, imponiéndose a lo que era la sombra de un poderío naval. Lo que realmente escribió Vicuña Mackenna fué la *Historia del Mar Pacífico del Sur*.

El libro contiene una información admirable. El conocimiento de la literatura de viajeros es completa. La narración es de un vigor apasionante. El escritor aprovechó los resultados de sus investigaciones en el Museo Británico, durante la estancia de 1859, y las arrojó en las páginas. Un complemento de la obra puede considerarse otra publicada por Vicuña Mackenna trece años después, si bien no fué ése su propósito. Es *Juan Fernández. Historia verdadera de la isla de Robinson Crusoe*, publicado en 1883. Muy prolijamente investigada en la parte colonial, aunque también abraza los períodos de la independencia y de la república, llena de las más sugestivas revelaciones, es la

prolongación de la historia del Mar Pacífico del Sur.

La existencia de las solitarias y misteriosas islas, descubiertas por el marino que le dió su nombre —llevado al tribunal de la Inquisición por su intuición científica—, tenían una historia. Las aventuras ocurridas en el peñón, asiento también de corsarios y filibusteros, embellecido por el relato de Alejandro Selkirk, que dió origen a uno de los libros de aventuras más leídos de la literatura inglesa y en todas las lenguas del mundo, las contó Vicuña Mackenna con un estilo ágil, en que la imaginación parecía haberse separado de la verdad. Sin embargo, en ese libro nada había que no fuera exacto, o que no estuviera documentado. En parte, el relato era una prolongación, como hemos dicho, de la *Historia de Valparaíso*, en lo que *Juan Fernández* tuvo de *Historia del Mar Pacífico Sur*, si se considera que a veces de Valparaíso fueron a las islas las expediciones corsarias y de las islas, en otras ocasiones, enfrentaron proa al puerto. *Juan Fernández*, si era el postrer capítulo de la historia porteña, era el último de la historia del Pacífico colonial.

De 1869 son las historias de Santiago y de Valparaíso. En 1870 el historiador volvió a convertirse en viajero. En enero, dejaba las maletas en París, y en abril las depositaba en Londres. ¿Pensaba realizar las últimas investigaciones históricas para escribir la *Historia de Chile* que fué su sueño? Como Barros Arana, había acariciado esta idea desde su más temprana juventud, la que nunca vería realizada. Los afanes de la política, las absorbentes labores periodísticas y los libros que la oportunidad del momento le iban reclamando a su ardiente imaginación y a su fecunda pluma, acabaron nublando para siempre el ideal.

Cuando el 9 de mayo de 1870 se instaló en el Museo Británico, los motivos coloniales fueron los de las indagaciones. En ese establecimiento —“el que más me ha maravillado en Londres durante los últimos dieciocho años en que he sido su huésped”— encontró que, “respecto de los manuscritos relativos a la América Española, no poseía cosa de importancia”. Sin perder tiempo, después de esta apreciación comprobada por la experiencia, voló a España. En octubre, se encontraba en Madrid. Allí permaneció brevemente. Y en noviembre, al fin, se detenía en Sevilla,

destino de su viaje de investigador y de erudito. Se hospedó en la Fonda de las Sierpes, para dedicarse en el Archivo de las Indias a una rebusca metódica de los papeles de la historia de Chile. Un mes fué el prisionero del Archivo, cuyo edificio concebido por Felipe II y construído por el arquitecto el divino Herrera, para que sirviera de asiento —Casa Lonja— a las transacciones comerciales con América. Carlos III lo convirtió en 1781, en depósito de los papeles de las Indias. Con un entusiasmo febril, sin descanso, sin perder un momento, trabajó —él sabía hacerlo— en revisar toda la documentación colonial chilena y ordenó copiarla, pagándola de su bolsillo.

Vicuña Mackenna era pobre. En 1861, para saldar las deudas del segundo destierro, desgarrándose el corazón, se vió obligado a vender la riquísima biblioteca americana, compuesta de tres mil volúmenes, que con harto sacrificio había acumulado en sus andanzas por el "ancho mundo". Ahora vivía de su pluma y era como él se llamó un jornalero de ella. Revisó seiscientos noventa y nueve legajos. "En su conjunto —escribió— el pequeño reino de Chile, el más desdeñado de la metrópoli, puesto que era el más apartado y el más pobre, está honrosamente representado por quinientos cuarenta y seis cuerpos, cuya copia cabal exigiría probablemente mil resmas de papel, o sea, hablando el idioma de Archivos, "la carga de cien camellos", como los famosos de Alejandría". Cincuenta volúmenes con cuatrocientos dieciocho documentos fueron el fruto de la cosecha. Abarcaban desde Almagro hasta Ambrosio O'Higgins, junto con las materias más diversas: navegación, informaciones de méritos y servicios, causas de oidores, juicios de residencia, guerra, religión, mineralogía, estadística, etc.

La *Historia de Chile* con que había soñado se encontraba en esos papeles. Eran los cimientos. Pero el arquitecto no habría de darle forma. Llamó a los preciosos papeles "Copias de Indias" y los guardó en su biblioteca, lujosamente encuadernados. Los aprovecharían Barros Arana para la *Historia General* y beberían en ellos, en sus días, cediéndolos sin regaños, otros historiadores, Amunátegui, Crescente Errázuriz y José Toribio Medina. Otra adquisición valiosísima consiguió. Desde el primer viaje a España, había perseguido con tesón el manuscrito de la *Historia de Chile, Flandes Indiano*, del jesuita del si-

glo XVII, Diego de Rosales. Al Gobierno y a la Universidad de Chile les solicitó apoyo para adquirirlo. Las tentativas fracasaron. Ahora lo traía en su maleta. Lo dió a luz en 1877, en tres grandes volúmenes, con notas y una biografía del historiador colonial. Era una pieza fundamental con la que enriquecía la historiografía, al mismo tiempo que la hacía avanzar con el relato del cronista. Una porción considerable del siglo XVII quedaba descubierta en varios aspectos. Las costumbres y la organización de los araucanos, eran presentados por el cronista, que había sido insigne misionero, con un conocimiento directo, personal. Buen observador y dueño del idioma araucano, no tuvo interés en desfiguradas en beneficio del espíritu religioso y las reflejó como las vió. Las guerras de ese pueblo en sus móviles fueron consideradas con criterio recto, sin arrebatos místicos. Se daban datos preciosos sobre el gobierno colonial y sobre los mandatarios que ejercieron el gobierno. La crónica alcanzaba hasta 1674.

El bagaje histórico de Vicuña Mackenna en lo relativo a la Colonia, se asentó en un conocimiento muy fuerte y muy sólido con estas fuentes documentales. Los cronistas dejaron de ser la única sustentación de sus estudios futuros. El pasado estaba intacto en ellos. Relataron lo que oyeron y lo que vieron, con ingenuidad y candor. Desaliñados casi siempre, a veces, cuando no lo son, se convirtieron en maestros del idioma, en clásicos de la lengua, y del arte de exponer y de contar. Es el caso de Ovalle, Tesillo, González Nájera, Bascuñán y fray Juan de Jesús María. El amor a la tierra, les puso la pluma entre las manos, y es por eso que son, sin quererlo, evocadores. Pero como historias de hechos, las crónicas estaban llenas de errores. Los nuevos documentos obtenidos por Vicuña Mackenna, combinados con los relatos de los cronistas, en lo que éstos tienen de sabor local, fué lo que dió a los libros de esta época de Vicuña Mackenna una verdadera originalidad.

La serie de estos estudios, la abrió en 1876, con el ensayo *Lautaro y sus tres campañas sobre Santiago, 1553-1557*. Cuidó señalar que el estudio biográfico estaba escrito según nuevos documentos. Eran los que había arrancado al Archivo de Indias. Amena biografía de un bárbaro que puso en peligro la colonización con el genio innato de su arte militar, de organizador de ejércitos, de estrategia y táctico, Vicuña

Mackenna reseñó un período lleno de angustiosas vicisitudes y de heroico padecer de los españoles, hasta la muerte de Lautaro a manos de los conquistadores. La porfiada resistencia del caudillo araucano para salvar la independencia de su Estado, lo transfiguró el mismo día del sacrificio en un mártir de la libertad. Su nombre en América fué un símbolo. Las sociedades secretas americanas que se organizaron para trabajar por la emancipación tomaron el nombre del bárbaro. "Lautaro" se llamó la sociedad que fundó Miranda, en Londres. "Lautaro", la que funcionó en Cádiz, y "Logia Lautarina", la que esparció el cauteloso San Martín en Buenos Aires, Chile y Perú.

En el *Lautaro* había narrado Vicuña Mackenna un episodio principalmente militar. Tuvo consecuencias de trascendencia social y económica con las destrucciones que las huestes araucanas, comandadas por el soldado aborígen, hicieron de las ciudades sureñas, —simples campamentos— al desplazar los pequeños núcleos de la población española. El historiador apuntó al correr de la pluma el hecho. Antes lo había recogido en la *Historia de Santiago*, sin penetrarlo todavía. En todo caso, demostraba la preocupación por lo social. Un testimonio de lo íntimamente que había llegado a conocer la formación social de la colonia en el siglo XVII, nos proporciona el libro en que estudió la influencia decisiva de una poderosa familia. Es de 1877. Lo intituló *Los Lisperguer y la Quintrala (Doña Catalina de los Ríos) Episodio histórico y social, con numerosos documentos inéditos*. Los tres fenómenos característicos de ese siglo en la vida social, por lo menos en dos de ellos, fueron diseñados con cierto relieve, no tanto como en Amunátegui en *El Temblor de mayo de 1647*. Pintó bien, con fuerte colorido, la corrupción general de la sociedad en el momento en que bullía como en un crisol. Dibujó con medias tintas el desarrollo y auge de la fortuna privada sin relación ninguna con la pública, paupérrima. Delineó el genio de la sociedad criolla formada por los hijos de los españoles cruzados con el aborígen y de los peninsulares con este último. Los rasgos de los caracteres se perdieron, desgraciadamente, en la pluma de Vicuña Mackenna al acumular los datos sin explicar lo que representaban sociológicamente. En cuanto a la Quintrala, reveló lo que la tradición popular, y aún la señorial, había transmitido de genera-

ción en generación con caracteres diabólicos de maldad y perversidad, como resultantes de un proceso de la degeneración de los factores de la herencia con el cruce de español y de aborígen y de criollo y alemán. El caso clínico de esa pobre mujer, una enferma abrasada por la satiriasis y el masoquismo, no lo comprendió. Contó los casos de las depravaciones que había cometido. Fueron cuarenta sus asesinatos. Amunátegui Solar, muchos años más tarde, publicaría el informe del Oidor Huerta Gutiérrez, de la misma época de la Quintrala, en el que la señaló como una enferma. Vicuña Mackenna sólo vió lo pintoresco del escándalo social de la existencia de la Quintrala. Era lo que realmente le interesaba. La crónica, la conseja, la murmuración sombría de lo que de la mujer se decía, le pareció más valioso que penetrar en el fondo de lo que Catalina de los Ríos representó en un momento culminante de la vida del siglo XVII. La genealogía de la familia Lisperguer y sus entronques con otras, demasiada extensa y fatigosa, es un estudio interesante como filiación de una larga estirpe, que prácticamente dominó la vida chilena durante más de un siglo. Fué tal la frondosidad de ella, que el Obispo Salcedo dijo: "en Chile, el que no es Lisperguer es mulato".

Es probable que la investigación de ese hecho social de la familia Lisperguer, entre los cuales hubo verdaderos casos patológicos, lo llevará a descubrir y dar a conocer lo que había sido la medicina colonial. La medicina y los médicos en más de una ocasión en el curso de este estudio, debieron salir al encuentro del historiador. Pero, al mismo tiempo, para estimular a la Junta de Beneficencia de Santiago en sus trabajos, dió a los moldes ese año también de 1877, un librito muy simpático y ameno. El título que le dió, evita explicarlo. Lo llamó *Los Médicos de Antaño, La ciencia, la caridad, la beneficencia, la higiene, los hospitales, los asilos, las maravillas y las barbaridades de nuestros mayores en materia de médicos y de medicina*. La narración del autor hacía fácil y alegre la lectura, y los documentos, bien o mal aprovechados, pusieron en manos de otros investigadores, piezas importantes. El contenido social del libro, con algunos errores, nacidos de la precipitación al redactarlo, era muy valioso y alumbraba, por primera vez, un ángulo de la vida colonial perfectamente desconocido. Los trabajos de Muñoz Olano, Pedro Lautaro Ferrer,

Ernesto Greve, y sobre todo, de Enrique Laval, han desautorizado la obra, que alcanzó en la narrativa hasta mucho después de publicada en 1877, el valor de fuente única de información.

Sisifo no se cansaba. Escribir sin jornadas de alivio era su destino. Aún no se seca la tinta del libro recién salido de las prensas, cuando lanzaba otro en el mismo año. Lo intituló *Ensayo histórico sobre el clima de Chile. (Desde los tiempos prehistóricos hasta el gran temporal de julio de 1877)*. Los datos aquí consignados, extraídos de los cronistas y de toda clase de documentos, especialmente de los que había conseguido en el Archivo de Indias, forman, aún en nuestros días, un arsenal valioso de datos para la climatología. Sin embargo, ellos tocan principalmente al desarrollo de la agricultura, a los cultivos en determinadas zonas climáticas, al progreso de los canales de regadío, a los puentes y caminos, a las obras de embalse, a la acción moderadora de los bosques sobre las temperaturas y a los efectos de su destrucción. Científicamente el libro era débil. Los datos, preciosos. "Nos limitamos a registrar los hechos —dijo—, a compulsar las fechas, a medir la intensidad de los períodos históricos de sequías y humedades, a explicar sus causas como las comprendían los antiguos y como las entienden y explican los agrónomos y los sabios de la presente época; a hacer, en una palabra, la historia del clima del país con la mayor abundancia de comprobaciones inéditas y auténticas que nos ha sido posible acopiar". Y añadía como conclusión: "Un sabio habría podido dar, sin duda alguna, a sus lectores un grueso volumen a dos columnas, de observaciones barométricas, tan laboriosas como son, por lo general, ininteligibles al común de los que consultan los fenómenos del tiempo y las leyes reguladoras de la naturaleza".

Eran también valiosas las informaciones que recogió en las *Relaciones Históricas*, en dos volúmenes, con las que completó, en 1877, los estudios coloniales que había dispersado en diarios y revistas. Todos son apasionantes y novedosos, originales y escritos con extraordinaria amenidad. Hay que mencionarlos para completar la obra del historiador en la parte colonial: *El origen del nombre Chile; Pedro de Valdivia: reseña popular de su vida; La última campaña de Pedro de Valdivia y su muerte; La Cañada de Santiago: reseña histórica (1541-1820); Cosas de Chile; La ciudad*

encantada de los Césares; y La conjuración de Pedro Sancho de la Hoz.

Concluyó el año de 1877, con cuatro libros. Había redactado mil cuatrocientas cincuenta y ocho páginas. ¿Cuántas eran las que había tirado a la prensa, en artículos de tres y cuatro columnas? En 1878, daba término al ciclo de los estudios coloniales con la publicación de la segunda serie de las *Relaciones Históricas*, en la que incorporó *Los Hogares y las calles de Santiago*, crónica de las casas patricias; el *Barrio de los Presidentes*, la calle de las Monjitas que por una coincidencia albergó a los mandatarios supremos y *La conspiración del tabaco en Santiago*, en 1766, rebelión de protesta contra un impuesto. Tres años más tarde volvía otra vez a sus antiguos temas, con libros que, al mismo tiempo que tienen por propósito alentar el progreso industrial del país, a fin de mejorar las técnicas de las explotaciones, y divulgar las últimas conquistas de la ciencia, presentaban la historia de los minerales de Chile. Pero ya las fuerzas del historiador acusaban las primeras manifestaciones del cansancio. La fatiga asomó entonces. Con estas obras ciérrase el ciclo de los estudios históricos coloniales de Vicuña Mackenna. Ellos aunque también integran parte de otros períodos de la historia, no es posible excusarlos aquí. Son tres libros que se hermanan por el asunto y que los hacen curiosísimos. Uno de ellos es de 1881. El título es larguísimo: *La edad del oro en Chile, o sea, una demostración histórica de la maravillosa abundancia del oro que ha existido en el país, con una reseña de los grandes descubrimientos argentíferos que lo han enriquecido, principalmente en el presente siglo y algunas recientes excursiones a las regiones auríferas de Catapilco y quebradas de Alvarado y Malcara*. El otro es de 1882, *El libro de la plata*. Y el tercero, corresponde a 1883, *El libro del cobre y del carbón de piedra en Chile*. En las mil ochocientas diecisiete páginas que suman las tres obras, narró Vicuña Mackenna la historia de la minería en Chile hasta su tiempo. Estos libros no han sido superados hasta hoy, y los que han intentado suplirlos han partido de los suyos, tomándolos como base indispensable, ineludible.

Sin conocer las palabras del historiador sobre la Era de la Revolución de la Independencia, es imposible formar idea de los elementos de que se valió para escribirla. En 1866 había dicho: "Nacido cuando

comenzaban a morir uno en pos de otro (1831) los grandes soldados y los más ilustres pensadores de la Revolución, fué el culto de mi niñez acercarme a esos seres venerables e interrogar su memoria sobre los acontecimientos de que fueron testigos o actores; y como tuviera la advertencia de poner por escrito sus relatos a medida que los escuchaba, he encontrado que en el curso de veinte años he hecho un abundante acopio de esta prueba oral, pero respetabilísima de nuestro pasado". Llamó "sueño de oro" la de escribir algún día la historia de la Revolución de su patria. Nadie parecía mejor indicado para hacerla. El hogar, como hemos visto, se encontraba lleno de tradiciones, las que había recogido con celo religioso. El culto de los héroes también lo llamaba a la empresa. "Sentía un amor entusiasta por la memoria de sus inclitos autores". Tenía por esos hombres "una afición innata, pero ardiente, una admiración profunda por sus grandes hechos". Por "el pensamiento de aquellas generaciones, dignas de impecederer recuerdo", una veneración sin límites. El verbo de la magnificación lo pondría el historiador. A los veinticinco años, en 1856, había dado pruebas de lo que era capaz con la *Vida del General Juan Mackenna*, su antepasado. Al año siguiente, en 1857, con el *Ostracismo de los Carreras*. Después, con la *Historia de la Revolución del Perú* y el estudio breve, de circunstancias, sobre el estadista limeño, Hipólito Unanue. En el *Ostracismo de O'Higgins* había trazado en 1861, el cuadro vivo del fundador de la nacionalidad chilena. Sabemos cuáles son los méritos y los defectos de este estudio. Con los libros que siguen vamos a asistir a la glorificación de los próceres civiles y militares. Los últimos le cautivan más. Quizás porque los destellos de la fama son más vivos y se conforman mejor con el alma vibrante del activista. Habla y escribe para una raza de titanes, como dijo uno de sus críticos. Cincelo con su palabra de bronce las efigies y las estatuas de Carrera, O'Higgins, Rodríguez y Mackenna. Todas las figuras de la independencia quiso esculpir las. En 1861 había dado los pasos para erigirle realmente a San Martín un monumento. En 1863, después de mucho bregar, su empeño estaba cumplido y se inauguraba la del héroe, el 5 de abril. Los carrerinos la salpicaron de sangre. Así apareció al día siguiente de la inauguración. La hermana de los Carreras, la altiva do-

ña Javiera, que consumía el dolor del drama en una amarga vejez, era la autora de la protesta. Vicuña Mackenna hizo nada la profanación. A los cuatro vientos, horas antes, había inundado el mundo americano con un libro sobre el glorioso soldado. Era de verdadero mérito histórico. Además, como en el caso de O'Higgins, el suyo era la primera vida de San Martín seriamente escrita en América. Ya hemos dicho que en su patria no había sido comprendido. *El General don José de San Martín considerado según documentos enteramente inéditos, con motivo de la inauguración de su estatua el 5 de abril de 1863*, fué escrito sobre el respaldo de los papeles de los hombres más notables de la Revolución. En primer término, con los del propio archivo San Martín, con aquellos que en las manos del historiador puso el hijo político del héroe, Mariano Balcarce sin reservas. En segundo lugar, en los documentos del archivo de O'Higgins. La abundante correspondencia de ambos, intercambiada en los momentos más azarosos de la Revolución, constituía una conversación diaria, de un significado imponderable. Los archivos de los Carre-ras y de Mackenna completaban los materiales sobre los cuales había reconstituido la vida del Libertador. Vicuña Mackenna, está de más decirlo, conociendo su credo de admiración por los héroes, lo engrandeció sin desfigurar la verdadera imagen. Tanto ello es así, que no le fué dado paliar lo que fué el carácter de San Martín, cauteloso, frío, reservado, enigmático, sin decisión y desgraciadamente, desleal en el caso de Chile. Lo que en la evocación de San Martín sobresalía muy nítidamente, eran las aptitudes del soldado, un buen organizador de tropas, diestro conductor de ejércitos y magnífico General de Estado Mayor. Vicuña Mackenna lo supuso un genio de la guerra. Lo idealizó como un militar de iniciativas audaces, iguales a las de Bolívar. Estas aptitudes, que sólo estuvieron en la mente del biógrafo, no lograron convencer. La insistencia de la leyenda y del mito, la han difundido después como un axioma en que la más sana crítica no ha podido vencer el patriotismo. Fué exacto también el escritor, al destacarlo como un hombre desposeído del interés de mando político, a diferencia de Bolívar, que lo amaba con pasión. La distancia que siempre mantuvo instintivamente a las parcialidades y al caudillismo, a pesar de haber sido hombre

de círculos secretos y de logias obscuras, lo excepcionan notablemente del militarismo americano, y ello lo hace formar parte del soldado con una recta conciencia civil. Como Sucre, por ejemplo; como Freire y Pinto en Chile. El mismo nombre O'Higgins integra el número de estos rarísimos soldados.

O'Higgins comenzó a preocuparle nuevamente al año siguiente, 1864, en su afán inextinguible de hacer justicia. La publicación del *Ostracismo*, si había significado la rehabilitación histórica del desterrado de Montalván, era preciso, a su juicio, que se encarnara en el alma popular. Era el pueblo el que le debía gratitud; la sociedad, sus eminentes servicios; el gobierno, como símbolo de la patria, la consagración cívica. Vicuña Mackenna era entonces Diputado por La Ligua. Encontró allí la tribuna resonante que necesitaba para hacer oír sus sentimientos patrióticos. A la consideración del Congreso Nacional elevó una moción que contenía un proyecto de ley para trasladar a la patria los restos de aquel hombre ilustre, y erigirle un monumento a su memoria. El activista incansable, sabía hacer las cosas y atraer las opiniones. Para ablandar el terreno, dió a la estampa el folleto *Los últimos días del Capitán Don Bernardo O'Higgins*. Contaba la existencia del soldado desde que dió por terminada su vida política con la abdicación del mando supremo en 1823, hasta su muerte en 1842. Diecinueve años fueron los que debió narrar de la existencia de O'Higgins. El biógrafo prefirió sintetizar la vida del desterrado en cuadros que la presentaban en sus mejores aspectos. O'Higgins había cerrado su existencia pública en 1839, cuando las armas chilenas derrotaron la Confederación Perú-Boliviana en los campos de Yungay y abatieron para siempre el poder del autor de aquella empresa, el General Santa Cruz. Nunca comprendió el antiguo Director Supremo de Chile el peligro que la Confederación significaba para la independencia de su patria. Se sentía más ciudadano de América que de Chile. Fué contrario a la política de Portales y condenó con energía los propósitos del Gobierno chileno de acabar con la Confederación. Apoyó a Santa Cruz y fué, a veces, su consejero. El historiador guardó silencio acerca de esta conducta de O'Higgins. Sólo reveló cómo se había complacido con el triunfo chileno en Yungay, y llora-

do al abrazar al vencedor de la contienda, el General Manuel Bulnes, soldado que había servido a sus órdenes en las campañas de la independencia después de Chacabuco. Ese mismo año de 1839, O'Higgins sufrió un quebranto moral que duramente lo impresionó. Fué la muerte de su madre, a quien amaba con delicada ternura. Este golpe lo recluyó definitivamente. El corazón estaba ya también lesionado.

Recordaba después Vicuña Mackenna la existencia de O'Higgins en la hacienda de Montalván. Siempre quiso ser un agricultor. Al desterrarse de Chile en 1823, pensó radicarse en el campo irlandés para cultivar la tierra. En Montalván, con su madre y hermana, llevó una existencia de trabajo muy sacrificada por la cortedad de medios. En recuerdo de la tierra lejana, los potreros del campo fueron bautizados con los nombres gloriosos de Chacabuco, Maipo, El Roble. En las tardes, escribía los proyectos en que lucubraban sus sueños para el progreso de Chile. Los ponía en manos de los jefes navales ingleses de estación en el Pacífico, que pasaban por Lima, con los cuales se entendía en un perfecto inglés. Inmigración irlandesa; fomento del ganado lanar, incorporación de Magallanes al territorio nacional y colonización urgente de él; formación de cooperativas agrícolas, eran los proyectos que daba a esos jefes para que los pusieran en manos del gobierno de Chile. Otras veces, exponía sus ideas sobre la reunión de un Congreso Americano, las bases de los tratados comerciales aduaneros, la conveniencia de intensificar la educación del pueblo. Pero los años iban cayendo sobre el proscrito. Vió desaparecer el ser más querido de su vida: doña Isabel Riquelme, ese mismo año 1839. La tristeza le inundó y comenzó a perder la salud. La aneurisma al corazón disminuyó sus fuerzas. Cuando creyó que podía embarcarse para la patria, la enfermedad arreció. Había mandado hacer el uniforme correspondiente a su rango de Capitán General para presentarse en Chile y tomado ya los pasajes. Hasta escribió el discurso que pensaba dirigirle al pueblo, del cual era el padre. Esperaba en el Callao el vapor, cuando el corazón estalló en un golpe de gravedad extrema. Fué a Lima a convalecer. Días de sufrimiento. Una mañana, le abandonó el ánima, balbuceando ¡Magallanes! Lo envolvieron en una mortaja del hábito franciscano. El guerrero, el estadista, sin expresión de dolor, quedó en el rostro con una suave son-

risa de perdón. Pero ya la gloria había comenzado para él. Estos recuerdos, estrictamente ciertos, recogidos por el autor en Montalván, dejaban en el lector el ánimo de la tremenda ingratitud de que había sido víctima el patriota. Una nueva generación entendía y comprendía ahora de diversa manera a los actores del gran drama de la Revolución. Buscaba hacer justicia y el primer abanderado de esa justicia póstuma era Vicuña Mackenna.

En 1868, abordó un tema histórico lleno de dramaticidad. Las escenas que describió, debido a la repetición tan continua, concluyen, sin embargo, cansando al lector. La obra fué escrita en cumplimiento de un mandato universitario. El Rector de la Universidad de Chile lo invitó a componer la memoria histórica que exigía el estatuto de la corporación al enterarse cada año el día del aniversario nacional. Las memorias históricas universitarias habían ido llenando varios periodos de la historia nacional en un orden sucesivo de acontecimientos. Lastarria, había esbozado desde la contemplación filosófica, la influencia del sistema del coloniaje en la organización social. Tocornal, el advenimiento del primer gobierno nacional. Benavente, las acciones guerreras de la Independencia. Barros Arana, el curso de la Revolución desde 1811 hasta 1812 y las campañas de Chiloé para someterlo a la República. Los hermanos Amunátegui, la reconquista española. Sanfuentes, la guerra desde la batalla de Chacabuco hasta la de Maipo. García Reyes, la formación de la primera escuadra nacional, durante el gobierno de O'Higgins.

Faltaba relatar, a la luz de una documentación bien expuesta, con claridad y método, la etapa dura de las campañas del sur desde que, derrotadas las armas realistas en Chacabuco y después en Maipo, los restos de las tropas, con buenos conductores, se habían reorganizado en Concepción. Barros Arana había contado en el *Vicente de Benavides*, en 1850, una etapa de esas campañas, en las cuales al famoso y feroz guerrillero le cupo una actuación, principal y desgraciada, hasta su fusilamiento en 1820. Pero la lucha había seguido en una serie de encuentros con suerte muy varia para las fuerzas de los dos ejércitos. Este fué el tema que se propuso desarrollar el historiador, en un libro de quinientas sesenta y dos páginas. El título ya de por sí era sugestivo y llamaba a la curiosidad: *La guerra a Muerte. Memoria sobre las últi-*

mas campañas de la Independencia de Chile. 1819-1824, escrita sobre documentos enteramente inéditos. El campo en que se desarrolló la guerra fué muy vasto. Comprendía desde la región de Chillán hasta la frontera del alto Bío-Bío. Concepción fué el centro de las operaciones, según la suerte del vencedor. La parte del alto Bío-Bío sirvió de teatro a las más espantosas campañas. El ejército patriota casi desnudo realmente, sin recursos combatía contra un puñado de guerrilleros españoles hábiles, esforzados y crueles. Habían levantado al pueblo araucano, que buscaba el saqueo, el robo, el asesinato y la depredación. Las armas chilenas se mellaron en esos combates. Eran soldados de hierro y sus capitanes de acero. Caían en las emboscadas los jefes y los soldados, bárbaramente lacerados, degollados o lanceados. La montaña, el bosque, el río, los accidentes del terreno, todo servía a un enemigo diestro en el conocimiento del vasto y siniestro paraje.

Hay que reconocer que Vicuña Mackenna, apoyado en un material de primer orden, contó esa historia con galanura. Le dió entonación épica y una emotividad anhelante. Narró estremecido el martirio de los héroes que cayeron bajo la cuchilla ignominiosa de las hordas. Sin duda, es éste uno de los buenos libros de Vicuña Mackenna. Trozos suyos, como el asalto de Tarpellanca, los sacrificios de Alcázar y de O'Carrol, son páginas de antología. También lo son las que describen los paisajes de la naturaleza sureña, los incendios de los pueblos con sus habitantes enloquecidos por el terror, y la peregrinación dantesca de las monjas Trinitarias de Concepción. Pero por las páginas de la obra cruza un soplo de desolación. La angustia y la muerte. La crueldad atroz y salvaje. Los torrentes de la sangre. El historiador escribió una crónica lata y abrumadora en los detalles. Es increíble un poder de narración igual, tan sostenido siempre, tan vivo, tan lleno de emoción. El escritor es parte del drama, y por eso no siente el desfallecimiento. Parece estar atento a la emboscada, listo para el asalto, dispuesto para el combate. El lector concluye exhausto, con una visión enrojecida del vasto escenario, tan pequeño en su significado y tan sin gloria al final. Históricamente, el libro es modelo de veracidad y de construcción. Todos los archivos oficiales, los públicos y privados, estuvieron a su disposición. En el desfile de tantos hombres,

de tan innúmeros hechos, de tantos incidentes, los errores descubiertos por la erudición quedan atrás. El telón de fondo que pintó ha quedado incommovible.

Ocho años después de la campaña para conseguir fueran traídas a la patria las cenizas de O'Higgins, con ocasión de la inhumación de ellas en 1872, escribió una ágil biografía popular del hombre ilustre por encargo del Ministro de la Guerra. La silueta del soldado y del gobernante nada contenía de nuevo para la historia. El valor de ese medallón se encuentra en el poder de la síntesis biográfica de una vida tan complicada. Es una de las poquísimas que salieron de la pluma del escritor, que siempre amplificó. El toque patriótico, tan insistentemente sostenido —es verdad que era su objeto— la hace desmerecer. Sin ese motivo, habría sido perfecta. El ensayo fué publicado como introducción en *La Corona del Héroe, recopilación de datos y documentos para perpetuar la memoria del General don Bernardo O'Higgins, mandada publicar por el Ministro de la Guerra don Francisco Echáurren Huidobro*, rezaba el título. Como siempre que escribía historias, los cimientos de la construcción los exhibió. Esta vez publicó en *La Corona del Héroe*, preciosos documentos, que por sí solos mostraban la fisonomía moral superior del creador de la República.

A partir de este ensayo de 1872, el historiador de la independencia enmudece. Deja de publicar libros y folletos sobre el tema. Los diarios siguen produciendo, sin embargo, lo que el escritor les entrega acerca de los más variados aspectos de ese drama, que nunca dejó de mano. Pero, en 1881, cumpliáse el centenario del nacimiento de Andrés Bello y su conmemoración fué un acontecimiento nacional. ¿Fué Bello hombre de las íntimas simpatías de Vicuña Mackenna? Sin duda, lo admiró y su nombre lo respetaba. Mas, parece que el temperamento del caraqueño no afinó con el suyo, improvisador, rápido, inquieto, vehemente, intuitivo y emocional. Ante el suceso, que en el fondo era el homenaje al creador de la cultura chilena, el escritor entregó su aporte. Fué un libro dedicado a la memoria del humanista, que tocaba directamente a la historia de la revolución venezolana. En la bruma, había quedado el sacerdote audaz que decidió con su palabra la formación del primer gobierno nacional de la antigua Capitanía General de Vene-

zuela, el 19 de abril de 1810. Ese sacerdote era chileno. Toda su vida permanecía ignorada. Vicuña Mackenna la exhumó de los archivos y la lanzó limpia de las telarañas que la cubrían. Más que el polvo sepultador, la propia conducta política del chileno, desafecta a Bolívar desde el Congreso de Cariaco, había arrinconado su imagen. Alma apasionada, en la que el pensamiento revolucionario bullía incontenible, José Cortés y Madariaga, ya en el Chile colonial había disputado con estridencias por canongías y cátedras con individuos poderosos de la sociedad patricia, a la cual su familia pertenecía también. A Caracas fué a parar como consecuencia de transacciones en esas litis. Allí lo encontró el movimiento de abril de 1810, que condujo a la recuperación de la soberanía popular del pueblo caraqueño. Luego después, encendida la Revolución, con Bolívar supremo director de ella, Cortés Madariaga lo enfrentó. Era demasiado. Era luchar con las fuerzas telúricas de la naturaleza. En Río Hacha quedó anulado el chileno. Hasta sus cenizas se perdieron. Basta con presentar los perfiles de esta vida, con los tres rasgos con que lo hemos hecho, para suponer cómo ella apasionaría al historiador. En trescientas páginas de un formato pequeño, la cogió exhibiéndola por primera vez. Pero era incompleta desde el punto de vista de la investigación. El autor no se movía a sus anchas en las vicisitudes de la guerra emancipadora colombiana ni en los conflictos de Cortés con Bolívar. Hay algo que no domina y que no aprehende. Tampoco logra adivinar su intuición el vórtice de los sucesos. Es que la imaginación comenzaba a decaer. Esé algo que le faltaba no era otra cosa que familiaridad con los datos y los hechos en un terreno que desconocía. El mérito de este trabajo es, sin embargo, haber proporcionado los elementos capitales para una reconstrucción futura de Cortés Madariaga. Era solamente un hilo de Ariadna.

No es aventurado suponer que la carga inmensa de trabajo que lo acosaba por aquellos días de intensas preocupaciones patrióticas, como la guerra del Pacífico en que se encontraba envuelto el país, cuya conducción cívica y popular él había tomado, lo forzaran a escribir demasiado improvisadamente. Su mesa estaba llena de las pruebas de la historia de esa guerra y cargado de responsabilidades. Escribía artículos patrióticos. Interpelaba en el

Senado al Gobierno. Animaba a los soldados y era su confidente. Improvisaba discursos electrificados de fuego y de pasión. No lo decimos como una mitigación de lo débil que encontramos el libro. Apuntamos un hecho que ya percibimos en su obra. Sentimos el desgaste de la naturaleza cargada de un trabajo sobrehumano, cuyos hombros, por recios que fueran, se debían encorvar. Son los anuncios de la debilitación de las más preciosas facultades del escritor, que todavía en cinco años más de vida, llenará miles y miles de páginas.

También ahora se preocupaba de reunir sus obras completas, de acuerdo con un proyecto elaborado con su editor Rafael Jover, en 1879. Alcanzaba la nómina publicada, a noventa volúmenes y recogía sus escritos desde 1849 hasta 1870, en veinte años de labor. En los ratos que le era posible, ordenaba y corregía la biblioteca de sus propios escritos. Fué entonces cuando volvió sobre el *Ostracismo de O'Higgins*, cuyo segundo volumen debió esperar veintidós años para ver la luz. En 1882 redactó el destierro propiamente del prócer, en capítulos menos encendidos de entusiasmo. La documentación del archivo o'higginiano que aprovechó, toda íntima, compuesta de la correspondencia del prócer con sus partidarios y de éstos con él, fué la que aprovechó. También la cambiada con los grandes hombres de América. Ello dió al volumen la respetabilidad de una obra histórica de gran seriedad en la elaboración, comparable a las biografías inglesas llenas de cartas, memorias y papeles de toda especie. Leído el tomo primero del *Ostracismo*, seguidamente del segundo, se ve cómo el impacto de los veintidós años que lo separan de aquél, ha modificado el carácter del autor. Las cualidades del escritor son las mismas. Las intemperancias han declinado. Los arrebatos se contienen. El criterio es más firme. Estaba también en el medio siglo justo de su vida. A los cincuenta años, ¿qué no ha cambiado en el miraje de su vida? Vicuña Mackenna se dió cuenta de que otro espíritu lo dominaba y le escribió a Mitre: "es el hijo segundo el que envió. A gran distancia del primero ha salido y por lo mismo más sazonado en el reposo". Tiró el volumen para hermanarlo con el primero, y, en seguida, los refundió ambos en la obra definitiva: *Vida del Capitán General de Chile don Bernardo O'Higgins, Brigadier de la República Argentina y Gran Mariscal del Perú*.

Sumaba novecientos ochenta y dos páginas. Prácticamente con esta obra, cerró Vicuña Mackenna también la publicación de los libros y folletos acerca de la independencia. Los últimos escritos de este género fueron un libro sobre *El Coronel don Tomás de Figueroa. Estudio crítico según documentos inéditos sobre la vida de este jefe y el primer motín militar que acaudilló en la Plaza de Santiago el 1º de abril de 1811, y su proceso*, y un folleto, *La contabilidad del cadalso de los Carreras en Mendoza (1817-1818). Una duda histórica aclarada*. Ambos estudios son de 1885, un año antes del fallecimiento. En el primero, intentó la rehabilitación del caudillo que amotinó un cuerpo de tropas para hacer fracasar la Revolución en su cuna. Figura simpática y desgraciada, pero secundaria en el drama que comenzaba, la rodeaba una misteriosa leyenda en su anterior existencia, a la que el relámpago fulminante del mismo fusil que disparó, la iluminó en un instante. Mucho más valioso que el relato, en el cuadro general de la época que historiaba, eran los documentos que enriquecían el libro sobre la Junta de Gobierno de 1810 y su dictador de hecho, Juan Martínez de Rozas. Proyectaban una luz nueva sobre el artificioso abogado. En el segundo, en las veintisiete páginas del folleto, refería un hecho de una crueldad moral indignante: fusilados en Mendoza los hermanos Juan José y Luis Carrera, los gastos del juicio de conspiración de que se les acusó y las diligencias judiciales de la muerte, se hicieron pagar al padre Ignacio de la Carrera, un anciano ya bastante desgraciado con la suerte de sus hijos, para que se le impusiera esta otra mayor, macabra, impía y feroz. La firma de O'Higgins estaba allí. Confirmaba el cúmplase. Estampó la suya el padre y murió. ¿Pudo evitar O'Higgins esta burla al dolor? ¿Le fué posible evitar ese martirio? Es posible. Pero era el mandato de la ley procesal española.

Después del fallecimiento de Vicuña Mackenna, algunas páginas suyas, inéditas, póstumas, sobre la independencia americana, vieron la luz. Eran trozos de una obra que quedó redactada a medias, pero con páginas tan vivas como las que contienen el retrato de Bolívar. Fueron publicadas con el título *El Washington del Sur*. El Mariscal de Ayacucho, José Antonio Sucre, era el motivo del escrito. Era una glosa al libro de un escritor venezo-

lano, *Recuerdos del tiempo heroico*, magistralmente redactado por José María Rey de Castro.

En la república que vivió Vicuña Mackenna (1831-1886), de los hechos históricos que en ella acontecieron, fué testigo y actor, directo o indirecto. Directo en la mayoría de los casos. A los seis años, su imaginación fué herida con la noticia del asesinato de Portales. A los nueve, sintió el eco de las aclamaciones del triunfo de Yungay. Entre 1840 y 1850, presencié el desarrollo y progreso del país, presidido por el General Bulnes, bajo la mano de hábiles estadistas: Irrarrázaval, Bello, Rengifo, Benavente, Montt, Vial, Egaña, Tocornal, García Reyes, Varas, Pinto. Una generación anticipada a la suya, que sentía y comprendía de una manera diversa a la tradicional de la sociedad, pugnaba por cambiar la concepción política que dirigía el peluconismo. Lastarria, Santa María, Errázuriz, eran sus caudillos. El pipiolo Pedro Félix Vicuña, publicista quimérico y fantástico, seguía conspirando. Era su padre.

En 1849, Vicuña Mackenna entraba en la vida pública. Lanza los primeros artículos. En 1850, está enrolado en un partido político, el liberal. Vive la historia de Chile. Participa en las revoluciones de 1851 y 1859. Interviene en la guerra con España en 1866, como agente confidencial del gobierno en los Estados Unidos. En 1879, es el animador de la Guerra del Pacífico. Cuando los acontecimientos importantes, internos y externos, no lo colocan en la avanzada, tiene otros cargos. Es diputado, senador, intendente de una provincia, cuya capital transforma, y, por último, candidato a la Presidencia de la República. Siempre prefirió, fuera de la política, cargos secundarios que le permitieran desarrollar la voluntad arrolladora y sus condiciones innatas de activista. Fué Secretario de la Sociedad de la Igualdad en 1850. Al lado de José Miguel Carrera y Fontecilla en la revolución del norte en 1851, trabajaba con igual rango. En la Sociedad Nacional de Agricultura, lo mismo. Como diputado, se hizo cargo de la Secretaría de esa Cámara. Lo fué de la Sociedad de Instrucción Primaria, de la Unión Panamericana, de las exposiciones históricas e industriales que organizó, o en las cuales colaboró. Desde esos cargos, podía mover, influir, entusiasmar, agitar, interesar, conducir. En una palabra, ser él todo, sin ser el primero. En la prensa, dirige la opinión. Asistió a

la formación del partido liberal. La descomposición del peluconismo, que dió vida al partido conservador y al monttvarista, le tocó verla. Formó en las filas de la Fusión Liberal-Conservadora. Contribuyó al triunfo del liberalismo. Propició las reformas liberales. El era un reformista.

¿En qué suceso de la historia de la república de su tiempo no intervino? El actor de alguno de esos sucesos se propuso historiarlos. La historia desde este momento la pone al servicio de la política, de sus convicciones doctrinarias. Tal era también la tendencia del siglo. Todos los que ejercieron su magisterio, hicieron de ella una cátedra de nacionalismo y de las libertades públicas. En Francia, Michelet, Guizot, Thiers, Mignet y Lamartine. En Alemania, Sybel y Treitschke. En Inglaterra, Macaulay y Carlyle. En España, Torreno y el Duque de Rivas. En Italia, Cantù. Vicuña Mackenna creía educar cívicamente al concebirla así. Imaginó que con la historia responsabilizaba, y que era un juez que pronunciaba sentencias. La parte dispositiva de esas sentencias concluían imponiendo una sanción política y moral. Siempre como una manera de hacer respetar los derechos del individuo, o de escarner a los malos ciudadanos. Pero este juez había sido parte en los hechos que iba a sentenciar, y algunos de sus veredictos, convertidos en libros, demostrarían que no había tenido serenidad para meditarlos. Un ejemplo. La historia de la administración Montt, careció de un capítulo siquiera que explicara qué había sido aquel gobierno, cuáles sus características políticas, quiénes los hombres que la dirigieron, las razones que determinaron el exceso del autoritarismo presidencial. No la precedía ni una semblanza del mandatario que encarnó como nadie el gobierno y su responsabilidad. Vibrantes los odios del decenio en que ejerció el mando el petorquino, a distancia de un año y meses de haberlo abandonado, el historiador lanzó en 1863 la *Historia de los diez años de la administración de don Manuel Montt*, en cinco volúmenes, con un total de mil cuatrocientas cuarenta páginas. En realidad, algunos capítulos estaban escritos en 1858. El lector entra a conocer sucesos que naturalmente debieron tener antecedentes que allí no se mencionan. Cae de inmediato en la liza de los combates militares. Después de avanzar muchas páginas, se da cuenta de los hechos políticos que prece-

dieron al estallido de la revuelta. Las páginas del libro fueron escritas a poca distancia de las llamas que dejaba la conmovión: "A fines de 1858 —dice— la *Asamblea Constituyente* publicó el prospecto y los primeros capítulos de esta obra. Pero la mano del carcelero no tardó en arrebatarme la pluma de las mías, y, después, los vientos del destierro echaron a volar las páginas aún desencuadradas de esta obra nacida en las borracas". Pensaba que la serenidad dominaba su espíritu y escribía: "Llegado a aquella edad (tenía treinta y un años) de la vida en que se toman las resoluciones serias, y resuelto a retirarme a la paz y al silencio del campo, pediré al destino aquella tregua de reposo y de constancia que este esfuerzo necesita. ¿Por qué no he de alcanzarla después de tantos años de amarga zozobra?". Reconocía su parcialidad, con estas palabras sinceras, pero ingenuas: —"Soy, lo confieso, el soldado de una causa generosa y desdichada. Simpático con ella desde el fondo de mi corazón, como la deidad de mi juventud y de mis sacrificios, y la guardo, además, como una sagrada herencia de mis mayores. Me acuso por esto de antemano de este género de parcialidad que a nadie daña, porque es hija sólo del entusiasmo y del amor. No odio a nadie, y en el ancho mundo por el que he vagado, pobre y oscuro, no he encontrado sino amigos. En Chile, sólo quisiera tener hermanos. A todos, pues, pido cooperación e indulgencia. Pero si no tengo la imparcialidad del corazón, es decir, si no padezco la enfermedad del siglo —el egoísmo—, creo tener intacta y fuerte aquella imparcialidad sublime, antorcha y buril de la historia; la imparcialidad de la conciencia. Diez años de sufrimientos por la justicia y la verdad, que son los mismos del decenio, cuyos acontecimientos narro, serán la mejor garantía que puedo ofrecer de no estar desposeído del alto don de la justicia para todos, sin la que la historia es una columna rota en la senda de la humanidad".

Muy vivas las pasiones y los resentimientos en los tiempos que escribía, o mejor dicho cuando compaginó la *Historia de la administración de Montt*, pues las cuartillas habían sido redactadas, como se ha visto, en los momentos mismos que desarrollábase el turbión revolucionario o en los inciertos aposentos donde fué a parar el inquieto desterrado, la serenidad de la historia no era posible exigirla en

este libro de 1863, redactado, en parte, en 1858.

Los dos primeros volúmenes relatan la revolución en el norte en 1851. Era aquella en la que había sido caudillo. Los otros, refieren los acontecimientos del Sur. Era la que su padre había dirigido. Realmente, no se trataba de una historia. Todo faltaba en ella para serlo. En cambio, era una crónica prolija, con un material de primer orden para escribirla. Siempre honrado el autor, estos libros los llenó de apéndices documentales, de cartas, de diarios de vida y de cuanto creyó conveniente para ilustrarlos. A veces, las páginas se convierten en las memorias del hijo y del padre. Pero el libro no es una historia. Es una crónica. Son memorias. Son los apuntes para una historia. Es más todavía que todo eso junto. Vicuña Mackenna quiso pagar un tributo de admiración a sus compañeros de aventuras, al igual que a los que con su padre lo habían sacrificado todo por un ideal. Materiales para la historia y nada más. Sin embargo, hay allí páginas y páginas maestramente escritas. Citemos algunas: el sitio de La Serena, la batalla de Longomilla, los retratos de Galleguillos y de Juan Nicolás Alvarez, *El Diablo Político*.

No hay duda que había pensado escribir la introducción que faltaba a la historia. Al hacerla, fué tan lejos en el rastreamiento de los antecedentes del gobierno de Montt como doctrina política, que quedó detenido en el gobierno de Prieto, y la figura de Portales lo absorbió, enamorándolo. Encontró que Montt era una prolongación de aquel estadista y decidió estudiarlo.

Sobre esa introducción había meditado largamente. "Para completarla —decía—, fuerza nos ha sido darle la mano en muchas épocas distantes y en lugares muy apartados. Viajando esos pliegos en nuestra maleta, como la meditación viajaba en nuestra frente, durante un espacio de más de tres años, íbamos compaginándolos a medida que el tiempo y la versatilidad de una vida errante lo consentían. Reflexiones maduras de esta suerte al sol de los trópicos en nuestras solitarias navegaciones; estudios fríos empapados en las nieblas de Inglaterra; inspiraciones torturadas por el bullicio deslumbrador de París: he aquí cómo se ha formado el marco del resumen histórico, en el que aspiramos a compendiar todas las fases de nuestra existencia de colonia, de organización política y de

república democrática. Nos falta, pues, dar a luz los hechos en que estriba este vasto análisis para entregarlo a la discusión”.

Este es el origen de un libro clásico suyo, dado a la luz por las prensas en 1863, con el título *Introducción a la Historia de los diez años de la administración Montt. D. Diego Portales. (Con más de quinientos documentos inéditos)*, en dos volúmenes, con un total de ochocientos ochenta y dos páginas. El escritor se encontraba en la plenitud de su talento literario y de las dotes del historiador. Treinta y dos años.

El sistema político de Portales, a juicio de Vicuña Mackenna, era el que había inspirado al gobierno de Montt. Sistema arbitrario, voluntarioso, despótico, opresor. Había hecho de la persecución, de la cárcel y del destierro, la ley. Ese régimen era el que él había sentido en carne propia durante el mandato del pectorquino, y ese régimen el que en la *Historia* había condenado, en las *Tablas de sangre de la administración Montt*, expuesto a la vindicta pública y en *Montt y sus agentes*, denunciado ante esa misma opinión, en el extranjero. Portales había encarcelado, desterrado y humillado caprichosamente a los hombres. Había afrentado a los guerreros de la independencia, ensañándose con Freire, inferido ofensas a O'Higgins, y puesto la ley al servicio de sus pasiones. Esto era lo que sabía el liberal del Ministro omnipotente. Había una congruencia de procedimientos en la acción de los dos gobernantes. Con estos antecedentes, el lector de su tiempo creyó encontrar en el *Don Diego Portales*, la más tremenda condenación del estadista. Los que así pensaron, sintiéronse defraudados. El estudio del hombre concluyó imponiéndosele al biógrafo. El carácter recio del Ministro, la voluntad resuelta, la inspiración segura, el rápido golpe de vista, el desprendimiento, el patriotismo, el ideal de un Chile poderoso, la ley como símbolo de autoridad superior al hombre, la acción fecunda y la sangre del martirio en la inmolación, fueron los rasgos que enamoraron al historiador. Nunca la sugestión de una personalidad histórica ejerció tanta influencia en el historiador como en este caso. Si esos rasgos, que los encontró intactos en los papeles íntimos del hombre, fueron los que lo inclinaron en su favor, hubo otros que afianzaron la admiración muy hondamente. El Ministro

adusto resultaba, al desprenderse de la toga, y al bajar del estrado, un individuo a quien el servicio público se le imponía como un deber de civismo en bien de la patria para engrandecerla. Odiaba el poder. No pudieron hacerle aceptar el cargo de Vicepresidente de la República. Sus sueldos no los cobró jamás. Pobre, lindando en la miseria, los despreció. La lisonja y el adulo le repugnaban. Sentíase mejor en su círculo, en el que él había formado de acuerdo con sus inclinaciones sencillas, de clase media, muy cerca de las populares, pero serias, dignas y decorosas. No se hallaba bien en la alta sociedad a que pertenecía. La despreciaba por sus prejuicios y sus limitaciones. En el círculo propio suyo, despreocupado, ligero, sin prevenciones, se encontraba a sus anchas. Allí las mozas cantaban los aires nacionales en las guitarras y él improvisaba versos con aires melancólicos y de salado gracejo también. Podía reírse burlescamente de las cosas y de los hombres que buscaban actitudes solemnes, cuando no eran más que pobres diablos y pobres las cosas. ¡Qué distante se encontraba el hombre de ser el personaje sombrío que la leyenda había pintado! Para presentarlo en el libro, no había tenido más que ordenar sus papeles y transcribir la correspondencia del estadista, un gran escritor del género epistolar, en la cual nítidamente se desnudaba mostrándose sin esconder los defectos. En ella contaba sus penas, sus amores desgraciados, las miserias y la pobreza, las ridiculeces de la vida. Opinaba de política ciertamente. Daba juicios sensatos y siempre insistía en la impersonalidad del gobierno, cuyo prestigio debía imponerlo a la opinión, su fuerza moral y el respeto de la ley. Pero los actos del gobierno de Portales, ¿se avenían con lo que decían sus papeles privados? Vicuña Mackenna creyó que sí, o por lo menos trató de justificarlos. Titubeó en el juicio. Hoy sabemos que el gobierno pipiolo organizó la República. Benavente, en la hacienda pública, en el gobierno de Freire, la encaminó ciertamente y Ventura Blanco Encalada la llevaba a buen destino, cuando el régimen cayó. La educación y la instrucción públicas alcanzaron un desarrollo que antes no tuvieron. El Ejército se encontraba con su sistema perfectamente establecido. Se había estructurado el régimen interior y la libertad no había sufrido menoscabos. Fué ésta la base de la edificación de Portales. Ella

requería, además, de un concurso que el pipiolismo nunca consideró por sus tendencias democráticas y populares: las fuerzas patricias oligárquicas, dueñas de las tierras y del poder social. La fuerza de la iglesia que espiritualmente debía ser apoyo del gobierno. Atrajo los dos elementos que despreciaba, precisamente, para cimentar un gobierno firme y estable, que tuviera la sustentación en dos realidades sociales. Era el estadista el que veía.

La revolución de 1829 pudo dirigirla realizando un verdadero milagro. Unió espiritualmente en una mística contra los pipiolo, las fuerzas más heterogéneas y contrarias de la vida política. En una coalición formidable, volcó a los estanqueros, a los o'higginitas, a los federalistas y a los pelucones, contra el gobierno pipiolo. Inclino una parte del ejército a su favor y se hizo aliado de la iglesia. Con la aglutinación de esos elementos, ¿quién podía resistir el choque? Sin embargo, la personalidad que fué capaz de ordenar y disciplinar esos grupos tan disímiles, no era un reaccionario. Se valió de las fuerzas tradicionales para el triunfo de un gobierno fuerte, activo y emprendedor. Pero él era otra cosa. Por su temperamento, era un pipiolo. Por su concepción política, un liberal autoritario aristocrático. Del mismo tipo político de Manuel Montt, Antonio Varas, Federico Errázuriz Zañartu y Domingo Santa María. Por sus creencias religiosas, un escéptico emancipado. La organización que dió a la República, si la encajonó en un duro mandato de orden, fué para disciplinarla en el porvenir y hacer entender determinados conceptos morales de salud y de sanción pública. El historiador captó con una poderosa adivinación el alma de Portales. El segundo ministerio, que debía llevarlo a la guerra contra la Confederación, lo condenó. El ejercicio discrecional del poder, desarrolló en el estadista la neurosis del mando. Es decir, la necesidad de afianzar el orden público para que el país se entregase a los bienes de la paz en el trabajo, y afrontara su independencia internacional ante el peligro del dominio de Santa Cruz, lo condujeran a la neurosis. Ella lo hizo equivocarse. La confianza en Vidaurre lo llevó al sacrificio.

Hay que dejar de mano lo que el liberal Vicuña Mackenna declamó en el libro. Hay que desechar las lucubraciones filológicas con que quiso adornarlo. Despojado de esos oropeles, el libro se torna

en la estupenda interpretación de un carácter. No lo entendió así, de este modo, Lastarria, ya harto de las biografías del historiador, siempre enaltecidas. Le escribió: "...Ud. se enamora para escribir esas historias, pues los Carreras, O'Higgins y Portales son panegíricos y no historias, y tan panegíricos, que Ud. tiene que estar defendiendo su pureza de escritor, repitiendo que no ha recibido paga por escribir. Como dicen los que, no conociéndolo a Ud., no pueden explicarse por qué ha escrito Ud. esos libros de elogios. ¿Quién es el primer chileno, el más grande en el libro de los Carreras? José Miguel. ¿Quién es el primer chileno en el de O'Higgins? O'Higgins. ¿Quién lo es en el que acaba de escribir? Portales. Y al fin, ¿quién es el más grande?..." El doctrinario empedernido que era el autor de los *Recuerdos Literarios*, sublevábase con estas aparentes contradicciones del alma generosa del escritor.

La crítica ha colocado el *Don Diego Portales* de Vicuña Mackenna a la cabeza de sus obras. En este juicio no se ha distinguido sobre qué obras históricas suyas. Porque no cabe comparación con las *Páginas de mi Diario*. Es otro el género de la narrativa. Con la *Historia de Santiago*, otra la forma de ambiente. Con la *Guerra a muerte*, el escenario de combate, muy singular. Con las obras biográficas, la comparación resiste el examen. Indudablemente, el Portales es superior a todas ellas. En lo histórico, en la investigación, nada hay que agregar. El método ya no es conocido. En este caso, quinientos documentos sostenían la envergadura de una solidísima construcción.

Acerca de la revolución de 1851, volvió quince años más tarde, en 1878. Los materiales estaban acumulados desde antes de marzo de 1862. Podía ahora, en 1878, mirar los acontecimientos de los cuales fué actor, en la iniciación de la revuelta de 1851, con la tranquilidad de espíritu del hombre a quien la vida, a los cuarenta y siete años, mucho ha enseñado y también desengañado de antiguas y calurosas afecciones. Las ideas, los principios, los arrestos doctrinarios se han suavizado por el cruel desgaste del viento sobre los cortantes perfiles de la roca. Contó en ese año, con animación y encanto, con el arsenal de vívidos recuerdos y con una nutrida documentación en apoyo del relato, un episodio dramático, que fué el origen o el comienzo de la revolución de 1851. En

ese año de 1878 apareció la *Historia de la jornada del 20 de abril de 1851. Una batalla en las calles de Santiago*. Hay en el libro mucho de autobiográfico. Es una historia escrita con amor y largamente meditada. De las innúmeras salidas de la pluma del historiador, es una de las mejores, por el estilo, por su equilibrio, por la armonía de sus partes. Es completa en la investigación de los sucesos. Trazaba, como lo dijo en la *Historia de los diez años de la administración Montt*, "el gran movimiento político que desde 1848 arrastró a la República a buscar aquel inevitable y terrible desenlace de una situación la más complicada, la más grave y la más difícil que acaso podrá presentar la historia de ningún pueblo hispanoamericano". Comienza con el Club de la Reforma de 1849 y concluye con la bala que el 20 de abril de 1851 cegó la existencia romanticona del Coronel Urriola en la Alameda, frente al convento de San Francisco. Lo desplomó una bala anónima, disparada al acaso, sin ánimo de producir un infortunio. Contó las actividades de la Sociedad de la Igualdad, de la cual fué socio y Secretario. Retrató a Bilbao con caracteres que lo sitúan en su verdadero papel de hombre más de palabra que de acción, ajeno al sentir del sufrimiento popular, incapaz de bajar hasta el pueblo, de quien se decía defensor. Contrasta este retrato con el de Santiago Arcos, inteligente, culto, verdadero caudillo y hombre de acción, con poderoso sentido de lo que había que derribar. Un revolucionario dueño de un sistema, pero sin poseer el magnetismo del arrastre personal. Las siluetas de Montt y de Varas son justas. Es en este libro, vibrante de entusiasmo reposado, donde su autor dibujó los medallones de casi todos los compañeros de su tiempo. En rasgos sencillos destacó a Lastarria, Santa María, Errázuriz, Vial, Tocornal, García Reyes, Viel, Sanfuentes, Eyzaguirre y tantos otros. En todas esas siluetas hay ecuanimidad sincera. Fué justo con Bulnes, con Montt y con Varas. El ambiente revolucionario que se fué preparando con la candidatura presidencia de Manuel Montt, Vicuña Mackenna logró destacarlo con un relieve muy acentuado. Casi se podría decir que el autor contrapuso los ideales de dos generaciones: la que apoyaba a Montt, la generación tradicional y la de la juventud, imbuida en los principios liberales reformistas. Una prueba de la elevación de

miras con que el historiador narró los hechos que precedieron al 20 de abril y de los que se sucedieron, se encuentra en que el libro no tuvo rectificaciones ni abrió polémicas. Los montt-varistas reconocieron la imparcialidad del autor. Los hombres que allí figuraban, vivos casi todos, encontráronse colocados en el sitio de sus actuaciones, ni deprimidos ni exaltados. Bilbao, sin embargo, se derrumbaba de un pedestal que la tradición había construído artificialmente. Arcos adquiría sus exactas proporciones. La *Historia de la jornada del 20 de abril*, escrita sin precipitación, es un modelo de recuerdos autobiográficos y una historia verdadera.

No podemos detenernos en algunos escritos suyos que son, en general, circunstanciales. A su gloria literaria se suman simplemente. Esos libros, arrancados a la pluma en el momento del acontecimiento, tuvieron su público y fueron leídos con agrado. Están entre ellos: *Cambiaso. Relación de los acontecimientos y de los crímenes de Magallanes en 1851*, publicado en 1877, crónica horripilante de desolación; *De Valparaíso a Santiago*, de 1877, en que explicó la historia de los lugares que cruzaba el ferrocarril, y *La Patagonia*, 1880, estudios geográficos y políticos encaminados a dilucidar —como el subtítulo lo indica— las amenazas recíprocas de guerra entre Chile y la Argentina. Vicuña Mackenna consideró ese territorio tan miserable, que no merecía el quebrantamiento de la amistad de los dos pueblos. Algunos folletos tienen un valor circunstancial también. La semblanza del estadista peruano Manuel Pardo es de 1878. La historia lírica de la vida de una hermana del historiador, Dolores Vicuña Mackenna de Morandé, notable dama por sus virtudes y filantropía, no es otra cosa que el grito de un corazón desgarrado por la muerte de un ser querido. Fué publicado en 1883. En *Elisa Bravo* relató las aventuras de esta mujer rescatada en las costas de Arauco, después de un naufragio, por los indígenas y sometida a cautiverio con sus dos hijos. Recoge las leyendas del drama. Otros libros, en cambio, destacan notable en mérito al carácter personal, por lo que tienen de recuerdos de actos íntensamente vividos, en las gestiones suyas y que hacen parte de la historia de la República. Hay casi siempre en ellos páginas autobiográficas. No aparecen demasiado a la vista, pero son suficientes para ejercer

poderosa atracción sobre el lector. Uno de estos libros es el que publicó en 1867, *Diez meses de misión a los Estados Unidos como Agente Confidencial de Chile*. La guerra con España fué el asunto. Detengámonos un momento en esta obra.

El reformismo liberal, que en su programa había incorporado una transformación completa de las instituciones, acogió el de la solidaridad americana, la unión de los pueblos en una hermandad. Los intereses antagónicos de ellos, cualquiera que fueran, debían deponerse en un noble sacrificio de unidad espiritual. No importaba cuánto debiera cederse para conseguir el ideal y lograrlo. Era peor perder la independencia. El caso de México, de Santo Domingo y de Puerto Rico, estaban allí demostrando la codicia europea para conquistar los nuevos Estados surgidos de la lucha de la liberación. El americanismo tuvo una eclosión mística que influenció cabezas sólidas y bien estructuradas. Se produjo un contagio mental colectivo y alcanzó a convertirse en una religión por la hondura con que se incorporó en los sentimientos. Chile, por el prestigio y solidez de sus instituciones, como por la confianza que inspiraba debido a la seriedad de sus compromisos internacionales, se hizo el abanderado de la religión del americanismo, y difundió la nueva doctrina en el continente. Tuvo partidarios ardorosos en las filas de liberales y radicales. Hasta los montt-varistas o nacionales se incorporaron como feligreses de la causa. Vicuña Mackenna fué, naturalmente, su apóstol. Al producirse en 1865 la ocupación de las Islas Chinchas por España para vengar en el Perú los antiguos agravios, las afecciones americanistas hicieron explosión en Chile y las influencias místicas del americanismo condujeron al país a la guerra con la antigua metrópoli. Era una guerra desigual. Tuvo glorias con la captura de la fragata "Covadonga", abordada por los marinos de la escuela de Blanco Encalada y de Lord Cochrane y con el combate de "Abtao". La España se deshonró con el bombardeo de Valparaíso, un puerto indefenso. Era necesario encontrar armas, buques, los elementos necesarios para poner al país en pie de guerra. ¿Dónde encontrarlos? Se creyó que los Estados Unidos podrían prestar ayuda. Pero habían declarado la neutralidad en la contienda. La diplomacia no consiguió, no pudo, variar esa decisión terminante

del gobierno de la Unión. ¿La opinión pública norteamericana no podría hacer cambiar el rumbo de la política del Departamento de Estado, interesándola en una causa de justicia, de conciencia y de respeto al derecho? Era el único recurso que quedaba. Para mover esa opinión pública, era necesario encontrar un hombre. Nadie dudó de que Vicuña Mackenna poseía las condiciones para una atrevida empresa como aquélla. El agitador, el activista, el hombre de protesta, era capaz de hablar en los *meetings* en la propia lengua de los norteamericanos, en un inglés mejor que el empleado por ellos. El arrebató de su fuego, lo llevaría a fundar diarios. Inundaría el ambiente de folletos y de panfletos en servicio de la causa. En realidad, Vicuña Mackenna sólo tenía el nombre de agente diplomático confidencial. Su verdadera misión era la de un agitador. Como agente diplomático fracasó. El agitador venció en toda la línea. Las instrucciones del gobierno no pudo cumplirlas. El mismo anotó: "No había buques. No había dinero. No había crédito. No había en el gobierno norteamericano apoyo, ni simpatía oficial ni oficiosa de ninguna especie. La simpatía oficial y oficiosa había sido ya comprometida con el enemigo y condenándose oficialmente la justicia de nuestra causa. El pueblo era absolutamente indiferente por su absoluto egoísmo. La doctrina Monroe, como cuestión interna, era sólo una farsa de partido que se exhibía en épocas de elecciones o de agitaciones políticas. La misma doctrina, como cuestión internacional, era sólo un ardid o una iniquidad, pues servía o para intimidar a los fuertes como Napoleón III y a Maximiliano, o para adquirir un postizo prestigio entre las naciones débiles de América".

No había nada que hacer en la esfera oficial. Vicuña Mackenna tentó la opinión pública y sólo alcanzó un éxito sin trascendencia para variar los planes de la política norteamericana. Tuvo oyentes, admiradores, buenos amigos platónicos de la causa que defendía que nada pudieron. En los dos volúmenes de los *Diez meses de misión a los Estados Unidos*, libro eminentemente autobiográfico, lleno de consideraciones valiosas sobre el país, contó muy a lo vivo las aventuras —tal es el nombre— que hubo de pasar, para comprar armas y buques, burlando la ley de la neutralidad. Empeñó en ello un

ardiente patriotismo, que más tarde sería calumniado, atribuyéndosele un uso indebido y personal de los dineros fiscales. La obra era su vindicación que, en realidad, no la necesitaba, como tampoco era necesario arrastrar a los difamadores de su honra, por encima de la diatriba, a un juicio de imprenta. Un motivo político contra el escritor, bajo y miserable, movía esta conducta odiosa. Vicuña Mackenna había sostenido la acusación contra la Corte Suprema, cuyo Presidente era Manuel Montt. Los partidarios del ex mandatario, irritados con la actitud del historiador en la Cámara de Diputados, quisieron ensombrecer su honra con una calumnia audaz e indigna. El historiador también cometió un error al arrastrar a sus detractores a un jurado de imprenta. El se había llamado el guardián de esa libertad y sostenido los derechos del escritor y del periodista para expresar sus opiniones, las cuales debían discutirse sin requerir la acción judicial. Esta vez quebró su propia doctrina. La inconsecuencia de este acto pesaría en su vida política futura en forma odiosa. Sin embargo, las letras ganaron los capítulos de una obra de brillantes revelaciones autobiográficas. La historia, los datos y antecedentes de una jornada internacional difícilísima. Y el libro mismo, por su alcance, por su espíritu, por el contenido, en que da a conocer lo que era el pueblo, el gobierno y la política norteamericana de ese tiempo, es un trozo literario animado y palpitante de los sentimientos de ese pueblo. Considerado así, es la continuación de sus observaciones de las *Páginas de mi diario durante tres años de viajes* (1856), once años después de su visita a la Unión (1867).

Con los *Diez meses de misión*, Vicuña Mackenna relató un aspecto de las relaciones internacionales del conflicto de Chile con España, proyectado en los Estados Unidos, hecho histórico de la república que él en parte configuraba con su acción. Después, la guerra misma y sus vicisitudes no habrían de escapar a su pluma. La narraría seis años más tarde, en 1883, en un trabajo sin originalidad. Entonces dió a luz la *Historia de la guerra de Chile con España (de 1863 a 1866). Cuadros y episodios comentados, arreglados y extraídos de la "Historia de la guerra de España en el Pacífico", publicada en 1883 por el Teniente de Navío de la Marina Española don Pedro de Novo y Colson*. El historiador español había escrito una obra seria

y digna, desapasionada y justiciera, en general. Vicuña Mackenna se limitó a gloriarla y a comentarla en un volumen, al que añadió todo aquello que el marino español no supo de lo que ocurrió en el país con motivo de ese grave conflicto. El título del libro es suficientemente explícito de su intención. A la obra general del escritor, no es mucho lo que agrega. Sólo pretendió divulgar las etapas de un suceso histórico de honda repercusión en la vida nacional. La imparcialidad de Novo y Colson sirvió a Vicuña Mackenna para suavizar y restañar las heridas que dejó el acontecimiento y buscar la reanudación de las relaciones entre los dos países, que ya por esa época, la vía diplomática comenzaba a gestionar. Pero el resumen de la contienda para Chile fué desgraciadísimo. Sostener el ideal del americanismo, la religión americanista, costó sangre, desengaños y amarguras. La defensa de las repúblicas ofendidas por España en un arrebato de locura, hizo gravitar sobre el país empréstitos y deudas que sumaron treinta millones de pesos, postrando su capacidad económica futura. El bombardeo de Valparaíso, representó pérdidas que alcanzaron a quince millones. Se perdió la marina mercante nacional. Las consecuencias para el porvenir fueron peores. Chile perdió la hegemonía americana. Quedó relegado entre las naciones de segundo orden en el continente. Perdió el dominio del Pacífico. El horizonte internacional se cerró. Obscuramente, dibujáronse los conflictos que la república habría de sostener con Argentina y Bolivia por las cuestiones de límites, que arrastrarían al Perú en una mediación que significaría ante su conducta doble, la Guerra del Pacífico de 1879.

Consagrada ya su fama literaria en América como el escritor más brillante, ungido como historiador de un mérito indiscutible y de una fecundidad sin igual en las letras, encontró a Vicuña Mackenna la Guerra del Pacífico. De ella fué, a la vez que su cronista e historiador, el cantor de las glorias y hazañas inverosímiles de su pueblo. Desde el primer momento del conflicto bélico con el Perú y Bolivia, se convirtió en el director popular de la contienda. Se olvidó de la religión americanista. Su espíritu patriótico estalló como un volcán. Para investir el título de director popular de la guerra contaba con antecedentes que nadie podía ponerle en discusión siquiera. Si el

patriotismo activo y combatiente en alguien habíase encarnado en Chile, era en él. La vida del historiador no había tenido otro fin que enaltecer sus glorias en multitud de libros, en realizaciones concretas con la erección de estatuas y monumentos recordatorios de los hijos preclaros de la patria. En los museos presentó el pasado. Con nombres ilustres, consagró las calles. En sus obras, en los artículos de diarios y revistas, en infinito número de folletos, directa e indirectamente, dió a conocer a Chile con su *chilenidad* en la alta clase social y en la baja. A fuerza de acumular las menudencias del vivir en sus características sintomáticas, descubrió lo más íntimo y genuino de la idiosincrasia nacional, y de ella quedó enamorado. La fuerza de los sentimientos afectivos para con la patria alcanzaron en Vicuña Mackenna proporciones realmente colosales. Parece que escribía para una raza de titanes, y hablaba a otros titanes del pasado. En ese tono empleó el verbo. La Guerra de 1879 lo conmovió más que ningún otro de los sucesos de su república, de los que fué actor y testigo. El estallido del patriotismo brotó incontenible, herido en su orgullo de chileno, con una fuerza de acción, de vehemencia, de impulso, de creación, de inspiración cívica que lo identificó con el alma nacional. Si el gobierno dirigía la guerra con una inmensa responsabilidad, a su lado se generó otro gobierno popular que por derecho propio comandaba las anhelantes palpitations de un pueblo unido en esa voluntad inquebrantable y con una fe ciega en el triunfo, porque de él dependía el destino de Chile. Vicuña Mackenna, jefe moral de ese gobierno popular, encarnaba la protesta de la opinión por la lentitud en las operaciones y aplaudía sus triunfos con igual franqueza. La opinión pública dirigida por él en el *meeting*, en las reuniones de las sociedades patrióticas, en los círculos sociales, donde, en fin, se encontraran los ciudadanos, la dirigía con su palabra encendida, cálida e impulsadora. Todavía contaba con la prensa. En dos o tres rotativos de la capital santiaguina, escribía largos artículos todos los días sobre los asuntos de la guerra. En provincia reproducíanse como la voz del patriota. En el Senado encontró otra tribuna. En ella debatió los problemas de la guerra con pasión, con una fuerza espiritual avasalladora.

Con esa misma fuerza y pasión se entre-

gó, en medio de la brega impetuosa, cuando no se apagaban aún los resplandores de los combates y batallas, a escribir la historia de la guerra. Volúmenes de más de mil páginas brotaban de su pluma con rara agilidad, sin cansancio ni pesadumbre, bien ordenados, perfectamente dispuestos, con revelaciones íntimas. Un tono épico preside el estilo. En los cinco tomos que escribió para contar la guerra, en cinco mil setecientos treinta y ocho páginas, en un tiempo de dos años y medio, ese tono épico no decayó. Se mantuvo vivo. Para narrar el combate naval de Iquique, publicó los *Episodios marítimos. Las dos Esmeraldas*, en una prosa sencilla y diáfana. Aquí unió las figuras de Cochrane y Prat, comandantes de los dos barcos que llevaron ese nombre, cuya historia, sin alardes de erudición, presentó con animada gracia. Después, consagró a cada campaña de la guerra una obra. *Las dos Esmeraldas* son de 1879. Es la historia de la campaña naval en su primera etapa. En 1880 lanzó la *Historia de la Campaña de Tarapacá*, en dos macizos volúmenes. Al año siguiente, 1881, la *Historia de la campaña de Tacna y Arica* y la *Historia de la campaña de Lima*. Dificultades editoriales insalvables le impidieron publicar en 1882 el complemento de esta tarea gigantesca, *El Album de la Gloria de Chile. Homenaje al Ejército y Armada de Chile en la memoria de sus más ilustres marinos y soldados muertos por la patria en la Guerra del Pacífico. 1879-1884*, que dió a luz en dos grandes volúmenes con numerosas ilustraciones, en 1885.

Toda esta tarea pareció ya en su tiempo agotadora. El escritor no estaba consagrado exclusivamente a ella. Para vivir, necesitaba redactar los artículos que le permitían subsistir, distribuyéndolos en *El Mercurio*, en *El Ferrocarril*, en *El Nuevo Ferrocarril*, en el *Veintiuno de Mayo*, y todavía en revistas. ¿Cuál es el valor de estas historias? Si en sus días animaron más aún el patriotismo ardiente, contribuyeron a formar la conciencia orgullosa de un pueblo, que se destacó con virtudes heroicas en las horas supremas por las que atravesó. Las historias de esas campañas guerreras contemplaban también los sucesos políticos internos y externos del país, entraban en detalles inapreciables para mejor conocer los sucesos e informaban de situaciones que rara vez consignó la historia. Vicuña Mackenna no perdió en ningún momento la responsabilidad que

como historiador le correspondía al hablar de hechos y acontecimientos que trasladaba a sus páginas horas después de ocurridos. Si esos hechos y esos acontecimientos presentábanse sin la adecuada perspectiva que era necesario para apreciarlos; si en el relato incluyó algunos secundarios que bien podían excluirse, lo cierto es que la obra en nada ha desmerecido con un método semejante. En el arte de la composición histórica, Vicuña Mackenna terminó siendo un maestro consumado, y estos libros tienen el sello de su manera de concebirlos. Sobre ellos ha caído, sin embargo, cierto descrédito que no es justo. El carácter patriótico con que fueron presentados y el estilo épico de la prosa del autor ha sustraído de su lectura a los hombres que siguieron a la generación de la guerra. Cautela excesiva y sin fundamento. En estos tomos, el material es de una veracidad absoluta y los juicios —entiéndase bien— no han sido substancialmente modificados. Si el patriotismo que los alienta hizo caer al historiador en declamaciones que ya no encuentran eco ante la serenidad de nuestro espíritu, la observación es general para toda la obra anterior del historiador. Porque, ¿cuál fué el libro suyo que se libró de este defecto? En cambio, todos los libros que dedicó a la guerra, respiran el ambiente varonil que despertó la conciencia en un pueblo, cuya principal virtud era la energía y la fortaleza. Algún día, cuando el alma nacional requiera volver a conocer lo que fué ella en el pasado, en estas páginas del historiador encontrará un ejemplo de heroísmo, de sacrificio, de espíritu cívico sin ejemplo en la América. Ese día, por desgracia, no está muy lejano si se considera con qué pavorosa rapidez se disgrega el alma nacional, en el cosmopolitismo sin fe en el pasado de una juventud podrida en el materialismo de la sensualidad y del dinero.

La *Historia de la Guerra del Pacífico* fué el último gran acontecimiento que narró Vicuña Mackenna de la república que vivió como testigo, actor e historiador. Fué también el legado, la herencia que dejó para engrandecer a las generaciones que le siguieran. Pero en Chile la obra no ha tenido el significado moral que de sus páginas se desprenden. Ha flotado sobre ella una impresión falsa. Se la ha considerado como ocasional y del momento, fácil y ligera. Sin estudio, animada de una simple y patriótica intención. Pero en el

Perú la opinión ha sido diversa. El peruano José de la Riva Agüero formuló otra opinión. La llamó "especie de epopeya en prosa a lo Michelet...", de "lírico desborde, torrentosa y deslumbradora como un río de lava, delirante de entusiasmo por su patria y de furor y saña contra los enemigos...", "atrae como una admirable novela o como un magnífico poema, a pesar de las ligerezas en que abunda y de las ceguedades e intemperancias que en cada página contiene". Para ser el juicio de un peruano de la generación que siguió a la de la guerra y que sintió el escarnio y la vergüenza de la derrota, no se puede pedir más en homenaje al valor de una obra histórica y de un historiador.

III

Diego Barros Arana

Barros Arana fué después de Andrés Bello el humanista de formación más integral de Chile. Las letras, las ciencias y las artes —en su expresión clásica—, las dominó por el esfuerzo constante de la voluntad, cuya firmeza es uno de los rasgos culminantes de su personalidad. Lo mismo debe decirse de la fortaleza del carácter. Sin embargo, la formación intelectual debiósele a sí mismo. Fué un autodidacta. Hasta en esto se parece a Bello. En el cultivo de las letras, señoreó soberanamente el historiador y el erudito. En un rango, igualmente superior, el crítico literario. La vocación irresistible del hombre de letras, lo convirtió, como a Bello y a Lastarria, en el agitador sin tregua del movimiento intelectual de Chile. Con su acción, las ciencias experimentales encontraron un defensor, a las que dió, por su propia inclinación para su cultivo, carta de naturaleza en los estudios de la enseñanza. Las artes, las bellas artes —fué un eximio conocedor de ellas y un dibujante muy bien dotado— las impulsó y las sostuvo con recio vigor en las campañas de renovación de la cultura. La Universidad de Chile le debe haberlas incorporado, como una entidad propia en la Facultad de Filosofía y Humanidades. No puede olvidarse, al recorrer su vida, porque es algo sustantivo de ella, que fué un educador, un profesor, un pedagogo, un maestro. Un educador audaz, con claras ideas de reforma, ansioso de acabar con las normas que subsistían del pasado. Fué esta otra la gran vocación irresistible de su espíritu.

Lo demás que fué la acción de Barros Arana en su larga existencia —setenta y siete años—, no modifica ni altera mayormente los rasgos fundamentales de la personalidad. El individuo que alcanzó notoriedad en otras tareas, nunca logró hacer olvidar que era un hombre de letras y un educador. Por sobre todo un historiador. Pesó más este título que el mismo de educador. El político tuvo una importancia circunstancial. No tenía alma de tal. Carecía, como dijo uno de los Arteaga Alemarte, de “una atención bastante seria y sostenida a los negocios públicos”. Desde la tribuna parlamentaria, sin embargo, emprendió campañas en bien de las ideas liberales, de la educación pública, de la libertad electoral, y atacó con vehemencia los gobiernos autoritarios. El periodista que estableció diarios para servir intereses de partido, hizo en ellos una carrera fugaz. Valen más los documentos históricos que publicó, comentó, o acotó. Dejó fama de polemista. En la polémica política fué un guerrillero implacable, mordaz, cáustico y agresivo, según la opinión de sus contemporáneos. Por lo demás, así era su temperamento. Pero ninguno de esos escritos periodísticos le ha sobrevivido. Ha quedado sólo el recuerdo de ellos. Ni siquiera sabemos cuáles fueron. En su inmensa mayoría esos escritos son identificables. Están sepultados bajo el velo del anónimo. El fundador de diarios de combate, el periodista de partido, el polemista, el guerrillero de la oposición, destacan al luchador apasionado. Y Barros Arana fué un hombre de protesta. Su nombre se encuentra unido a un conjunto de sucesos que hondamente gravitaron en la transformación política de Chile en la segunda mitad del siglo XIX.

Impulsó esa transformación, pero no la condujo. Añadió una parte apreciable de ideas al programa, sin tener en el desarrollo de la acción, el relieve de Amunátegui, por ejemplo, historiador, político, educador y estadista, o de Vicuña Mackenna, agitador y conductor de la opinión pública, político e historiador también, caudillo de considerables campañas. Tan revolucionario como el autor de la *Historia de Santiago*; tan doctrinario como fué el elegante escritor de *La Dictadura de O'Higgins*, a quien correspondió firmar el decreto que abrió las puertas de la enseñanza superior a la mujer, el empeño reformista de Barros Arana, no obstante su personalidad tan definida, no lo constitu-

yó políticamente en director de ningún movimiento. Sólo como hombre de letras añadió su concurso. También como pedagogo. El animador de las ideas de progreso, vale decir, de las de reforma política, en este caso, volcó el contenido espiritual de sus anhelos en el ambiente social, desparramándolo e impersonalizándose. La pasión por la política activa, constante, diaria, movida, no tuvo vibración en su alma. Prefería consagrar el tiempo, como lo dijo en una oportunidad en el Parlamento, a ocupaciones que tenían para él mucho más agrado. Eran las letras, la historia, las ciencias y la educación. Todas las otras funciones de la vida pública en que figuró, fueron accidentales y transitorias. La diplomacia lo arrancó de los estudios. Fué a ella convencido de servir intereses superiores para la patria y la paz. Luego se convenció de que no era ése su verdadero destino. El hombre de letras no tenía condiciones de diplomático. Estaba mal en ese medio. A su entereza moral, eran ajenas la astucia, la versatilidad y la intriga. Su personalidad desbordó en el gobierno, imponiéndole la suya, con sus ideas. En su carrera, éste fué un accidente doloroso. Muy enojoso, por cierto. Aquella gestión suya como Ministro Plenipotenciario en los países de Argentina, Uruguay y Brasil, principalmente en el primero, dividió las opiniones, por sus resultados y por sus consecuencias. Dió margen a una polémica que aún no ha concluido para muchos. Para unos, fracasó; para otros, procedió bien. En la sentencia definitiva sobre este juicio, la política lo enredó con sus pasiones e impedido un sereno veredicto. Con el Perito de Chile en la cuestión de límites con Argentina ocurrió lo propio. En el delicado asunto que condujo con altísimo patriotismo y con firmeza invariable, sostuvo un principio de derecho internacional universal que fué colocado por él en el terreno científico. Con una conciencia resuelta defendió los intereses de la dignidad nacional. La política envolvió la obra del Perito, ya bastante odiado por sus enemigos, los conservadores, que nunca le perdonaron las reformas laicas en la enseñanza y las campañas por la emancipación de las conciencias. La política también enmarañó la opinión de su conducta. Decididamente, al hombre de letras no le acompañaba la ventura cuando abandonaba el amplio círculo de las letras en que era soberano.

La individualidad de Barros Arana adquiere allí contornos propios y singulares. Son inconfundibles. Hacen una montaña. Situados en ella o cerca de ella, lo conocemos mejor. Seduce la insaciable curiosidad literaria y científica del humanista. Penetramos en el esfuerzo de la voluntad, cada vez más creciente, para mejorar sus aptitudes intelectuales. Admiramos el poder omnisciente de la facultad de la memoria, arma extraordinaria de su trabajo. Apreciamos con qué constancia logró su estilo. Sabemos de sus gustos literarios y de la orientación de sus ideas estéticas. Llegamos a penetrarnos de los métodos y de las concepciones del historiador. Nos damos cuenta de cuál fué su ideal como narrador del pasado. Vislumbramos las simpatías o antipatías que despertaron los hombres en su alma. Estamos cerca de las ideas que sirvió su espíritu, como consecuencia natural de la que fué su propia formación intelectual de autodidacta. Entramos a participar, o no, de sus opiniones y de sus creencias. Ellas nos desplazan insensiblemente a las del educador. La creencia en el poder de la educación para transformar los hábitos y las costumbres y conducir las aptitudes a un fin social, representa el fondo de la filosofía del pedagogo. Creyó como en un dogma en la ley del progreso. La ciencia era capaz de transformar la moral en una libre y solidaria, sin sujeciones religiosas. La libertad era la virtud mágica de la felicidad humana. Sus males curábanse con ellos mismos. Por sobre todas esas creencias, que hacían las ilusiones fecundas del educador, flotaba el agnóstico. El positivista científico se detenía donde la explicación racionalista terminaba. La imaginación, que nunca fué un don suyo, no quiso ver nada más allá de lo que no había sido comprobado. Odió y despreció por eso las construcciones de la filosofía, y mucho más las de la metafísica. El mundo sería mejor cuando la libertad y la ciencia hubieran libertado al hombre de sus prejuicios religiosos. Su anticlericalismo provenía de esa creencia. La educación estaba llamada a producir también ese milagro.

IV

La familia de Barros Arana

Los factores espirituales que determinaron la emancipación intelectual de Barros Arana de las influencias del medio

ambiente del hogar, forman un proceso que es indispensable conocer cuando se quiere aprehender su personalidad. Comerciantes y agricultores predominaron en la ascendencia del historiador. La familia de Barros era antiquísima en la colonia. Ocho generaciones la precedían al nacer el historiador en 1830, desde que el vascongado de Galicia, Juan de Barros de la Vega, había fundado la estirpe en 1557 en Santiago, al contraer matrimonio con Inés de Alderete, natural de Valladolid. En doscientos setenta y tres años (1557-1830), la línea de varonía, tan rara en la genealogía chilena, habíase mantenido vigorosamente. El abuelo, Manuel Barros Andonaegui, poderoso agricultor, con extensas tierras en Melipilla, por su influencia social y el peso de la fortuna, alcanzó la distinción de Coronel del Regimiento de Caballería de sus heredades. En los días republicanos, fué Regidor, Diputado por Santiago para el período de 1834-1837, Presidente de la Cámara, miembro de la Comisión de Educación en ella y Consejero de Estado, desde 1833 hasta su fallecimiento en 1834. Se había unido en matrimonio en 1784 con Agustina Fernández de Leiva y Ureta. Descendía del hidalgo de Burgos, el rico comerciante, Lucas Fernández de Leiva y de Ignacia Ureta. Condiciones de laboriosidad, de constancia, de orden metódico y de firmeza incontestable de carácter, distinguieron al bisabuelo materno. La fortuna amasada por el abuelo paterno fué, a la vez, considerable. El cultivo feudal de la tierra, en faenas ingratas, en las que exhibió prendas de constancia extraordinarias, determinaron, sin duda, el sentido conservador de su espíritu. En el bisabuelo materno, poderoso comerciante, dueño de una de las fortunas más ingentes de Chile, son los mismos rasgos los que advertimos, y es la misma tendencia conservadora la que resalta. Ni decir haya que en esos hogares severamente constituidos y organizados en el respeto reverencial al jefe de la familia, la solidez reposaba en la religión, en el poder de la iglesia con sus doctrinas y enseñanzas. La férrea unidad moral de la estirpe, fortalecida en el temor de Dios y en la veneración del trabajo, fueron el cimiento del engrandecimiento de la familia. Los Barros Andonaegui y los Fernández de Leiva, en el siglo XVIII eran parte principalísima de la aristocracia santiaguina. Este como agricultor y el otro como comerciante.

V

El padre: un hombre de empresas comerciales, filántropo y político

Diego Antonio Barros y Fernández de Leiva (1789-1853), el padre del historiador, nació en el seno de esa familia opulenta, cuando su rango aristocrático, el poder de la riqueza y la consideración de sus antecedentes, había llegado a la plenitud. El padre formó a los numerosos hijos a su lado, en una sobria y agotadora escuela de trabajo. Debían con él construir su propio destino. Lo que poseía el progenitor les estaba vedado. Recuerda Barros Arana que la gravedad del carácter, la seriedad de la conducta, el espíritu recto y religioso y la afabilidad y dulzura de modales, de Barros Fernández fueron herencia del padre. Añade que la probidad fué ya un rasgo proverbial en los días en que concurría a la escuela. Y relata un hecho. El rico comerciante Joaquín Gandarillas, que apreció las cualidades del muchacho, lo pidió a su padre para colocarlo en su despacho. Contaba trece años de edad. Le proporcionó un destino en su almacén. Al cumplir los dieciocho años, fué enviado a Lima a cargo de una crecida factura, de la que debía obtener Barros alguna ganancia. El negocio, sin que fuera un fracaso, no dió para Gandarillas ni para él las utilidades que se habían calculado. En la gestión del asunto, Barros demostró una bien entendida actividad y una honradez delicadísima, cualidades que apreció Gandarillas habilitándolo para una nueva empresa comercial en el Perú. Sin embargo, nada pudo hacer. La Revolución había cerrado los puertos chilenos al comercio peruano, y los del virreinato, en represalia, fueron clausurados para la exportación de los productos de la Capitanía General. Barros buscó entonces otra plaza y se dirigió a Buenos Aires. Recibió de Gandarillas y de otro opulento comerciante, Ramón Valero, en 1812, la cantidad de ochenta mil pesos para adquirir mercaderías en aquella ciudad y liquidarlas en Santiago y otras ciudades de Chile. Era una muestra de confianza, una más, la que recibía Barros a los veintitrés años. Y a ella iba a sumarse otra del gobierno revolucionario. El padre de Barros habíase decidido por la causa y prestóle la ayuda de sus recursos económicos. De un momento a otro, se temía una invasión militar de las fuerzas del virrey

del Perú y para contenerla faltaban armas en el ejército. El padre de Barros ayudó a comprarlas, facilitando una buena suma de dinero. En Buenos Aires era posible adquirirlas, y el gobierno aprovechó el viaje del joven comerciante para encargarle la operación. En junio pasó la Cordillera cerrada para volver a fines de 1812 con la comisión realizada convenientemente, según el testimonio de agradecimiento del gobierno. La gestión propiamente comercial que allí le había conducido, fué realizada con todo éxito y la venta de las mercaderías prodújole importantes ganancias. Ellas fueron las bases de su fortuna personal. En febrero de 1814 volvió a Buenos Aires en busca de nuevas mercaderías.

El comerciante chileno se encontraba unido por relaciones de familia con la sociedad de Buenos Aires. Lo vinculaba a ella la de su abuela, doña Mercedes Andonaegui y Aguirre, que allí tenía una espectral situación. En el curso de sus gestiones comerciales, Barros vivió en la casa de un deudo cercano de la abuela, "vecino de los más influyentes y acaudalados de Buenos Aires", ha escrito el historiador. En el hogar de los Andonaegui conoció a una joven llamada Martina Arana y Andonaegui, nacida en Buenos Aires el 9 de noviembre de 1793, con la cual se unió en matrimonio el 18 de octubre de 1813. Por el lado de su esposa, la familia Arana era también una de las principales de la sociedad bonaerense. Un hermano de esta joven, Felipe Arana, que sería más tarde Ministro de Relaciones Exteriores de la Dictadura de Rosas, había hecho sus estudios en la Universidad de San Felipe, en 1807, para obtener el doctorado en Teología. En el hogar de Barros Andonaegui vivió todo el tiempo que duró la escolaridad universitaria, y por ello, conocido con cierta intimidad la alta sociedad santiaguina colonial. El futuro historiador de Chile, por la unión de su padre, y por el lado materno de su bisabuelo Francisco Barros Fuentes, casado con Mercedes Andonaegui y Aguirre, en virtud de estas alianzas matrimoniales, quedó muy directamente relacionado con la sociedad argentina. Siempre sintió por ella un sentimiento de afecto particular. La amistad con sus grandes hombres hizo todavía más fuerte ese sentimiento. Los desterrados de la tiranía de Rosas en Chile encontraron en la casa de Diego Antonio Barros en Santiago, un hogar. A casi

todos allí los conoció y trató en sus mocedades, y después al comenzar la carrera de las letras. A su vez, al desterrarse el historiador en 1859, en la familia Arana de su madre, y en la de Andonaegui, encontró amparo y ayuda.

A fines de marzo de 1814, Diego Antonio Barros quiso emprender viaje a Santiago para establecer su hogar y continuar en sus empresas mercantiles. Pero la Revolución había sido derrumbada en octubre. El vencedor implantó el régimen de la tiranía, y las persecuciones obligaron a los patriotas a emigrar a Mendoza. Tres hermanos de Barros, dos de los cuales con O'Higgins en Rancagua, sostuvieron la defensa de la plaza, llegaron a refugiarse en la ciudad mendocina. Otros dos habían sido remitidos al presidio de Coquimbo. Al padre, un septagenario, se le buscaba para confinarlo en el presidio de la isla de Juan Fernández. El cuadro que se presentaba para los suyos era tremendo y personalmente angustioso para Barros. Con sus medios de fortuna podía ayudarlos y darles alguna situación. El la tenía en Buenos Aires labrada por las condiciones de su carácter y afianzadas por su enlace matrimonial y el parentesco con la familia de su abuela. Así, estas dos circunstancias le habían permitido en ese año de 1814, a los veinticinco años, ser elegido regidor de la Municipalidad de Buenos Aires. El deber le impuso para los exilados, sus compatriotas, obligaciones que dejaron de mano los intereses de familia. Se propuso socorrerlos. Lo primero que hizo fué alquilar una casa para los emigrados, a fin de que no se dispersaran, para después formar con ellos el ejército que reconquistaría Chile. También les dió trabajo. Con su cuñado, Felipe Arana, adquirió una imprenta, en la que pudieron trabajar los emigrados. Se la denominó primitivamente de "Gandarillas y socios" y después en 1817, de "Benavente y Compañía". Como tipógrafos, prestaron sus servicios en ella, hombres que ya habían adquirido notoriedad en la Revolución, y que, con el trabajo que Barros les facilitó, pudieron ganarse con decoro la vida. Al mismo tiempo, ampliaron su ilustración. Manuel José Gandarillas y Diego José Benavente se encontraron entre éstos. Una fábrica de naipes, anexa a la imprenta, dirigida por el mismo Gandarillas, también costeada y sostenida por Barros, sirvió para dar trabajo y subsistencia a otros chilenos. A cuantos pudo los colocó como em-

pleados subalternos en las oficinas de gobierno. Le tendió la mano a Camilo Henríquez, que se debatía en la miseria, incorporándolo a la redacción del periódico oficial, la *Gaceta de Buenos Aires*, y más tarde lo hizo Director de un periódico del Cabildo, *El Censor*. A Ramón Freire, al organizarse la escuadrilla expedicionaria del Pacífico a las órdenes del Almirante Brown, para amagar en sus aguas las naves españolas, le hizo dar el mando de un buque. Freire era un simple capitán de caballería, con algunos conocimientos de la marina de guerra.

Con estos hechos generosos, Barros se dió a conocer entre sus compatriotas e inició la vida ciudadana. Un espíritu de filantropía, un desprendimiento que a veces pareció inconsulto y un marcado deseo de servir al desarrollo de la ilustración, serán los distintivos de la conducta del hombre público que aparecerá más tarde. Hay otro rasgo que también lo individualizará. En su actitud conciliadora y la imparcialidad de su temperamento, consecuencia de la independencia del carácter. Estas prendas contribuyeron a elevarlo al ocurrir los apasionados sucesos de Buenos Aires de 1816. Fué miembro de la Junta Suprema a la caída del General Carlos María de Alvear por sus medidas atentatorias contra el Cabildo. Decíase que José Miguel Carrera, como consejero de Alvear, había sido el inspirador de esas medidas y contra él y sus hermanos se concentraron violentos odios. Arrastrados a una durísima prisión, Barros, que era amigo personal de O'Higgins y que se encontraba en situación de aniquilar en esa oportunidad a los Carreras y su bando, observó una conducta imparcial. Solicitó, pidió y obtuvo de sus colegas de la Junta Suprema, la orden de libertad de los prisioneros. A su juicio, tan sólo por el influjo de partido, eran víctimas de acusaciones infundadas. El genio turbulento y osado de esos caudillos, Barros lo conocía. La libertad de los Carreras, ¿no pondría en peligro la empresa de la reconquista de Chile, en que se encontraba empeñado? Consideraciones de esta naturaleza no lo detuvieron para obrar con justicia respecto de esos hermanos.

Por esos días, Barros había allegado todos sus esfuerzos y contribuido con su fortuna a la organización del Ejército de los Andes. Contrariamente a lo sostenido por la opinión pública que señalaba como jefe de la empresa libertadora al General

Miguel Soler, que en el Cabildo encontraba ardientes sostenedores, Barros se pronunció en favor del Gobernador de Cuyo, General José de San Martín. Dijo entonces en el Cabildo: "Las guerras nacionales no se hacen sólo con ejércitos; es preciso que cada hombre se haga soldado y pelee por su parte la causa en que se le ha interesado con maña". La actitud decidida de Barros impuso a San Martín. Por este triunfo, José Miguel Infante, Camilo Henríquez y el presbítero Pineda felicitaron a Barros y lo destacaron como una voluntad firme y de un carácter resuelto. Señalaron también la generosidad del comerciante. En la organización del Ejército de los Andes, ella quedó muy de manifiesto. Para la adquisición del armamento, de las municiones y del vestuario, Barros fué el proveedor y a veces contribuyó con apreciables sumas de dinero.

Inmediatamente después del triunfo de Chacabuco, regresó a Chile. Estableció su casa de comercio, la que fué una de las más fuertes y mejor acreditadas. El espíritu público que le animaba, desbordó en favor de la consolidación del nuevo Estado que se cimentaba sobre un montón de ruinas. Se alistó en un cuerpo de voluntarios, al que se dió el nombre de "Argentinos" y cuyo jefe fué Juan Agustín Alcalde. Entregó al Gobierno una imprenta traída de Buenos Aires, para que en ella se hicieran las publicaciones oficiales y se editaran libros útiles de ciencias y artes aplicadas, a la ilustración de la juventud. Donó con este propósito una apreciable cantidad de ellos en francés y en latín al Instituto Nacional, cuya reapertura se hizo en 1818. Al entregarlos a la Junta Suprema Delegada, expresó: "Demasiado sensible a las glorias de mi patria, me exalto con esta feliz nueva. Ya veo las Artes y las Bellas Letras, las Ciencias todas, con su griego ropaje asiladas en Chile bajo las banderas vencedoras. Ellas consolidarán nuestra independencia política y generalizada la instrucción, todos y cada uno sostendrá la libertad civil y su seguridad individual. ¿Habrà alguien que no coopere a la reedificación de aquel templo agosto?" Es el mismo pensamiento sobriamente expresado por el hijo en 1902, en el Congreso General de Enseñanza Pública, verificado en Santiago. "Estamos firmemente empeñados —escribió— en el triunfo de la ciencia y de la cultura".

Con estas donaciones, Barros colabora-

ba, por una parte, a la ampliación de las luces, como entonces se decía, y por otro, sus deberes de ciudadano lo inducían a prestar su ayuda a diversas empresas de bien público. Con su padre, contribuyó, con los efectos de su tienda, al vestuario de los soldados y entregó una buena cantidad de dinero para el mismo objeto. Al organizarse la Escuadra Libertadora, fueron cuantiosas las sumas con que la favoreció. Suscribió con el gobierno un empréstito de veinticinco mil pesos sin ningún interés, a fin de manifestar la confianza que le merecía la creación de la Escuadra. Todavía a sus expensas, o por lo menos con una gran parte de su caudal, prosperó un batallón cívico en el que alcanzó una graduación militar superior. Fué este batallón uno de los pocos que quedaron en Santiago en 1818 cuando ocurrió el desastre de Cancha Rayada y con él pudo mantenerse en orden y animar el entusiasmo patriótico postrado por aquel contratiempo. Barros fué designado para pasar a Mendoza a proteger la emigración, no sin que antes en el camino y en la cordillera misma organizara postas para facilitar el tránsito de las familias y de las tropas. Todos los gastos fueron costeados por él.

Siguieron después otros servicios públicos. Carecen de relieve, porque se desarrollan en un plano modesto, sin brillo. Con ellos contribuyó con sensato juicio a la organización del cuerpo administrativo y en cierto modo a la estabilidad social. En 1819, fué Juez de Comercio. En 1826 representó a Cartagena en la Asamblea Provincial de Santiago y de ella fué Vicepresidente. En 1827, al crearse un escuadrón de caballería, compuesto por los comerciantes santiaguinos, fué Barros elegido comandante y Felipe Santiago del Solar y Manuel Huici, capitanes. Este escuadrón se denominó del *Orden*. Cuadraba bien este nombre a sus ideas y principios, especialmente para los agitados y turbulentos días de lucha por la estructura del nuevo Estado. Barros, por sus antecedentes tradicionales de familia, por una evolución muy natural de su carácter sensato, había ido desconfiando poco a poco de las ilusiones que prometía la libertad y cuyos efectos traducíanse en una indisciplina social de alarmantes consecuencias. No era necesario asilarse en el pasado para condenar o sentirse insatisfecho de una libertad mal entendida en la amplitud en que se la

concedía. Esa libertad había herido, en hombres como Barros, sentimientos muy caros religiosos con las reformas de la iglesia. Había comprometido el crédito público y desarticulado la producción del país. El comercio lo había postrado. Falta orden, algo de ese orden con que la colonia había prosperado débilmente, es cierto, pero que evidenció un progreso, sin duda. Sin quererlo, por este modo de pensar, sus amigos lo arrastraron a la política activa. Por ella nunca había sentido ni vocación ni interés. Era un conservador, un pelucón simplemente. En las elecciones del Congreso Constituyente de 1828, los sufragios lo consagraron Diputado por Chillán. En las Comisiones Permanentes de la Cámara, su nombre figura en la Comisión de Educación. En 1829, fué elegido Diputado por Coelumú, en pleno auge del régimen pipiolo, cuya expresión doctrinaria consagró la Constitución liberal de 1828. Aunque Barros se pronunció contra las elecciones que estimó viciadas y originadas con la violencia, concurrió a las sesiones del Congreso. Luego, cuando la asamblea hubo de trasladarse a Valparaíso, por las incidencias revolucionarias de la capital, la siguió a fin de cobrar los viáticos y con ellos fundar una escuela de primeras letras en el departamento al cual debía la elección.

El partido pipiolo, triunfante en las elecciones, había querido imponer en el Congreso, al cual competía elegir al Vicepresidente de la República, a un miembro de sus filas. Los individuos por quienes los colegios electorales del país habían sufragado para ese cargo, no reunieron la mayoría absoluta. El Congreso creyóse autorizado para rectificar la elección de acuerdo con una disposición del código constitucional. Los más altos sufragios los obtuvieron Francisco Ruiz Tagle, con 100 votos y el General Joaquín Prieto, con 61. No representaban, ni por sus tendencias ni por sus relaciones personales, al partido vencedor, fuertemente mayoritario en el Congreso. En la rectificación de la elección, esa mayoría designó para la vicepresidencia al pipiolo Joaquín Vicuña, que sólo había obtenido 48 votos. No era la de la mayoría del Congreso una imposición violenta y arbitraria. Era una interpretación de la Carta de 1828, en una parte que indudablemente contenía un vacío. Para la elección de Presidente de la República, la Consti-

tución establecía que el Congreso podía rectificarla circunscribiéndola a uno de los dos candidatos que hubieran alcanzado las primeras mayorías en los colegios provinciales. Sin embargo, en la letra de ese documento, en cuanto al Vicepresidente, no se declaraba que el mismo procedimiento le sería aplicado al tratarse de rectificar la elección. La oposición, dirigida por Portales y agrupada en un conjunto formidable, integrada por los entanqueros, los o'higginitas, los federalistas y los pelucos, sostuvo que la Constitución había sido violada y lanzó a la revolución. El General Prieto, jefe del ejército del sur, la acaudilló y avanzó sobre Santiago. El Presidente Pinto se alejó de su cargo, renunciándolo en el Presidente del Senado Francisco Ramón Vicuña.

El inspirador de esa coalición de partidos, como se ha dicho, era el comerciante Diego Portales. Con Barros mantenía relaciones que, habiendo sido puramente de esta naturaleza al principio, concluyeron por ser muy íntimas y sinceras. Un aprecio mutuo profundo los unía. A su lado, por esos días de octubre de 1829, Barros comenzó a trabajar por derrumbar el régimen pipiolo, evitando para ello, como lo dejó establecido, el derramamiento de sangre. Fué encargado de hablar con el Capitán General Ramón Freire, a fin de que con su influencia sobre las tropas de la capital, la decidiera en favor de la revolución del sur. El 7 de noviembre se efectuó el pronunciamiento. En el Palacio del Tribunal del Consulado se llevó a cabo una reunión popular, de la que salió elegida una Junta Suprema para subrogar al Presidente Vicuña. Correspondió a Barros, con otros tres vecinos respetables, comunicar al Presidente el acuerdo de la reunión del Consulado, sin obtener de ese mandatario la abdicación de su cargo. Vicuña, en resguardo de la dignidad presidencial, retiróse a Valparaíso para organizar la defensa del poder constituido. Los sucesos se precipitaron entonces como consecuencia de los pactos suscritos en la hacienda de Ochagavía, cercana de Santiago, y la traición de Prieto a esos acuerdos, hizo perder al ejército que defendía al gobierno, el control de las fuerzas. Por su parte, el general Freire, a quien los pactos de Ochagavía daban el mando de todo el ejército, no fué reconocido por el General Prieto, y éste se preparó para abrir una campaña. Entre Freire y Prieto, Barros sirvió de media-

dor para concluir un acuerdo pacífico, el cual no pudo lograrse. La suerte de las armas debía decidir el entredicho, que en este caso iba a significar un cambio profundo en el destino político de Chile. Desde ese momento, Barros hizo pesar todo el peso de su influencia social y el considerable de su fortuna, en favor del grupo que sostenía al General Prieto. En esta empresa consumió sesenta mil pesos entregados libremente, como un aporte a la causa de sus afeciones. El 17 de abril de 1830, en los campos de Lircay, en las cercanías de Talca, el ejército que sostenía al gobierno, era vencido, inaugurándose de hecho la era pelucona, poderosa fracción que diestramente dirigida por Portales, anuló a los demás grupos de la coalición. Barros pasó a constituir dentro de ese partido un elemento de importancia. Pero no solidarizó con los odios que levantó la contienda ni se prestó a secundarlos. Al contrario, fué el defensor de los perseguidos. Su hijo, el historiador, ha escrito que "daba su fianza por ellos, los escondía en su propia casa y obtenía la supresión de un destierro o de una causa de morosas tramitaciones. A la época de la muerte del Presidente Ovalle, acaecida en la casa de campo de Barros, tenía ocultos en la misma casa, separados sólo por una pared de aquél, a dos de los hombres más comprometidos en las intenciones revolucionarias de 1831. Habiendo descubierto el Ministro Portales, en otra ocasión, que uno de los perseguidos de la mayor importancia había recibido, asilo de Barros hasta que lo pudo dejar fuera del país, no pudo menos que decir: "Si esto lo hiciera otro que mi tocayo, creería que me traicionaba". "Sin embargo, de este principio de contradicción a ciertas órdenes del Gobierno —continúa diciendo su hijo—, Barros gozaba de un alto ascendiente". Muy sólido debió ser ciertamente cuando el Gobierno de Prieto, vale decir de Portales, en su primer período, políticamente lo apoyó siempre en las elecciones parlamentarias. En 1831 fué elegido Senador por Chiloé. En 1833 fué Vicepresidente de esa Cámara. Como miembro de la Gran Convención, firmó la Constitución promulgada en ese año, el 25 de mayo. En el Senado perteneció en 1831 a la Comisión Calificadora de Poderes y a la de Hacienda; en 1832 y 1833, a las de Guerra y Marina y Comercio, Artes e Industrias. Desempeñó el cargo de Vicepresidente de la Comisión Permanente esta-

blecida en la Carta de 1828, desde 1831 a 1832. En este último año fué elegido nuevamente Senador. En algunos de sus períodos de parlamentario fué Vicepresidente de la Corporación. Pocas veces intervino en los debates. Sostenedor de un gobierno que contaba con su confianza y que el mismo Barros había contribuido a establecer, su labor, modesta, sencilla, acuciosa y de bien público, fué desarrollada en las Comisiones del Senado, que ya hemos nombrado. Durante el receso del Congreso Nacional fué Presidente y Vicepresidente de la Comisión Conservadora. Después de varias reelecciones sucesivas, terminó su mandato un año antes de su fallecimiento, en 1852. Había pertenecido al Senado durante veintiún años ininterrumpidamente.

Todavía Barros alcanzó otras distinciones cívicas. Al Consejo de Estado perteneció desde 1836 hasta 1841. Fué Director del Crédito Público. Dede 1833 hasta 1848, en el curso de diez y seis años, desempeñó el cargo de Administrador del Hospital de San Juan de Dios. Lo abandonó por la presión del Ministro Manuel Camilo Vial, que vió en Barros a un tenaz enemigo de su política liberal. Fué sacrificado por la pasión política un filántropo tan eficiente como generoso. En el servicio de la beneficencia había invertido sumas apreciables de su fortuna personal. El sueldo de dos mil pesos mensuales de que gozaba lo dedicó al mejoramiento de los servicios del Hospital. Los suyos, por su parte, como dice un historiador moderno, fueron "cumplidos con decoro y dedicación que le permitieron llevar a todos los rincones una señal de sosiego que reunía en un solo término el pasado y el futuro del Hospital. Cuantos hemos podido seguirle en su itinerario de limpio esfuerzo y de varonil decisión, estamos obligados a reconocer en Barros una de las figuras más prestigiosas entre los administradores de San Juan de Dios". Poco tiempo después, el filántropo volvió a servir en la beneficencia pública. Dos años fueron simplemente los que duró el forzado alejamiento. En 1851, el Gobierno del petorquino Manuel Montt lo nombrada Administrador de la Casa de Orates. Lo fué también de la de Huérfanos. Pero entonces la salud de Barros se encontraba seriamente comprometida. Las incidencias violentas de la lucha contra el Ministerio Vial, en las cuales se destacó en primera fila, le produjeron un ataque de apoplejía. Perdió el uso de una

pierna y del brazo derechos, quedándole entorpecida el habla. Aun en este estado continuó preocupándose de la Casa de Orates. Con las más serias dificultades llegaba hasta ese establecimiento a considerable distancia entonces de su casa habitación y allí mismo atendía los asuntos de la administración. A su costa compró un terreno para ensanchar el local y proyectó reformas para mejorar los servicios. En un informe dirigido al Gobierno, dictado en su lecho de enfermo quince días antes de la muerte, el filántropo, en medio de sus dolencias, representó las necesidades más urgentes de ese asilo de caridad. Este fué también su último acto público. El 12 de julio de 1853 fallecía en Santiago, a los sesenta y cuatro años. Dejaba una considerable fortuna y un nombre respetado y esclarecido. Con su fortuna, una de las más sólidas del país, hizo ingentes obras de caridad, apoyó desinteresadamente empresas mercantiles, ayudó a levantarse en el comercio a muchos jóvenes de mérito y sin recursos. Fué un deber cívico para él ayudar con su fortuna las iniciativas del Estado cuando acometía obras de interés nacional. Al ver al Gobierno comprometido en situaciones delicadas en que jugábase el honor de la nación y el decoro del patriotismo, Barros contribuyó con su dinero a sostener los actos y las decisiones que imponía la dignidad del Estado. Tal en el caso de la formación de la Escuadra Libertadora que hemos recordado. Tal, por ejemplo, en 1837, cuando puso a disposición del Gobierno, sin ningún compromiso, la cuantiosa cantidad de cuarenta mil pesos, una fortuna, para ayudar a la campaña contra la Confederación Perú-boliviana. Lo mismo había hecho con los gobiernos de 1814 y 1817 en favor de la Independencia. "Su fortuna —escribió su hijo poco después del fallecimiento de Barros— lo ponía en circunstancias de tender la mano al menesteroso y esto lo hizo con tal desprendimiento, que privó a sus hijos de considerables bienes. Jamás desatendió la súplica del que le pedía su protección o fianza, a menos que fuese para usarla en el garito del jugador; y lo que parece increíble, si el hombre mismo que lo acababa de injuriar reclamaba de él un servicio, olvidaba sus rencores para protegerlo. Estos favores eran altamente desinteresados: cuando la mayor parte de los españoles mandados desde el Perú por el General San Martín, en 1821, habían en-

contrado una ocupación en Chile, el resto, que aún permanecía en el depósito, imploró su auxilio para obtener su libertad; pero Barros hizo más que esto, pues los socorrió con dinero para que volviesen a su patria, obteniendo por único resultado de tan benéfica obra el sincero agradecimiento de hombres a quienes no debía ver en lo sucesivo. Como lo hemos dicho, fué pródigo en la protección que dispensó al que lo ocupaba: en 1834, el celoso Ministro del Tesoro, don Ramón Vargas, tachó de mala la fianza de Barros que ofrecía un empleado, porque, según expuso, la había dado en tantas ocasiones que su capital, por crecido que fuese, no alcanzaba a bastarlas. En efecto, su firma andaba en todas partes: muy raro fué el remate en que no se presentó un postor con su fianza, sin que las continuas y considerables pérdidas le obligasen a cambiar de conducta. Su fortuna habría sido muy superior en el doble a la que ha dejado a la época de su muerte, a no haber sido tan pródigo en proteger personas que no quisieron corresponder a sus beneficios. Este espíritu naturalmente franco y bondadoso, la dulzura de su carácter y trato y la suavidad de maneras, no lo sometieron, sin embargo, a la voluntad de nadie. Ninguno de sus amigos pudo dominarlo, y él sí que dominó a la mayor parte de ellos, que lo consideraron siempre su consejero. Distingúfalo cierta entereza que lo hacía hablar con ingenuidad a los hombres del gobierno cuando consultaban su parecer; mas, no porque faltase en lo menor al respeto y consideración debidas al cargo. Estas cualidades le dieron tal importancia que en la elección de 1841 fué propuesto elector por dos de los partidos contendientes. Agitado el país en los últimos años de su vida por una de las más violentas convulsiones, Barros dió prueba de su firmeza de carácter y de su elevación de miras. El fué el primero de los conservadores que se presentó a ofrecer sus servicios en la lucha electoral de 1849 contra el Ministro de aquella época (Manuel Camilo Vial). Hizo valer, entonces, sus relaciones, y cuando en agosto del mismo año, habiendo caído ya aquel Ministerio, se quiso hacer al General Bulnes una manifestación de los sentimientos pacíficos que animaban al partido conservador, Barros fué nombrado, en reunión de más de mil personas, uno de los miembros de la Comisión que debía apersonarse al Presidente. Atrozmente calumniado por la

prensa, altamente comprometido en una causa que consideraba santa, dió ejemplo de la mayor energía en los momentos en que vacilaban los buenos principios por el grito atronador de las malas pasiones. Barros fué uno de los primeros que pensaron que la salvación estaba en la elevación a la presidencia del señor don Manuel Montt y fué el primero quizá que lo proclamó. Hizo valer su influjo con todas sus relaciones para que sostuviesen la causa del orden y pidió a todos los miembros de su larga familia, para quienes fué siempre un padre, que la apoyasen y sirviesen por cuantos medios estuviesen a su alcance. El mismo fué elegido elector de Presidente en 1851, y cuando la revolución, poderosa e imponente, hacía los mayores estragos en el norte y en el sur de la República, Barros, como hombre de conciencia en la causa que defendía, no perdió por un momento la confianza, ni vaciló un instante en creer que sería la ley quien triunfase. Durante este período de justas y necesarias persecuciones, Barros fué nuevamente el defensor de los perseguidos. Los ocultaba en su casa, después de comprometerlos a no servir en la causa de la desorganización, daba fianza de su conducta subsiguiente, y obtenía para ellos pasaportes y salvoconductos para dejar el país. Entonces, como en 1831, tuvo lugar una rarísima coincidencia en las casas de su hacienda. El mismo día en que el Presidente [Montt] esperaba en ellas al General Bulnes, que volvía vencedor de la rebelión del sur, estaba oculta allí una de las personas más comprometidas en estos sucesos. Ni le exaltación de sus palabras, ni la firmeza de sus principios pudieron separar de su ánimo las ideas de reconciliación y perdón...". "A la época de la muerte del Presidente Ovalle, acaecida en la casa de campo de Barros, tenía ocultos en la misma casa, separados sólo por una pared de aquél, a dos de los hombres más comprometidos en las intentonas revolucionarias de 1831".

VI

Las tradiciones del hogar y un ambiente conservador y religioso

Todos los antecedentes de Barros, agricultor y comerciante, político y filántropo, lo colocaban en la alta clase social de la colonia. Una aristocracia y una burguesía, a la vez, que fué la que en su mayor par-

te hizo la Revolución. Por la importancia de su familia, dueña de varias haciendas agrícolas, manejadas todavía en forma feudal, y por el control que ella ejercía en las operaciones mercantiles con su considerable fortuna, Barros hacía parte de la sociedad conservadora más recalcitrante. Las tradiciones de meritorios servicios públicos de los antepasados, habíanle dado un rango distinguido. El, por su parte, al igual que muchos de sus numerosos hermanos, no hizo más que consolidar con el espíritu de trabajo y el tesón de que dió pruebas en las empresas agrícolas y comerciales que acometió, la situación espectral que en esa sociedad tenía. Por otra parte, la influencia que de estos antecedentes desprendíase, lo hicieron inconscientemente un hombre de orden, respetuoso de la jerarquía, severo administrador de los intereses públicos, con una noción estricta de lo que eran ellos, que llegaba al sacrificio personal. Si el hogar en que vivió, de ascendencia marcadamente vasca, influyó en la vida de Barros, la escuela mercantil en que aprendió, casi de niño, los deberes de ella tornáronlo más severo en su conducta de hombre de negocios, cuya palabra era sagrada y cuyos tratos fueron inflexibles.

Un hombre con estos antecedentes fué en Chile un pelucón. Representaba la vieja sociedad colonial y mejor la caracterizaba si su origen era vasco. En la sociedad, como individualmente, este tipo de hombre tenía un código. Trabajo esforzado en las haciendas y en el comercio. Sobriedad en la manera de vivir. Constancia en las faenas, por duras que fueran. Seriedad en la palabra empeñada. Concepto realista y positivo de las cosas. Horror a las personalidades demasiado ejecutivas y audazmente realizadoras. Odio al verbalismo. Espíritu público íntegramente entregado al bien común. Severa administración de los caudales propios, y públicos. Elevado concepto del honor. Celosa defensa de la libertad individual. Tales eran, en general, las condiciones morales que ostentaba un pelucón en la segunda mitad del siglo XIX, según ese código y como nosotros podemos hoy reconstituirlo. El espectáculo de una anarquía política y social, más aparente que real, lo hizo venerar el orden. Fué autoritario, dispensador bien intencionado de los favores de su poder. No era un reaccionario. Las obras capitales del progreso material y espiritual de Chile realizáronse ba-

jo la égida pelucona. Antes, el peluconismo había hecho la Revolución. Con ella, más tuvo que perder que ganar, y por sostenerla sufrió quebrantos económicos considerables. Socialmente, por la incorporación de otros elementos en su radio de acción, después de la Revolución, comprometió su propia estabilidad. El concepto de orden que llegó a preconizar como una verdad absoluta —el orden dentro de la libertad—, nació del vacío que dejó en las almas la quiebra definitiva del dogma de la majestad real. Ese principio místico fué reemplazado por otro: la impersonalidad de la ley. Pero mientras el primero moría y el segundo reemplazaba a aquél, la anarquía política prendió cuando comenzó a organizarse el Estado dentro de los principios de la libertad republicana, lanzándolo en la Revolución. El orden lo entendía un pelucón como el muro de contención de las ilusiones de la libertad. Desde este punto de vista, fué Barros un pelucón típico. Agregó a su conformación espiritual dos elementos que no siempre hermanáronse en otros pelucones. Uno de ellos, fué su “amor a las luces”, a la enseñanza, al esparcimiento de la ilustración. Su hijo Diego encontró en esta fuente al futuro escritor e historiador. La fortuna la puso a su disposición sin reservas y de cuantos necesitaron su apoyo. El otro, fué el espíritu reformista que lo dominaba. Era hijo del siglo XVIII.

En cuanto al sentido de cómo entendió la libertad, algunos hechos nos permiten esclarecer su posición. A O'Higgins le recomendó con vehemencia despojarse del poder absoluto y legalizar el ejercicio del mando. Aspiraba a que la autoridad suya emanase de disposiciones constitucionales. En 1830 contribuyó a afianzar el régimen pelucón o de autoridad que reemplazó al pipiolo o de libertad. Creyó entonces que los bienes de la libertad habíanse convertido en los males de la licencia. “En la revolución de 1829 aparecí... al lado de Portales, en lo que creía obrar rectamente” —escribió cuando se le llamó en 1850 un pelucón intransigente. “La experiencia ha venido a manifestar que no me engañaba, y que aquel hombre extraordinario, cuya confianza tuve el honor de gozar, era el único capaz de sacar al país del caos de que hasta aquel año había estado sumido”, concluía. Sin vacilaciones, Barros aportó todo el contingente de su esfuerzo a secundar, a consolidar y a establecer, con la más férrea deci-

sión, la política portaliana. Cuando el estadista fué sacrificado en El Barón, en 1837, le prestó su concurso al hombre que le pareció más capacitado para seguir la obra de “aquel hombre extraordinario”. Fué desde entonces de los pelucones que se agruparon en torno de Joaquín Tocornal. Pero el heredero de los principios de Portales, sin tener por cierto ni su genio ni sus virtudes, si representaba el concepto claro del principio de autoridad, compartió el poder con la iglesia. Católico acendrado, muy de sacristías, síndico de monjas, hombre de conventos y de latos ejercicios espirituales en casas disciplinantes, fué el primero que dió al clero beligerancia y poder en las cosas del Estado, tolerándolo en sus crecidas exigencias. Barros participaba de la misma política, porque era tan clerical como aquél. En su casa, las horas de almuerzo y de comida las bendecía con plegarias. Todos los días comulgaba a las siete de la mañana con sus hijos mayores. Asistía con ellos a todas las procesiones. Una vez a la semana ayunaba rigurosamente. Hasta tenía “cierto aire sacerdotal”, ha escrito su nieta doña Martina Barros de Orrego, en sus memorias.

Cuando en la elección presidencial de 1841 Tocornal fué candidato de los pelucones autoritarios y clericales, en oposición a Bulnes, llevado por los antiguos filopolitas, los pelucones de tendencias laicas y algunos pipiolos, la suerte de Barros como político comenzó a decaer a consecuencia del triunfo electoral del vencedor de Yungay. Tocornal desapareció del escenario del primer plano. Barros perdió su asiento en el Consejo de Estado. Volvió a reaparecer en 1849, para ofrecerle a Bulnes su concurso, junto con el de otros pelucones de su laya. Fué entonces cuando pareció tambalear el orden y resentirse el principio de autoridad. Pero no era esta más que una inquietud, nada más que un sobresalto. Sin embargo, de esas situaciones aparentes de alteración del orden público, surgió la candidatura del petorquino Manuel Montt para la Presidencia de la República, como el ciudadano indispensable. El pelucón Barros comprendió que había aparecido el sucesor legítimo de Portales, y le concedió su apoyo. “Soy hoy día partidario de Montt y de su círculo —escribió en agosto de 1850—, no por las personas o porque en él vea a mis amigos y a sujetos respetables, sino porque en las ideas de ese círculo es en las que el país

debe fundar sus más lisonjeras esperanzas. Creo no engañarme —agregó—, así como no me engañé en 1829'.

En 1850, cuando Barros hacía estas declaraciones de convencido partidario político, como pelucón de la más pura raigambre, su hijo Diego lindaba en los veinte años. La opinión del padre fué naturalmente suya, y ya no sólo en cuanto a un candidato presidencial determinado, sino a la que prosperaba en esa casa, donde el espíritu político conservador reinaba muy ampliamente como una convicción nacida de viejas observancias religiosas, por una parte, y de los hábitos de la vida, por otra; de las preocupaciones sociales y de los intereses económicos, que tan representativos del medio ambiente santiaguino hicieron a sus miembros. Junto con Diego siguieron al viejo pelucón los otros hijos de sus tres matrimonios —los Barros Arana, los Barros Urmeneta y los Barros Valdés. Algunos habíanse unido por el lazo matrimonial con representantes de la rancia aristocracia colonial. La misma familia del progenitor —los Barros Fernández— constituía, por su situación económica y también por alianzas matrimoniales, un grupo, una tribu considerable. Además, Barros contaba con otros elementos que hacían electoralmente respetable su apoyo a cualquier candidato. Tales eran los de su clientela política como senador; la que tenía vinculaciones con su casa de comercio y los negocios agrícolas; y la que controlaba como administrador de un servicio público. Fué Elector de Presidente en 1851. Los hijos de Barros aprendieron a venerar el nombre de Montt, lo mismo que el de Portales, cuyo recuerdo siempre permaneció presente en la mente de Barros y muy fuertemente lo transmitió a sus descendientes de un modo indeleble. También otros nombres quedaron imborrables en la imaginación de esos jóvenes. En primer término, los de O'Higgins y San Martín, de quienes el padre fué amigo y colaborador. Los de Tocornal, Egaña, Garrido, Gandarillas, Bello, De la Barra, Valdivieso, Prieto, José Ignacio Eyzaguirre, Alcalde, José Miguel Irrázabal, Meneses, Ovalle, Bustillos, Vial Santelices, que formaban el antiguo tronco pelucón, fueron considerados como paradigmas de virtudes cívicas. Barros Arana, a pesar de la distancia que colocaba al muchacho de la rígida disciplina hogareña, conoció a muchos de esos patricios en la casona co-

lonial del padre. Hombre ya, por algunos de ellos conservó una profunda simpatía.

El hogar de Barros era el punto de reunión de gentes notables. Situado en pleno centro comercial de la ciudad, en la calle de Ahumada, número 33, entre la de las Agustinas y la de los Huérfanos. Barros tenía allí su escritorio de comercio, el almacén y su hogar. Uno de los más opulentos y mejor alhajados dentro de la sencilla sobriedad de las casas patricias de esa época. El escritorio se convirtió en una especie de club. Allí alternaban los hombres de comercio, los políticos, las dignidades del clero, los viajeros, antiguos servidores de la administración, guerreros de la independencia; en fin, un mundo de personalidades. La misma ubicación del escritorio y del almacén los hacía converger hasta ahí, como camino obligado hacia la Plaza de Armas. Quienes iban a la casa de Gobierno, al Tribunal del Consulado, a la Aduana, a la Catedral, al Instituto Nacional, a la Parroquia del Sagrario, a la iglesia de la Compañía y a los portales de la plaza, donde hacía intenso comercio. Quienes expresamente eran los tertulios habituales del escritorio de Barros, centro de noticiosas informaciones y donde, a veces, resolvíanse los problemas de la vida política nacional. En otras ocasiones, la casona del senador era teatro de magníficas fiestas sociales. Poco después de promulgada la Constitución de 1833, Barros dió, en conmemoración de ese suceso, una recepción que alcanzó las proporciones de un baile. Fué la última vez que la madre de Barros Arana, ya muy enferma, se presentó en una fiesta social. Era alta, fuerte, distinguida, afanosa, enérgica. Irradiaba confianza. Cuando nació su hijo Diego, el 16 de agosto de 1830, contaba con treinta y siete años de edad. El padre alcanzaba los cuarenta y uno. La plenitud de la felicidad había sido quebrantada por algunas penas. Se dibujaban en su rostro. La hija Juana había quedado en Buenos Aires al cuidado de los abuelos. Mimada por ellos, no fué posible arrancarla de sus afectos. Desde 1817, en que se avecindó doña Martina en Santiago, no volvió a tenerla a su lado. Era un dolor agudo. Otro de sus hijos, Diego Martín, de unos cuantos meses, murió en forma trágica quemado en un brasero. Una imagen horrible conservaba su pupila. Su misma enfermedad parecía no anunciar muy larga vida, y eran siete los vástagos que iban a quedar sin su apoyo.

En 1834, cuando falleció doña Martina Arana y Andonaegui, Barros Arana contaba apenas cuatro años. No supo, pues, el futuro historiador de las caricias maternales. Entró a hacer las veces de madre una hermana del senador. Se llamaba doña Mercedes Barros Fernández de Leiva. Era soltera. Una historia sentimental, romántica, antes de que el romanticismo inflara los sencillos, pero desgraciados sucesos del amor, con un hueco e insoportable sentimentalismo, ocultaba la soltería de doña Mercedes. Había sido la novia de un hijo de doña Javiera Carrera, la hermana de los infortunados caudillos de la Revolución. Pío Díaz Valdés Carrera, tal era el nombre del pretendiente, había sido acuchillado en el lance de una tragedia pasional en el fundo de "San Miguel", en Melipilla. Eran las tierras de los antepasados de los Carreras, la hacienda del progenitor de la familia, Ignacio de la Carrera. Desde que ocurrió la muerte del novio, doña Mercedes cerró la fuente de sus afectos para el matrimonio. Concentró sus penas en la religión. Era bella, joven y rica. La posición de su familia envidiable, y las condiciones de su carácter parecían destinarla a la formación de un hogar. Pero quiso vivir para el recuerdo de su amado en el consuelo de prácticas casi monásticas. Devotísima de los santos y de los altares, de las fiestas religiosas, de los ayunos y de las procesiones, al igual que su hermano Diego Antonio, sobre su sobrino Diego ejerció una marcada influencia. Pero también este recuerdo del drama sentimental, de la que fué para Barros una segunda madre, en el que aparecía un hijo de doña Javiera Carrera, gentil caballero y hermoso varón, se mezclaba con las incidencias en que vióse envuelto su padre con la familia de los héroes, a consecuencia de negocios obrados sobre el fundo "San Miguel". En 1818, Ignacio de la Carrera lo arrendó con ciertas condiciones a Barros, en tres mil pesos anuales, por el término de tres años. Lo hacía, según dijo en la escritura, "a fin de cubrir la dependencia de mi hijo (José Miguel) y de subvenir a las necesidades de mi familia". En 1819, el Gobierno de O'Higgins secuestró los bienes de los Carreras. La hacienda de "San Miguel" fué incluida en el secuestro. Barros, para no ser dañado en el arriendo, integró en arcas fiscales una suma dada de dinero por los ganados de la hacienda, según tasación de peritos. Al morir el padre

de los Carreras, la sucesión demandó la entrega de la hacienda, vencido ya el plazo del arrendamiento. Con este motivo se originó un enmarañado pleito. Pero ya O'Higgins había abdicado el mando. Una sentencia judicial de julio de 1823 declaró que Barros proseguiría con el arriendo del fundo hasta que terminase la partición de los bienes de la testamentaria de Ignacio de la Carrera. Impuso a Barros un canon de arrendamiento de mil ochocientos pesos anuales. La sentencia obtuvo confirmación cinco meses después. Un año más tarde, en 1824, Pedro Díaz Valdés, esposo de doña Javiera Carrera, suscribió una escritura de arrendamiento con Barros, por el cual sólo el campo quedaba en poder de éste por el plazo de un año. Aparentemente con estas decisiones el pleito estaba concluido. Sin embargo, se originó otro por la venta ilegal de los ganados de la hacienda en 1819. En el litigio medió el Director Supremo Ramón Freire. Barros debía dejar dotado el fundo "San Miguel" con cierta cantidad del ganado con que le fué entregado al suscribir en 1818 el contrato de arrendamiento con Ignacio de la Carrera. La sucesión debía demandar del fisco el valor de la parte restante de ese ganado. El abogado de doña Javiera Carrera había sido Manuel José Gandarillas, carrerino.

Por un lado un episodio de amor, el de doña Mercedes Barros Fernández con Pío Díaz Valdés Carrera, noble, simpático, que significó el duelo de una vida; por otro, las incidencias de un juicio en que a Barros se motejó de abuso, de violencia en la venta artera de los bienes de una sucesión en manos de un anciano indefenso, apremiado por la autoridad, fueron las versiones que oyó Barros Arana cuando niño, siendo joven y ya hombre. Contra su padre, escuchó el murmullo intencionado de una familia que se sentía agraviada por un despojo. Se levantaba apasionada la voz apasionada de doña Javiera Carrera; la de la esposa de José Miguel Carrera, doña Mercedes Fontecilla; la de la mujer de Juan José Carrera, doña Ana María Cotapos. Era la generación que había vivido el drama del martirologio de los Carreras, la que recriminaba a O'Higgins y a Barros. La segunda, compuesta por el hijo del Dictador de 1812, José Miguel Carrera y Fontecilla y sus hermanas, siguió repitiendo el carácter atroz del abuso. A Barros Arana, ¿se le hizo odioso el nombre de los Carreras? Las páginas de sus histo-

rias más tarde, aunque siempre severas, presentan un verdadero esfuerzo de imparcialidad para con esos hombres. En cambio, O'Higgins se le torna simpático y atractivo, lo mismo que San Martín. ¿Influencias del hogar mantenidas en el subconsciente?

Doña Mercedes, a la muerte de la esposa de Barros se hizo cargo de la familia. Para los hijos de doña Martina fué una verdadera madre. En 1835, casi al año de su fallecimiento, Diego Antonio contraía segundas nupcias con doña Manuela Urmeneta García. Pocos meses vivió la señora, dejando una hija de su mismo nombre. También casi al año, formaba el pelucón un nuevo hogar. Su tercera esposa fué doña Carmen Valdés Larrea, de cuyo matrimonio nacieron cuatro hijos. Barros volvió a quedar viudo en 1843. Todavía pensó casarse por cuarta vez. Pero permaneció hasta su muerte, en 1853, sin volver a contraer nupcias. Por muy sólidas que fueran las virtudes de los antiguos hogares chilenos, por más que las prácticas de la conformidad cristiana hicieran deponer los sentimientos más sensibles en las almas y en los corazones de los niños, por grande que fuera el respeto hacia los padres y la consideración de sus designios obrara como un mandato sin réplica, el paso de estas nuevas señoras dueñas del hogar de Barros, más de una alteración de afectos, ya que no de respeto, debió producir en él. Felizmente, el hogar de Barros era opulento. La fortuna no dejaba lugar a estrecheces y los bienes materiales podían adquirirse a cualquier precio. Sin embargo, los sentimientos del corazón, ¿cómo dominarlos? La misma familia —Barros Arana, Barros Urmeneta, Barros Valdés— podía dispersarse en los fundos del rico comerciante, en las casas de Pudahuel, en las de la chacra de Sánchez, distante dos leguas de la Plaza de Armas y en las de la hacienda el Bajo de lo Espejo, para no sentir las disparidades de la opinión familiar. Pero nada de eso podía atenuar las diferencias que las nuevas esposas de Barros imponían con sus hábitos, con sus costumbres, con su espíritu, en el hogar que dejó formado doña Martina. Barros Arana sintió esa diferencia cuando a su esposa le escribió en 1859 desde Argentina, Rosario, estas palabras: —“Tú sabes que no tuve hogar y sólo en el que formé contigo encontré el afecto que ahora echo tanto de menos lejos de ti. Las bondades de mi padre no suplieron lo que necesitá-

bamos en cuanto a la madre, porque ninguna de sus esposas, santas como fueron, nos dieron la afección de la madre verdadera y eran distintas en los caracteres. Comprenderás cómo me siento fuera de nuestra casa, donde tú eres madre y esposa”. Escribía desde el destierro.

Doña Mercedes echó sobre sus hombros la tarea de la formación de los hijos de doña Martina, de acuerdo con sus virtudes, las que naturalmente comunicó a sus sobrinos. Esas virtudes se reflejan en las costumbres del hogar huérfano. La casa continuó siendo el seno de la familia y el escritorio y el almacén no alteraron su ritmo. Un hijo de Barros, Manuel, el mayor, entró a ayudar al padre en las tareas mercantiles. La enseñanza y las prácticas religiosas hicieron más frecuentes. La cercanía de la iglesia de San Agustín era el centro de devoción de los niños. Doña Mercedes “era devota del santo y encargada de su altar... tenía guardados en su casa la ropa de lujo de la imagen que se usaba el 28 de agosto y los manteles del altar que hacía lavar y aplanchar prolijamente en su propia casa —escribe Carlos Orrego Barros, que conoció por información directa de Barros Arana la tradición de su hogar, en los días de su niñez, adolescencia y primera juventud. Cuando se acercaba el día de San Agustín, iba con todos los niños de la familia a limpiar y adornar la iglesia, tarea que comenzaba por lavar la cara del santo con aceite de nueces. Todos los días rezaba el rosario con los sirvientes y con los niños y se hacía leer por algunos de éstos la vida de Jesús antes de almuerzo, el Año Cristiano antes de comida —que hacía servir antes de las cinco de la tarde— y antes de dormir, los Salmos de David. A don Diego le tocó muchas veces de niño hacer estas lecturas devotas, que recordó su vida entera”. Los mismos nombres de pila de Barros Arana se unen a la devoción religiosa de la familia y a la costumbre tradicional. Fué nombrado Diego, en memoria de su padre. Jacinto por haber nacido en los días en que la Iglesia conmemora la muerte y nacimiento de este santo, y Agustín por ser el patrono de su casa. Quizás no convenga presentar muy exageradamente este espíritu devoto del hogar de Barros Arana conducido en la formación religiosa de los hijos de doña Martina por doña Mercedes Barros Fernández. Era el corriente de todos los hogares patricios tradicionales. Pero la señora lo había exage-

rado en razón de su ardiente fe, y ligado demasiado a esos niños con el clero conventual de San Agustín, con la influencia de ciertos sacerdotes, muy de la casa de Barros, que convirtieron, por el prestigio del hábito, en los directores morales de la conciencia de los muchachos. Los excesos de la devoción, las intimidades de la sacristía, la imposición exagerada de la fe, ¿no explicarían el caso de Barros Arana, algunos años más tarde, al rebelarse en un largo proceso, primero, de simple indiferencia religiosa, y después, en un razonado agnosticismo contra las creencias de sus mayores? Nunca fué un ateo. La emancipación de la Iglesia fué contra el clericalismo y la interpretación de los dogmas. La existencia de Dios fué indiferente a su inteligencia realista, carente de imaginación, positiva, concreta, y que sólo se satisfacía con lo puramente experimental. La ley emanada del cristianismo puro no la condenó jamás y él fué esencialmente un espíritu cristiano. Las dudas que su fe advirtió más tarde, nacieron de la misma esmerada educación religiosa que recibió y que agrietó su espíritu crítico positivo. La liturgia la conoció en sus detalles. Los fundamentos de la fe y la apologética le fueron explicados tenazmente. Las primeras lecturas fueron hagiográficas. Leyó gran cantidad de vida de santos, esas vidas que tanto entretenían a la tía Mercedes. Fueron lecturas que nunca abandonó y sorprendía a los sacerdotes con su erudición en la materia. En 1891, refugiado en un convento para escapar a las persecuciones de la dictadura, cuyo prior era su amigo e historiador como él, sorprendió a los frailes con el conocimiento de la vida de los santos, que se complacía en referirles, y con el caudal seguro de sus informaciones acerca de la historia eclesiástica. Es el testimonio de Crescente Errázuriz el que abona el hecho.

A los veintitrés años, en 1853, la fe en las creencias religiosas de sus mayores todavía no había naufragado. Públicamente hacía ostentación de ellas. En este año, el poeta Guillermo Matta dió a la estampa el libro *Cuentos en Verso*, en los cuales las ideas del autor despertaron una viva crítica, por parecer contrarias a las de la religión y a la moral, hasta el punto de que el autor, ante el escándalo producido, debió recoger la edición. Barros Arana se ocupó de la obra en un artículo de su periódico *El Museo*, con una gran elevación. Reconoció que los versos de Matta

eran "el primer trabajo nacional en que el poeta se desprende de las flores, la luna, el amor, etc., para abrazar la filosofía..." "Si sus principios erróneos han despertado alguna desaprobación —añadió—, no se la calumnie ni se la condene sin leerse su libro". Después el creyente hacía profesión de fe: —"Mucho distamos, por nuestra parte —decía—, tener las mismas dudas del señor Matta, en materia de religión. El autor se considera infeliz y desesperado en el mundo: él ha buscado el consuelo en el templo, en la religión y en Dios, y nada ha bastado a aliviar su desgracia y sus sufrimientos. Llevado de su desesperación él ha dudado y buscado la existencia de ese Ser Superior, lleno de bondades y de misericordia que tiende una mano consoladora al desgraciado sobre la tierra... Al adoptar este sendero, el poeta ha seguido la huella trazada por una parte, quizá la más impopular, de la literatura moderna, con algunos pensamientos nuevos y atrevidos que son suyos. Su filosofía, mezcla de escepticismo y ateísmo, sin pertenecer a ninguna de las dos escuelas, debería llamarse la filosofía de la desesperación; filosofía falsa y errónea en todas sus partes. En efecto, dudar del espíritu de dulzura y de consuelo que caracteriza a la religión de Jesucristo, es un error lamentable. La humanidad reunida y concentrada por la unidad cristiana, reprueba imperiosamente estos principios... El cristianismo ha operado este benéfico cambio, predicando la caridad en todas partes a los reyes y a los súbditos, suavizando las costumbres y estableciendo derechos y garantías, que es preciso respetar. El cristianismo es la historia de la emancipación del género humano, sometido antes de su predicación, al pesado yugo de la ignorancia y del espíritu del mal: la Sagrada Escritura lo llama, con fundamento, el principio de la regeneración del mundo. Poner en duda su benéfica influencia es más aún que negar la luz del sol. Los beneficios y consuelos de la religión están al alcance de todo el que los busca. El señor Matta no lo cree así, y duda de las bondades del Dios de los cristianos, porque no las ve en sus obras... El piensa que nuestra religión no ha hecho cuánto debía en el mundo, y que existe un grave error en el fondo de sus creencias. Ese es su engaño... Estas son, en resumen, algunas de las observaciones que nos vienen a la pluma al escribir un análisis del libro del señor Matta. Hallamos

falsa y viciosa su filosofía y muy exageradas muchas de sus ideas... Nosotros rechazamos su filosofía en la parte que nos separa del Evangelio...

VII

El estudiante

Lecturas religiosas fueron las primeras que realizó Barros Arana. ¿Dónde aprendió a leer? En el claustro de San Agustín, donde existía una escuela de primeras letras muy concurrida por los niños de las viejas y aristocráticas familias del barrio. Sabemos que los frailes de San Agustín eran muy de la casa de Barros y que doña Mercedes sentía particular afecto místico por esa orden. Después entró a una escuela de enseñanza más avanzada. Era mantenida por las señoras Fernández, doña Rafaela, soltera, y doña Mercedes, viuda de un militar de las campañas de la Independencia. Perteneían a la misma familia del padre de Barros Arana. La escuela estaba situada en la calle Santo Domingo. Los azares de la fortuna había empobrecido a esas señoras de la aristocracia y enseñaban las primeras letras como un medio de ganarse honradamente la existencia. Barros Arana y su hermano José concurren a esa escuela entre los seis y los siete años. Pero eran niños muy enfermizos y delicados. El mismo mal que llevó al sepulcro a la madre, la tuberculosis, pareció haberlos hecho presa, y anunciar que tendrían el mismo fin. Fué necesario retirarlos de la escuela y darles enseñanza en la casa. Durante un año y meses la recibieron bajo la dirección de unabilísimo pedagogo, Pedro Fernández Garfias, profesor del Instituto Nacional, que en 1827 había iniciado allí la enseñanza del latín por el plan Lhomond, y publicado el librito *Terminaciones Latinas*, según apunta Lastarria en sus *Recuerdos Literarios*. Seguramente Fernández Garfias era pariente de Barros. Por la asistencia pedagógica de los dos jóvenes por un año, según un recibo de pago, se le canceló una onza de oro en 1838. Era una suma considerable. La misma cantidad pagábase a Bello por la redacción de los mensajes presidenciales, con que se abrían las legislaturas ordinarias. Podía hacerlo el hombre rico y opulento que era Barros. Pero el maestro merecía, sin duda, ese honorario, por la enseñanza que dió a esos niños regalones, enfermos y consentidos, a causa de la de-

bilidad física. También el honorario representaría un buen resultado en el progreso de la inteligencia de los muchachos.

Después ingresaron al mejor establecimiento educacional de Santiago. Estaba dirigido por Manuel Montt como Rector y Antonio Varas como vice. Las clases de geografía y de francés la desempeñaba Hipólito Beauchemin. De la de filosofía era profesor Antonio Varas. La de literatura la regentaba Antonio García Reyes. En la de inglés, fueron sucesivamente los que compartieron la enseñanza, Juan Ignacio García, Francisco Javier Lombard y José Luis Borgoño. Bajo la dirección de Andrés Antonio Gorbea, Francisco de Borja Solar y Antonio Gatica, se impartía la de matemáticas. La clase de dibujo estaba confiada al cuidado de José Zegers Montenegro. Tal era el cuerpo directivo y de profesores del Instituto Nacional en 1838.

Barros Arana recordó su incorporación al establecimiento, ya en plena ancianidad y dos años antes de su muerte, en 1905, en una página de marcado acento autobiográfico y de una sencilla elegancia. "A principios del año escolar de 1839, cuando apenas contaba yo ocho años y meses de edad —escribió—, fuí incorporado en calidad de externo en el Instituto Nacional, y colocado en la clase inferior de latín, que regentaba el conocido profesor don Domingo Tagle. Allí estaba Francisco Bilbao, que entonces contaba una edad cabalmente doble de la mía. Ejercía sobre los niños una gran autoridad, que todos soportábamos gustosos, porque era bueno y afable, aun con los más chicos. Cuando por falta de profesor no había clase, Bilbao no nos permitía regresar a nuestras casas. Nos llevaba en formación al cerro Santa Lucía, o a otro lugar solitario, y nos mandaba hacer ejercicios de marchas y de evoluciones militares... La clase de don Domingo Tagle estaba dividida en grupos, según el estado de adelanto. El profesor tomaba dos veces al día la lección a los tres grupos más adelantados. De ellos salían los monitores que iban a tomar la lección a los chicos o principiantes, y que la juzgaba buena o mala según la porción de dulces que llevábamos, o un lápiz, un trompo, etc. Bilbao, que era el mayor de la clase, era el más adelantado, y formaba él solo el primer grupo. Así él estudiaba pretéritos y supimos cuándo nosotros no salíamos de *rosa, rosae*... A los pocos meses de clase, yo había cobrado un verdadero terror a

los monitores, y no cesaba de lamentarme de su tiranía e injusticia. Durante muchas semanas se creyó en casa que todo cuanto yo contaba debían ser exageraciones de niño desaplicado y regalón. Pero el verme llorar todos los días, tarde y mañana, movió a mi padre a ir al Instituto a imponerse de lo que hubiera. El remedio que se halló fué retirarme de aquella clase, y pasarme a la inmediatamente superior (la segunda de latín), que regentaba don Ramón Elguero, más tarde profesor universitario de la Facultad de Medicina. Como demostración de que la dureza de los monitores era infundada, a lo menos respecto de mí, debo recordar que a fines de ese año (1839), cuando se formó la lista de los alumnos más adelantados en cada clase del Instituto, para publicarla en *El Araucano*, se me colocó en este rango en la segunda clase de latín; y así se publicó en aquel periódico el 31 de enero del año siguiente". Pero el cambio de la primera de latín a la segunda, al finalizar el año de 1839, ¿había sido solamente un artificio para defender "lo que valía en la práctica el denominado sistema de Lancaster o de enseñanza mutua", como lo nombra Barros Arana? ¿O bien el muchacho había superado la primera etapa de la enseñanza del idioma de Cicerón, gracias a las lecciones de Fernández Garfías?

Cuando volvió al Instituto al año siguiente, en 1840, ingresó en calidad de interno, el 26 de marzo. Los alumnos más distinguidos fueron en ese curso, Miguel Saldías, Eusebio Lillo, Zoilo Villalón, Miguel Luis y Gregorio Víctor Amunátegui, Guillermo Blest Gana, Francisco Bilbao, Víctor Varas, Evaristo del Campo, Silvestre Ochagavía, Matías Ovalle, Fructuoso Cousiño, Ángel Vásquez, Diego Whittaker, Fernando Solís, Pedro Fernández, Belisario Prats, Manuel Recabarren, Francisco Puelma, Ángel Custodio Gallo, Epifanio del Canto, Máximo Argüelles, Alvaro Covarrubias y Domingo Santa María. En las letras, en la política, en la judicatura, en la enseñanza, en las empresas del comercio y en la administración, muchos de estos nombres alcanzaron después situación distinguida.

En el tiempo de la escolaridad de Barros Arana, la dirección del establecimiento, en los once años que permaneció en él, tanto en la sección secundaria como en la universitaria (1839-1850), la tuvieron Manuel Montt, Antonio Varas, el canónigo Francisco de la Puente y Francisco de Bor-

ja Solar, como rectores. Valdivieso, que asumió ese cargo a la época de la renuncia de Montt, permaneció muy breve tiempo al frente del plantel.

El régimen de disciplina del Instituto era severo. Para un muchacho como Barros Arana, colmado de halagos y de comodidades en su hogar, el internado debió significarle un cambio profundo de hábitos. "Los internos dormían en tres grandes salas menos de ocho horas...; las comidas eran pocas y mal repartidas: almuerzo a las ocho y media de la mañana, comida a las doce y media y cena a las nueve de la noche. Una hora de estudio, de siete a ocho de la noche y cuatro y media horas de clase cada día; misa a las seis y media de la mañana y una hora de meditación y rezos a las ocho de la noche y dos recreos de media hora cada uno", apunta Orrego Barros. "El régimen de castigos era simplemente atroz. Las penas parecían como para reos: horas y hasta diez de pie o de encierro, privación de toda una comida o de una parte de ella, y hasta ayuno a pan y agua durante todo un día y, por último, *guante y cepo*", consigna ese mismo autor, quien recuerda cómo un testigo describió lo que era el *cepo*: "un estrechísimo recinto de madera, que substituyó a la gran pieza oscura en que nos encerraban". Del *guante* dijo que era "un instrumento hecho ordinariamente de cañamo con varios ramales, cuyos extremos o canalones eran más gruesos, y servían para azotar en la mano del paciente." Son descripciones de Crescente Errázuriz.

El plan de estudios al incorporarse Barros Arana en 1839, era el mismo que se había elaborado en 1832 por Ventura Marín, Manuel Montt y Juan Godoy. El latín constituía el ramo fundamental durante los seis años del curso colegial o de las humanidades. En 1843, ese plan sufrió una alteración considerable, merced a las reformas introducidas por Ignacio Domeyko y Antonio Varas. Barros Arana recibió los beneficios de esa reforma. El curso a que pertenecía, el primero en que se experimentó el nuevo plan de estudios, estaba compuesto por un alumnado que daría nombres ilustres a la historia nacional. "Es curioso observar —escribió Barros Arana en 1875— que hasta ahora no ha habido en Chile ningún curso del cual hayan salido tantos escritores más o menos sobresalientes. Basta recordar que junto con él (se refiere a Miguel Luis Amunátegui), estudiaron su hermano don Gregorio Víc-

tor, don Eusebio Lillo, don Guillermo, don Alberto y don Joaquín Blest Gana, don Santiago Godoy, don Ramón Sotomayor Valdés, don Floridor Rojas, don Pío Varas, don Pedro Pablo Ortiz, don Ambrosio Montt, don Ignacio Zenteno, don Pedro León Gallo y varios otros que, aunque dotados de verdadera inteligencia, no han seguido más tarde una carrera propiamente literaria." El nuevo plan de estudios secundarios fué aprobado el 25 de enero de 1843. Como lo manifestó más tarde, ese plan "importó una reforma trascendental en la enseñanza pública. Ese plan fijaba un orden obligatorio de estudios, y comprendía, junto con el latín, la gramática castellana, el francés, la geografía, la cosmografía, la historia, las matemáticas elementales, la filosofía y la literatura. Recuerdo todavía la impresión que produjo esta reforma entre los estudiantes y el mayor número de los padres de familia. Lamentaban la obligación de estudiar aquellos ramos que la ignorancia vulgar calificaba de innecesarios, como más tarde han calificado del mismo modo el estudio de la física, de la química y de la historia natural."

En 1843 Barros Arana fué señalado entre sus compañeros, en la tercera de este idioma, como el más distinguido. En 1846 aparece individualizado en la sexta del mismo, como el más sobresaliente. El profesor Fernández Garfías, con su enseñanza en los años tiernos de Barros Arana ¿segua ejerciendo la influencia de sus buenos métodos? De las manos del latinista Tagle pasó a las de otro no menos famoso, el profesor Ramón Elguero, y al entrar al curso de Latinitud Superior, creado en 1844, cayó bajo la dirección del humanista eminente Luis Antonio Vendel-Heyl. En 1846 le correspondió a Barros Arana seguir el curso en ese ramo. Dice él mismo evocando sus recuerdos de estudiante institutano... "creímos que el ramo que se nos quería enseñar era tan innecesario como difícil, y cometimos el indisculpable crimen de pretender vengar en la persona del bondadoso maestro los trabajos que nos imponía esta nueva tarea. Nosotros no tomamos en cuenta los honrosos antecedentes del sabio profesor ni el singular cariño con que miraba a cada uno de sus discípulos: tratamos sólo de incomodarlo, y para esto no perdonamos arbitrio ni travesura que pudiesen serle importunos. En estas circunstancias, Vendel-Heyl probó la sagacidad de su espíritu para domar a sus bulliciosos y díscolos discí-

pulos: sin apelar a ninguna medida severa, sin irritarnos con castigos infamantes o aflictivos, el experimentado profesor del colegio Saint Louis venció nuestra soberbia y nos redujo a oír con agrado y compostura las sabias lecciones que habíamos despreciado anteriormente. Desde entonces nuestra simpatía por él fué tan profunda como había sido grande nuestro encono." Pero los frutos de la enseñanza del maestro fueron considerables en la formación intelectual de sus alumnos. Los métodos que estableció no sólo fueron válidos para el ramo que enseñaba, sino que, por la ampliación de la propia bondad de ellos, las inteligencias que los recibieron tuvieron una mejor disciplina intelectual para los otros estudios. "Vendel-Heyl —escribió el discípulo— desempeñó durante dos años la clase superior de latín, esto es, enseñó la traducción de los más altos escritores latinos, y la métrica de este idioma. Su enseñanza no fué, sin embargo, tan fructuosa como hubiera sido de desear. El ilustre profesor tuvo que luchar con diversas dificultades; y entre ellas la resistencia de los alumnos para hacer estudios que no se conocían en el Instituto antes de esta época, y el embarazo en que se veía, teniendo que hacer sus explicaciones en un idioma extraño para él y que en su edad avanzada no podía hablar corrientemente. Desde 1846 pasó a hacer una clase de latín para los jóvenes que habiendo terminado el estudio de esta lengua, quisieran ensanchar todavía sus conocimientos, y siguió desempeñando la clase de griego, que tampoco era obligatoria. Al mismo tiempo, Vendel-Heyl prestaba otro género de servicios en el Instituto. Era un examinador muy distinguido en lenguas, en literatura y en historia, ramos acerca de los cuales poseía una inmensa erudición, que ponía bondadosamente al servicio de los profesores y alumnos en una época en que eran muy pocos los hombres que en Chile hubieran hecho estudios de esta naturaleza... A ellos les comunicaba no sólo las nociones gramaticales sino también el método que debía seguirse en la enseñanza, y les transmitía su pasión por las letras junto con un grande acopio de noticias históricas y geográficas y literarias sobre el autor que traducía... El método seguido por Vendel-Heyl se apartaba algo del que hemos visto emplear a otros ilustres profesores. Simplificaba mucho las reglas, no exigía de sus alumnos que estuvieran al cabo de todas las excepciones, no hacía estudiar

largas listas de nombres de verbos; pero en cambio daba a la traducción toda su importancia y desarrollo. No sólo ensanchó el número de los autores que hasta entonces se traducían, sino que dió a este género de ejercicios un nuevo carácter. Vendel-Heyl introdujo entre nosotros lo que se llama en Francia la explicación de autores, es decir, la interpretación acompañada de observaciones y análisis literarios, históricos y críticos. Ponía a la disposición de sus alumnos su erudición clásica y su buen gusto literario, dándoles a conocer los hechos, doctrinas y costumbres antiguas a que se hacía alusión en el pasaje traducido, y enseñándoles en qué consistía la belleza o la novedad de un pensamiento y la importancia que tenía el orden y la elección de las palabras. En este punto, la clase de Vendel-Heyl, más que de la gramática propiamente dicha, se ocupaba de la retórica, mediante ejercicios tan útiles como amenos. Sólo en un punto Vendel-Heyl no quería apartarse de las tradiciones de la enseñanza de los antiguos colegios europeos, en el estudio de la métrica y de la versificación latina. No sólo exigía que se aprendieran las reglas, sino que aun quería que sus alumnos se ejercitaran en hacer versos latinos. El ilustre profesor tenía una verdadera pasión por esta clase de ejercicios. Así se comprende que empleara sus ratos de ocio en poner en hexámetros latinos la prosa inimitable de Tácito, y que hubiera emprendido una revisión completa de las comedias de Terencio para hacer desaparecer por medio de trasposiciones y uno que otro cambio de palabras, los numerosos defectos que se encuentran en su versificación". No obstante sus triunfos como buen alumno de algunos cursos de latín, Barros Arana no fué un latinista. No sintió nunca apasionada devoción por los grandes escritores del idioma. Prefirió leerlos en las mejores traducciones francesas, especialmente en las de la *Colección Misard*. Según Orrego Barros, "sostenía que por mucho latín que se supiese siempre se sabía menos que los grandes profesores del Instituto de Francia que con tanto trabajo, ciencia y maestría habían hecho esas traducciones".

Incompleta y deficiente la enseñanza institutana por sus métodos, por su espíritu, que aún no lograba emanciparse de las tradiciones que soportaba del pasado colonial, por las concepciones pedagógicas que la guiaban y por los elementos que para su desarrollo empleábanse, los jóvenes

carecían de alicientes y de estímulos que despertaran la curiosidad intelectual. Y Barros Arana la poseía en alto grado. En ramos en los cuales fué después autoridad, la enseñanza del colegio le dejó muy buenos fundamentos. Su profesor de geografía fué Hipólito Beauchemin. La asignatura de historia se estableció en 1843 para el tercer curso. Tomás Zenteno en 1844, Estanislao Marín en 1845 y Waldo Silva Palma en 1846, se la enseñaron. A la clase de historia y de estadística de Chile no pudo concurrir por haber funcionado el curso cuando era estudiante de latinidad. El texto en uso era el *Curso Completo de Historia* de Lamé Fleury. Sólo en 1849 comenzó a enseñarse la historia de América, "en una forma muy elemental y en la primera época, según libros muy descuidados con muchas deficiencias y con innumerables errores", como él mismo lo atestigüó. En Religión fué alumno del que sería más tarde Obispo de Concepción, Hipólito Salas. En realidad fué un buen estudiante. Sin embargo, se ha dicho que en la época de los exámenes llegaba a su hogar "tapado de negras" y era la desesperación de su padre "por su sempiterna flojera". Esta conseja, conservada en la tradición familiar y enrostrada al educador por uno de sus más queridos parientes en sus días de gloria, sin ser contradicha por el historiador, no confirma estos antecedentes.

Ellos son completamente extraños a esa aseveración. Reconstituyamos su paso por el Instituto Nacional, después de su ingreso en marzo de 1839, como alumno externo. El 26 de marzo de 1840 se incorporaba para principiar a estudiar latinidad, en calidad de interno. Desconocemos el resultado de los exámenes de 1840 hasta 1842.

Al año siguiente, 1843, rindió tres exámenes en el mes de diciembre: el 2, *Historia*, como alumno de la tercera clase de latinidad y obtuvo 1 D y 4 A. El 15 y 16, examen de *Gramática Castellana*, de la tercera clase de latín y la votación fué de 2 D y 2 A. El 24, *Dibujo Lineal*. "Presentó cinco —dice el registro— y obtuvo calificación de *bueno*". Por este examen su nombre aparece entre los alumnos distinguidos del Instituto, en *El Araucano* de 19 de enero de 1844. En la misma lista que publica este periódico, Barros Arana figura distinguido en *Matemáticas*. *Arit-*

mética Elemental, como alumno de la quinta clase.

En 1844 concurrió a siete exámenes. Dos dió en enero. El 1º de este mes, como alumno de la clase tercera de latinidad, *Analogía*, del 1º y 2º capítulo de sintaxis y traducción, de *Selectae e profanis...* y mereció 2 D y 2 A. Por este examen su nombre fué incorporado en la lista de los alumnos distinguidos del Instituto en *El Araucano* de 19 de enero de este año. El 4 de enero rindió *Aritmética* y *Algebra* hasta las ecuaciones de primer grado, como alumno de la tercera clase de latín, y fué favorecido con 3 D y 1 A. El 23 de julio, como alumno de la cuarta clase, fué examinado en *Algebra Elemental*, hasta las ecuaciones de segundo grado, y mereció 3 A. El 23 de noviembre dió *Historia Griega* y obtuvo 1 D y 3 A. En diciembre presenté a tres exámenes. El 9, *Gramática Castellana*, comprendidas las tres primeras partes, y fué favorecido con 2 D y 2 A. Concurrió como alumno de la clase cuarta y quinta de latín. El 16 de ese mismo mes, como estudiante de la "clase adelantada de latín, dió toda la *Gramática* y *traducción de Salustio y Tito Livio*", al decir del registro, y obtuvo 1 D y 3 A. El 21, rendía "*Geometría para cursantes de latín*" y la votación fué 1 D y 2 A.

En 1845, dió cuatro exámenes en diciembre. El 10, *Historia Romana*, como alumno del Profesor Estanislao Marín y mereció una votación de 2 D y 1 A. En ese mismo día, rindió el primer año de *Francés*, también como discípulo de Marín, y fué aprobado. El 12, concurrió al de *Historia Santa*, curso del cual era Profesor José Hipólito Salas, y obtuvo 3 D. Por último, el 23 de diciembre rindió *Psicología* y *Lógica*, mereciendo 1 D y 3 A.

En 1846, se presentó a siete exámenes. Entre el 1º y el 8 de enero dió el de *Latinidad Superior*, como alumno del Profesor Luis Antonio Vendel-Heyl, y obtuvo 4 A. Hay en el registro, una nota que conviene conocer. Dice: "Alumnos de la quinta. Presentan examen de *Historia Romana*, *Prosodia* y *Métrica Latina*. Introducción de *Medea* de Séneca, del primer libro de Horacio, de una comedia de Terencio y *Epigramas* de Marcial y Cátulo, contenidas en el tercer tomo de los autores selectos de primer año de *Francés* y de *Historia Santa*". El 9 de septiembre, dió el examen de *Filosofía Moral* y se le aprobó con 1 D y 4 A. El 16 de noviembre, se pre-

sentaba al examen final de *Francés* y era sancionado con una *aprobación unánime*. En diciembre dió cuatro exámenes. El 4, *Historia de la Edad Media*, curso a cargo de Antonio Varas. Obtuvo 3 D y 1 A. Esta asignatura la habían cursado los alumnos de la sexta y presentaron como tema, hasta el reinado de Carlomagno. El 19, rendía el examen final de *Latín* y era sancionado con *aprobación unánime*. El 23, concurría al examen de *Fundamentos de la Fe* y obtenía 3 D y 2 A.

Por esta época, seguía algunos de los cursos de leyes de la sección universitaria del Instituto. El 28 de diciembre se presentaba a rendir el examen de *Derecho Natural* y era sancionado con 4 A y 1 R.

En 1847, dió dos exámenes en diciembre. El 23, el de *Historia Moderna*, en el cual fué *distinguido unánimemente*. El 30, rindió el de *Legislación y Constitución Política de Chile*, siendo *aprobado unánimemente*.

En 1848, rindió en enero dos exámenes. El 10, el de todo el curso de *Literatura*. Obtuvo 1 D y 4 A. El 18, dió el examen de *Economía Política* y la votación fué de 1 D y 4 A¹.

Tal es el resultado que arroja la vida estudiantil de Barros Arana durante los años comprendidos entre 1843 y 1848, en los cuales rindió los exámenes que se han indicado, y de los que hay constancia en el archivo del Instituto Nacional. Durante ese tiempo obtuvo 28 D, 49 A, 1 R, una distinción, 4 aprobaciones unánimes y una calificación de bueno. ¿Se puede decir que fué un mal estudiante?

¿Avizoró alguno de sus profesores en qué empleaba el muchacho el tiempo que robaba a los estudios que se le imponían? En el ambiente escolar, desligándolo del mundo de los estudios, aparece el muchacho dócil, tranquilo, independiente, sobre todo. No se le vió envuelto en ninguno de los tumultos o asonadas del Instituto. Esas manifestaciones eran ajenas a su carácter, y las incitaciones revolucionarias de sus compañeros no lograron distraerlo de sus preocupaciones. ¿Cuáles? Las lecturas más variadas. Con esas lecturas satisfacía el buen alumno

¹ Instituto Nacional. Archivo. *Libros de exámenes*. Años 1843-1850 y 1843-1859. Agradezco al profesor don Carlos Stuardo Ortiz la buena voluntad que me ha prestado en esta investigación, la cual se hace por primera vez y la que resuelve la condición de estudiante que tuviera Barros Arana.

unas ansias irresistibles de saber cosas ajenas a los estudios mismos. Devoraba novelas y ensayos históricos.

Con estos antecedentes escolares, entre los años 1846 y 1850, ingresó a la sección universitaria del Instituto Nacional a cursar leyes. "Lo retiró su padre el 9 de marzo de 1850", dice lacónicamente el *Libro de Matricula de 1838-1850. Internos*.

Acaso por no haber sido grata a Barros Arana la vida de estudiante y evocarle ella horas tristes —sobre todo para él, que acostumbró a dividir a los alumnos en forma tajante, cuando fué maestro, en buenos y malos estudiantes— estos años no los recordó con cariño. El historiador, que tantas veces recurrió a sus propios recuerdos para ilustrar sucesos de su tiempo, muy pocas veces, tan sólo en los párrafos que hemos transcrito, habló de esos días. Cuando muchos años más tarde asumió el rectorado del Instituto, corrigió las fallas del sistema de los estudios. Todo lo reformó para hacerlos gratos y despertar la inquietud y la curiosidad de las inteligencias. Pero dió con esas reformas un gran valor a la formación del carácter. "El colegio no sólo era de enseñanza —escribió Gonzalo Bulnes, ex alumno de Barros Arana—, era también colegio de enseñanza cívica. Había entre los alumnos perfecta igualdad. Las categorías sociales no existían entre nos-

otros. Las diferencias de fortuna no creaban excepciones. En el colegio ella no daba derecho a nada. Los muchachos vivíamos alternativamente en las clases y en la biblioteca. Había emulación de saber. Si contábamos con satisfacción los resultados que obteníamos en los exámenes, hablábamos con orgullo de los libros que habíamos leído. El ejemplo del Rector nos infundía entereza moral. Cada uno tenía su opinión. Buena o mala, era la propia. Sentíamos respeto reverencial por el mérito verdadero; pero no estábamos dispuestos a aplaudir a las mediocridades, cualquiera que fuese la posición que ocupaban. El oportunismo no penetró por las rendijas de las viejas murallas. En ese molde formó Barros Arana a las generaciones a que yo pertenezco." "Cada uno de nosotros valía por lo que era capaz de ser, no por su situación y su fortuna. El Rector, que tuvo siempre un desdén exagerado por el dinero, era más duro con los hijos de padres ricos que con los pobres. La aristocracia era el talento, el carácter, el estudio. Desgraciado del que hubiera querido alardear con los blasones o con la fortuna de su familia."

El Instituto de Barros Arana, en los once años de su permanencia en él, no estaba regido por estas normas.

(Continuará)